



FRIEDRICH ANI LA PROMESA DEL ÁNGEL CAÍDO



UN CASO DEL
INSPECTOR
SÜDEN



Lectulandia

El zapatero Maximilian Grauke ha desaparecido, y Süden necesita algún tiempo para interpretar el silencio de la esposa de Grauke y su hermana. De repente, el pequeño mundo del zapatero aparece bajo una luz completamente distinta.

Lectulandia

Friedrich Ani

La promesa del ángel caído

Tabor Süden - 03

ePub r1.0

Titivillus 07.07.17

Título original: *Süden und das Gelöbnis des gefallenen Engels*

Friedrich Ani, 2001

Traducción: Joan Parra Contreras

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Trabajo en el departamento de desaparecidos de la policía
y no soy capaz de encontrar a mi propio padre.*

Tabor Süden

1

La mujer que me abrió la puerta me pareció minúscula. Bajé la vista para mirarla como cuando se mira a un niño. Ella echó la cabeza hacia atrás.

Llevaba un vestido negro con cuello blanco de blonda y zapatos negros. Debía de tener entre cincuenta y sesenta años.

—¿Quién es usted? —me preguntó.

—Hemos hablado por teléfono antes.

—¿Usted es Tabor Süden?

—¿No me cree?

—Enséñeme su identificación.

Le di una tarjeta de visita.

—¿Esto qué es? —dijo, después de ponerse la pequeña tarjeta justo delante de los ojos.

A veces yo era un poco arrogante.

—¿No tiene una identificación como Dios manda? Este tipo de tarjetas se las puede hacer cualquiera.

Me saqué del bolsillo la tarjeta de identificación azul.

—Normalmente son verdes, ¿no?

—Es que han cambiado el color para que quede más moderno.

—No se parece mucho usted al de la foto.

—¿Usted es la señora Grauke?

—¡Es usted quien ha llamado a la puerta! ¿Está borracho o qué?

—No.

—¿Cuántas copas lleva? No le importe reconocerlo. Estoy acostumbrada a los alcohólicos. Mi marido lo es.

—Sólo he bebido café y agua mineral —dije.

Hacía calor. Por lo menos veintiocho grados. El sol me daba directamente en la nuca.

—Pues entonces entre de una vez —dijo la señora Grauke.

Entramos por el recibidor. Olía a laurel. En una mesa en la sala de estar había tres tazas de té, una tetera y un plato con galletas.

—Mi marido se ha ido —dijo la señora Grauke de repente.

—¿Adónde? —le pregunté. Yo no sabía qué me pasaba aquel día. Ya al levantarme, Ute había tenido que recordarme mi edad. Por motivos incomprensibles para mí, ella opinaba que ser adulto tenía algo que ver con ser una persona seria, por lo menos en los asuntos realmente importantes.

En cambio, a mi entender, cuanto mayor se hacía uno menos serio parecía todo. Cada vez menos.

—¿Cómo dice?

—¿Qué?

—¿Ve cómo está borracho?

No me inmuté. Ella primero examinó atentamente mis botas de cuero marrón. Luego su mirada ascendió por mi chaqueta de cuero mugrienta y recosida por los lados. Se detuvo en mi camisa blanca y en la chaqueta de cuero. Finalmente se me quedó mirando fijamente a la cara.

—Ya podría haberse afeitado...

—Tiene razón —dije.

—Y también le iría bien un corte de pelo.

—Eso no.

Aquella mañana tampoco había tenido tiempo de lavarme el pelo. Por culpa del monólogo de Ute. Me quedé a escucharla y luego tuve que marcharme a toda prisa.

—Y tiene los ojos verdes, como todos los policías —dijo la señora Grauke.

—Sin la menor duda —contesté.

—¿Y de verdad se llama Tabor Süden?

—¿Le enseño otra vez la identificación?

La señora Grauke se sentó en el sofá. Y sirvió té en las dos tazas.

—Mi marido se ha ido —repitió—. Y ahora tengo a la policía en casa.

Le hablaba a la taza. La sostenía en alto, pero sin beber.

Llamaron al timbre.

—¿Le importaría abrir la puerta?

Fui a la puerta. Fuera había una mujer no mucho más alta que la señora Grauke.

—Buenos días, hombretón —refunfuñó.

—Buenos días.

—Soy la señora Trautwein.

—Yo soy el señor Süden.

—¿Süden, como el punto cardinal?

—Sí señora, como el Norte, el Este y el Oeste —repliqué^[1].

—¿Ahora dan clases de humorismo en la policía? —rezongó la señora Trautwein, apartándose a un lado y dirigiéndose a toda prisa a la sala de estar.

Cerré la puerta. Y olí el laurel que colgaba de ella por el lado interior.

—No tiene orden de registro —dijo la señora Trautwein cuando entré en la sala.

—Es mi hermana —explicó la señora Grauke.

—¿Por qué no ha venido con una mujer policía? —preguntó la señora Trautwein.

—En seguida viene —dije—. Ahora está reunida.

—¡Siéntese! —me ordenó la señora Grauke.

—Prefiero quedarme de pie.

—No empezaremos hasta que llegue su compañera —dijo la señora Trautwein, acomodándose junto a su hermana. La señora Trautwein llevaba un vestido azul oscuro y un bolso burdeos, que no dejaba de recolocarse en el antebrazo. Parecía algo

mayor que su hermana, cerca de los sesenta.

—¿Quiere una taza de té?

—Sí.

—Está usted bastante más entrado en carnes que en la foto —dijo, mientras me acercaba la taza llena.

—En la foto lo que se me ve básicamente es la cara.

—La cara también se le ha engordado.

Frunció la boca en una sonrisa contrahecha.

Me puse la taza con el platillo sobre la palma de la mano y miré a las dos mujeres. Sin duda habían ensayado mucho la representación.

—¿Podemos empezar ya? —dijo la señora Trautwein. Se dirigía a mí.

Miré a mi compañera y no pude notar en su aspecto ninguna diferencia con respecto a aquella mañana. Aparte de que parecía más pálida. Más tensa. Más ausente.

Ella había aparecido veinte minutos después de que yo entrara en la casa de la Jahnstrasse. Llevaba el bolso de cuero colgado al hombro y el pelo sudado.

Eso me había llamado la atención, porque me había dicho que una amiga suya le iba a cortar el pelo. Y ahora que la tenía delante, su pelo estaba igual de largo que antes, casi tan largo como el mío.

Por supuesto, fui yo quien le abrió la puerta.

—Lo siento —dijo sin levantar la voz.

Y yo le dije:

—No te has perdido nada.

A continuación se sentó en una silla en el salón, dejó el bolso apoyado contra la pata de la silla, se presentó y tomó la taza de té que le ofrecía la señora Grauke.

Yo, mientras tanto, la miraba.

Era la primera vez que la miraba. No quiero decir que fuera la primera vez que la veía; de hecho la veía a diario. Desde hacía una semana. Antes sólo habíamos coincidido casualmente unas cuantas veces en el pasillo, en una rueda de prensa, y una vez en una comisión especial, en la que, sin embargo, no nos habían asignado al mismo grupo. Sabía que hasta ahora había estado trabajando en homicidios y antes en estupefacientes. Y también sabía que vivía con Karl. En la Unidad lo sabíamos todos. Karl era el jefe de la Unidad 11.

No hablábamos mucho, él y yo. No hablábamos casi nunca. Pero nos entendíamos. En cierto modo era como si viviéramos en el mismo edificio, pero en diferentes pisos. Cada día teníamos que pasar por la misma puerta. Por la noche, cada uno se acostaba junto a su pared, una pared fría y poco acogedora. Su pared y la mía se parecían como dos gotas de agua, y lo nuestro nos costaba no dejarnos intimidar. Era una pared real y, cuando se derrumbaba, no se derrumbaba sólo en nuestra

imaginación. Nuestros miedos eran reales.

Seguramente por eso, él solía defenderme cuando yo demostraba, una vez más, mi falta de idoneidad para el oficio de policía. Nos tuteábamos. Y de vez en cuando él me contaba alguna cosa que no era de mi incumbencia.

Todo eso me pasaba por la cabeza mientras miraba a Sonja.

Se llama Sonja Feyerabend. Tenía la frente alta y la nariz fina y ligeramente respingona. Su pelo era castaño, largo casi hasta los hombros, y sus ojos verdes, igual que los míos. Y otra cosa: tenía la costumbre de no poner nunca el agua mineral en la nevera.

Eso me lo había contado Karl una noche, mientras esperábamos una llamada del servicio de identificación. Yo le dije: «¿Y qué?», y él contestó: «Esas son las únicas cosas que luego se recuerdan».

Yo ya me acordaba de eso ahora. Un recuerdo prestado. Ese tipo de recuerdos no hacen daño.

—¿Podemos empezar ya?

—¿Qué tenemos aquí? —me dijo Sonja.

—Ésta es la señora Trautwein y ésta la señora Grauke —contesté.

Sonja se reclinó y sacó del bolso una pequeña grabadora. Yo utilizaba unas libretitas, y recurría a la grabadora sólo cuando era estrictamente necesario. Cuando esperaba que se produjeran demasiadas contradicciones. Y en aquel caso no lo esperaba; por lo menos todavía.

—¿Eso está permitido? —preguntó la señora Trautwein.

—¿No le parece bien? —preguntó Sonja.

La señora Grauke asintió brevemente con la cabeza, en señal de conformidad.

—Mi cuñado desapareció sin dejar rastro hace cuatro días —dijo la señora Trautwein.

Sonja sacó del bolso el expediente, todavía pequeño, y lo abrió.

—Aquí tengo la denuncia provisional de desaparición...

—¿Cómo que provisional? —protestó la señora Trautwein mientras rebuscaba en su bolso.

—Ya han pasado cuatro días y todavía no sabemos si su cuñado ha desaparecido de verdad —dijo Sonja.

—Yo sí lo sé —dijo la señora Trautwein. Me lanzó una mirada a la que repliqué con un gesto de paciencia. Hacía un momento insistía en que la interrogara una mujer, y ahora que tenía allí a una mujer, empezaba a dudar de sus facultades y esperaba que yo me inmiscuyera.

A mí no me gustaba hacer preguntas. Prefería decir: «Cuénteme lo que quiera», y normalmente me daba buen resultado. Todo el mundo, cuando se le daba la oportunidad de expresarse, la aprovechaba. Excepto algunos fanfarrones o tipos que querían darse importancia o traficar con secretos sin tener en realidad ningún secreto interesante.

Aunque personalmente prefería guardar silencio, no solía fiarme del silencio de los demás. Quizá por autocomplacencia. O por desconfianza. O por simple pereza.

—Señora Lieselotte Grauke... —empezó a recitar Sonja.

—Lotte —corrigió la señora Grauke.

—Usted escribió Lieselotte.

Las habilidades de mi compañera me eran completamente desconocidas. Aquella era la primera vez que Sonja intervenía directamente en un caso de desaparición. Si es que realmente era un caso, y no la típica historia del supuesto desaparecido que volvía a aparecer en menos de lo que dura un caramelo a la puerta de un colegio.

—Señor Süden, ¿por qué no se sienta de una vez? —me preguntó la señora Trautwein.

—Prefiero quedarme de pie —le dije.

—¿Su marido se llevó alguna maleta? —preguntó Sonja.

No lo había hecho, el expediente lo dejaba claro. Tenía curiosidad por ver cuál era la estrategia de Sonja.

—No —dijo Lotte Grauke.

—Me consta que mis compañeros ya se lo han preguntado, pero es importante que me lo vuelva a decir: ¿Su esposo mencionó alguna vez que tuviera intención de suicidarse?

—Jamás —dijo la señora Trautwein.

Saqué mi libreta del bolsillo y tomé nota.

—De acuerdo —dijo Sonja—. Esta mañana he hablado con el doctor Felbern y me ha contado que su marido había ido a verlo por problemas en la espalda, y últimamente muy a menudo.

—Sí —dijo Lotte Grauke—. Es zapatero y se pasa todo el día sentado en un taburete de antes de la guerra, fastidiándose la espalda.

—El médico le recomendó masajes —replicó Sonja girando la cabeza hacia mí. Asentí. Seguí tomando nota.

—Maximilian no tiene tiempo para esas cosas —dijo la señora Grauke.

—Salió de casa el jueves pasado a eso de las nueve y media de la noche y no ha vuelto —continuó Sonja.

—Se fue al Rumpler a tomarse la última cerveza —dijo la señora Trautwein.

Sonja dejó el expediente sobre la mesa y posó la taza encima.

—Usted y su esposo estaban viendo la televisión, señora Grauke. En cierto momento, él se levantó y se fue. ¿Qué le dijo exactamente? ¿«Voy a tomarme la última cerveza»? ¿Fue así exactamente?

Las dos mujeres cruzaron las miradas. La señora Trautwein jugaba con la cremallera de su bolso, y su hermana, con las manos plegadas en el regazo, examinaba el fondo de la taza, que estaba vacía.

—No dijo nada —contestó, pasados unos instantes.

—Se levantó y se fue sin más —dijo Sonja.

—Sí.

—Se puso el anorak y los zapatos y se fue.

Transcurrieron varios segundos en silencio.

Yo estaba de pie junto a la ventana, que estaba cerrada; las cortinas olían a recién lavadas. Las dos plantas de las macetas estaban escrupulosamente limpias. De abajo llegaban ruidos de la calle. Gritos de niños. Cantos veraniegos.

Aquel doce de julio era un día de los que no abundaban en aquella ciudad. Sólo faltaba el mar. Y oír hablar en un idioma extranjero.

—¿Y entonces qué hicieron ustedes dos? —preguntó Sonja.

En el primer momento me pareció como si esa pregunta la hiciera yo mismo.

La primera en reaccionar fue la señora Trautwein.

—¿Nosotras dos? ¿Qué quiere decir?

Su hermana no podía ocultar el miedo.

En la denuncia no constaba en ninguna parte que aquella noche hubieran estado los tres juntos viendo la televisión.

—Me refiero a que... —dijo Sonja. Yo no le veía bien la cara, pero lo que veía habría pasado inadvertido en la cohorte angélica de los inocentes.

—Me refiero a que si comentaron entre ustedes por qué se había ido de repente, a qué venía aquello, cómo es que no decía ni palabra. ¿Se lo tomaron a mal?

—¿Tú te lo tomaste a mal? —le preguntó la señora Trautwein a su hermana.

—¿Yo?

Dijo justamente eso: «¿Yo?».

Todo el mundo miente, eso lo enseñan en la escuela de policía. Y sin embargo, con los años, todavía era sorprendente ver cómo algunas personas se tomaban tanto la molestia de fingir sólo para acabar derrumbándose al cabo de un momento. Sin embargo, habría sido un error pensar que nos acercábamos a la verdad por el hecho de descubrir que nos mentían.

La verdad no es lo contrario de la mentira. La verdad pertenece a otra categoría. La mentira forma parte de la verdad. Y por eso a veces es difícil comprender las situaciones, comprender a la persona y la habitación que lleva consigo a todas partes y en la que sólo ella sabe orientarse. Si no comprendemos la clase de habitación donde vive una persona, no comprendemos nada. Y entonces tenemos que acabar conformándonos con la variante de la verdad que más nos tranquiliza y que pone punto final al caso.

—Yo ya estaba enfadada con él antes —dijo Lotte Grauke.

—¿Y usted? —preguntó Sonja.

—¿Yo? ¡Pero si yo no estaba aquí! —dijo la señora Trautwein.

Las mujeres siguieron hablando media hora más, y luego les prometimos que introduciríamos la denuncia en el ordenador de la jefatura criminal provincial. Lo cual en realidad no serviría de gran cosa con vistas a la búsqueda. Más bien serviría para que nuestros compañeros pudieran comparar a Maximilian Grauke con todos los

cadáveres desconocidos.

Pero eso no se lo dijimos a las dos hermanas.

En la estrecha Jahnstrasse, llena de coches aparcados por los dos lados, los coches se apretujaban para pasar, y estuve un rato observándolos. Me gustaba contemplar aquella pelea muda por ver quién cedía el paso. Uno de los dos conductores tenía que acabar siempre frenando o incluso deteniéndose, pues de lo contrario era imposible seguir adelante. Entonces el otro apretaba el acelerador, orgulloso. Yo, cuando conducía, me alineaba con el grupo de los amables. Aunque la verdad es que no solía conducir. Normalmente iba en taxi. O dejaba conducir a Martin, que lo hacía con tanta precaución como si nuestro coche oficial estuviese cromado en oro y fuera hipersensible. Salir a menudo con Martin equivalía a ahorrarse una estancia de dos meses en un monasterio budista. En ningún otro lugar del mundo podía haber tanta humildad y paciencia como en un Opel conducido por el inspector Heuer.

—¿Por qué no has dicho nada? —me preguntó Sonja.

Ella acababa de pedir por el móvil un fax con los nombres de todos los vecinos del edificio. A lo mejor había conexiones, nombres que coincidieran, algún detalle interesante sobre el matrimonio Grauke.

—¿Ahora qué hacemos? —preguntó ella.

Volví a mirarla. Eso la incomodaba. Pero yo no podía apartar la vista. Llevaba unos vaqueros azul claro, un jersey blanco con escote en V y zapatillas de deporte. Estaba delgada. Tenía una barriga que abultaba un poquito y unos pechos que abultaban bastante más. Y mejillas redondas y claras. La boca estrecha, con pequeños pliegues a los dos lados.

—Te imaginaba de otra manera —dijo.

—¿Por qué? —dije yo.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué me imaginabas?

Esquivó a una joven ciclista que circulaba a toda velocidad por la acera. Estábamos delante de una tienda que tenía la persiana bajada y con la pintura medio desconchada. Delante de la puerta había una gastada alfombra marrón.

—¿Tú no tenías curiosidad por conocer a tu nueva compañera? —dijo.

—Sí, claro, pero ya te conocía de vista.

Sonrió. Más de lo imprescindible. Malo para las arrugas.

—¿No ibas a cortarte el pelo?

—Te mentí —dijo.

—Le mentiste a nuestra secretaria.

—Exacto.

Sobre el escaparate de la vieja tienda colgaba un letrero de latón oxidado, con una inscripción en caligrafía de toda la vida: «Zapatería M. Grauke». La tienda parecía

como empotrada entre el número 48, donde vivía el matrimonio, y el número 50.

—Bastante deprimente, ¿no? —dijo Sonja.

Moví la persiana. Cerrada a cal y canto.

—Yo ya lo he intentado antes —dijo alguien en voz alta.

En la acera de enfrente había una mujer con un patinete.

—¡Necesito urgentemente mis zapatos! —nos gritó desde allí—. Max ya lleva una semana con la zapatería cerrada, eso nunca había pasado. Y la mujer tampoco aparece. ¡Espero que no les haya ocurrido nada malo!

Sonja se le acercó.

—Yo también venía a buscar unos zapatos. ¿Qué pasa, está enfermo?

—Pues no lo sé —dijo la mujer—. Pasé por aquí el... creo que fue el martes pasado... y el viernes. Cerrado. Incluso fui a ver a Alex para preguntarle. Pero tampoco estaba.

—¿Quién es Alex?

—El dueño del bar de enfrente. De verdad que necesito los zapatos con urgencia, no lo entiendo... Ya llevo diez años en este barrio y nunca había visto que Max cerrara tantos días. Si nunca se va de vacaciones...

Antes de volver al piso, fuimos a ver a Alex.

Tenía uno de esos bares en los que el sol se queda fuera, como un perro obediente. Dos mesas, una barra semicircular, una tragaperras, un juego de dardos electrónico, y en la radio éxitos de ayer y de hoy. Sin cerveza de barril: sólo botella.

El local perfecto para mí si no tuviera trabajo.

—Una cerveza rubia —dije.

Sonja frunció el ceño.

—Aquí la cerveza rubia es como un rayo de esperanza —dije. Era una frase de Martin, que, a diferencia de mí, era un verdadero asiduo de los bares. Yo me limitaba a acompañarlo.

—A mí póngame un café —dijo Sonja.

—No va a poder ser —dijo Alex—. Se ha acabado ahora mismo.

—Entonces un agua.

En la mesa del pasillo del lavabo había un hombre joven fumando y bebiendo cerveza de trigo. Con su silencio, aquel hombre enterraba el mundo. The Sweet cantaban *Love Is Like Oxygen*. Los setenta eran una de las pocas cosas imperecederas que todavía quedaban.

Me volví hacia Sonja. Y me imaginé lo que estaba pensando. Primero: ¿Cómo es que éste se pone a beber ahora? Segundo: ¿Estamos aquí en visita de servicio? ¿Cómo funcionan estas cosas en los casos de desapariciones?

Lo primero que hacían siempre los de homicidios era sacar la placa. Sabían que eso intimidaba. Cuando yo estaba en el K111 hacía lo mismo. Era como un acto reflejo, que me investía infaliblemente de autoridad. La gente solía reaccionar con sumisión, con ganas de colaborar, incluso intrigados y a veces encantados de que por

una vez en su vida los interrogase la policía.

—Busco a Max —le dije a Alex. Tenía unos cuarenta y algo, llevaba gafas y una camisa negra, y fumaba tabaco de liar.

—A la mujer la he visto hoy al pasar, he estado a punto de preguntarle si tiene al marido enfermo.

—¿Y por qué no se lo ha preguntado?

Sin más preámbulos, Sonja le plantó delante la identificación. En una semana no da tiempo a desconectar los reflejos.

—Ah, policía —dijo Alex—. ¿Ha pasado algo?

—Han denunciado la desaparición del señor Grauke —dijo Sonja.

—¿Quién lo ha denunciado? —preguntó Alex.

Por fin unas palabras sinceras.

—Su mujer y su cuñada —dije.

Alex se desprendió del labio un pedazo de papel de fumar y encendió el cigarrillo.

—Ni idea. Lo conozco, pero no sé nada de él. Yo me compro los zapatos en el centro comercial, y tampoco muy a menudo. No acostumbro a gastar mucha suela.

—¿Cuándo estuvo aquí por última vez? —preguntó Sonja.

Me apoyé en la barra.

El chico de la mesa apuró el resto de la cerveza. Quizás el entierro estaba llegando a su fin y empezaba la parte agradable. Cuando se hablaba del muerto. Y se lo elogiaba. Y había carcajadas. Y el cadáver empezaba por fin a tener sentido.

—La semana pasada.

—¿Exactamente cuándo?

Dio una calada al cigarrillo, se abrió una botella de cola con naranja marca Spezi, se echó un vaso lleno y bebió.

—El jueves —dijo—. El jueves, ¿no, Klausí? Lo sé porque los jueves es el día que compro lotería.

Klausí levantó la cabeza. Y al mismo tiempo el vaso. Miré hacia el techo. Me extrañó no ver los hilos del titiritero.

—Klausí —dije en voz alta.

Se estremeció. Algo lo estremeció. Todo hacía pensar que había llegado el momento de la sexta cerveza.

—Ponme otra —dijo de manera bastante inteligible. Otra de las lecciones de Martín: no importa cuánto hayas bebido, lo importante es ser siempre capaz de pedir otra más con voz clara y sonora. Yo le pregunté: ¿Y por qué es tan importante? Me había dicho: Es una cuestión de buena educación.

—¿Viste a Max el jueves pasado? —le pregunté desde la barra.

Klausí tardó un poco en ajustar la vista a la distancia. Estábamos aproximadamente a un metro uno del otro.

—El jueves... puede ser... sí... —dijo—. Estaba de muy mal rollo. Entró en el Rumpler y pidió un Fernet. Luego otro. Tenía muy mala pinta. Decía que... estaba

hasta los... hasta los cojones de todo. O sea que... Quería suicidarse, se lo juro, que quería suicidarse, mire si estaba de mal rollo...

—No digas chorradas —dijo Alex, y sirvió la cerveza de trigo recién abierta, se llevó el vaso vacío y se giró hacia mí—. Qué colgado estás, Klaus. Que no, hombre. Estuvo aquí, se bebió sus tres cervezas de siempre, estaba normal...

—¿Y está seguro de que eso fue el jueves? —dijo Sonja, mientras buscaba un bolígrafo y un trozo de papel.

—Eso me lo apunto —dije.

—¿Cómo?

—A ver, Max nunca... nunca había salido de la Jahnstrasse, ¿no? —le dijo el chico a su vaso de cerveza. O puede que sólo intentara ahorrar energía. A veces hay que tomar una decisión: o levantas la cabeza o el brazo. Al final optó por levantar el brazo con la cerveza espumeante.

—Está siempre... siempre está en su agujero... y está... Mi viejo ya le compraba los zapatos a él... Está...

Siguió bebiendo y hablando. De cosas que tenían lugar en terreno escarpado. El entierro que se celebraba en su cabeza había acabado definitivamente.

Al salir del Stüberl, Sonja echó la cabeza hacia atrás para que le tocara el sol en la cara.

—Grauke tuvo la tienda cerrada toda la semana pasada —dije—. Y, sin embargo, el jueves vino aquí a tomarse sus cervezas. Y además un par de Fernets en el otro bar.

Nos acercamos al Rumpler, que estaba a unos pocos cientos de metros. Nadie supo contarnos nada nuevo.

—No sabemos si la zapatería estuvo cerrada toda la semana —dijo Sonja luego. Cruzamos la Baumstrasse y volvimos a la Jahnstrasse. Eran las dos y media de la tarde y hacía calor. Sonja se había remangado las mangas del jersey y yo en cambio me había abrochado la camisa hasta el cuello. No es que tuviera frío. Me gustaba así.

—Se levanta, dice que va a tomarse una cerveza, se la toma y desaparece —dije.

—¿Y por qué cerró la zapatería? De eso las mujeres no nos han dicho nada.

—La cerró porque iba a marcharse.

—¿Quieres decir que ya se había marchado a principios de la semana? —dijo Sonja.

—¿Por qué no?

—Pero eso significaría que volvió —dijo Sonja—, concretamente el jueves, ¿no?

—¿Y por qué no?

Las dos hermanas estaban delante de la puerta, y no parecían estar dispuestas a dejarnos entrar.

—Mi marido no se encontraba bien —dijo Lotte Grauke—. Le prohibí salir a la calle.

—Es verdad —añadió la señora Trautwein—. Tenía... tenía diarrea y fiebre y...

—¿Por qué no nos cree? —dijo Lotte Grauke. Seguía llevando el vestido negro y los zapatos de arreglar. Pero se la veía confusa, desmadejada. Seguramente acababa de pelearse con su hermana.

—Sí las creemos —dije—. Estamos recogiendo información, nada más.

—Las personas con las que hemos hablado en los bares confirman lo que ustedes nos han dicho —dijo Sonja—. Su marido no llevaba maleta, llevaba puesto el anorak y parecía ser el de siempre. Tal como nos han dicho ustedes.

—Muy bien —dijo Lotte Grauke.

—Mañana les diremos algo —dije.

—Muy bien —repitió Lotte Grauke.

Lo extraño de aquella supuesta desaparición era que en tan poco tiempo hubieran surgido tantos detalles llamativos. Las dos mujeres les habían mentado a los policías de uniforme al poner la denuncia, y luego nos habían mentado a nosotros también. Y al parecer también a unas cuantas personas del barrio, que llevaba el nombre de un riachuelo que ya no pasaba por allí, y en el que la zapatería M. Grauke, que nunca cerraba, excepto los sábados por la tarde y los domingos, estaba cerrada.

—Algo huele mal —dije.

Sonja me miró; fue una de esas miradas que más adelante iba a lanzarme a menudo.

Ahora tenía ganas de estar solo. Tenía ganas de andar calle arriba y calle abajo una hora, dos horas o todo el tiempo que hiciera falta para empezar a entender algo. Hasta que viera algo. A veces ese proceso duraba días. Pero nunca me había fallado. Como Karl les inculcaba siempre a los alumnos de la escuela de policía: ¡Confíen en su intuición!

No sé si era la intuición lo que me guiaba. Miraba a mi alrededor. Veía y oía pasar el tiempo por entre medio de las sombras de la calle, las voces de la gente, la música que salía de las ventanas, las bocinas, el griterío de los niños. Además de no tener móvil, tampoco tenía reloj. El tiempo estaba ahí y yo me tomaba todo el que necesitaba.

—Entonces vuelvo sola —dijo Sonja.

Asentí con la cabeza.

—¿Y qué le digo a Thon?

Thon era el jefe del departamento de desaparecidos, un hombre de treinta y tantos años, cuidado, que olía bien, con un pañuelo de seda que casi nunca se torcía.

—Dile que ya lo llamaré.

Al oír esa respuesta, Thon se frotaría las manos como si acabara de ponerse

crema, y se rascaría el cuello con el dedo índice.

—Hasta luego, Süden.

—Hasta luego.

Sonja había aparcado el Lancia azul encima de la acera. Antes de subirse, quitó la multa del parabrisas.

Martin y yo nunca pagábamos las multas, aunque sólo fuera porque no nos gustaba la palabra multa. A Ute aquel comportamiento también le parecía sumamente infantil.

—¿A usted le gustaría vivir ahí? —me dijo un señor de edad. Estaba delante de una enorme residencia de ancianos recién construida, que seguro que no se llamaba residencia de ancianos. Parecía más bien un hotel moderno, con colores cálidos, vidrio y metal por todas partes, césped y habitaciones con mucha luz, al menos por lo que se adivinaba desde fuera.

—De todos modos, en el barrio no hay nadie que se lo pueda pagar —dijo el hombre.

—A lo mejor algún arquitecto jubilado —dije.

Había un letrero con la inscripción: «Un hogar para la tercera parte de la vida».

—¿Usted en qué parte de la vida está? —le pregunté al hombre.

—Hoy me parece que en la cuarta —dijo, y prosiguió su camino tosiendo y gimiendo.

Contemplé el letrero, que resplandecía al sol. Yo ganaba cinco mil al mes, así que mi vejez difícilmente transcurriría allí.

Todo súper *fashion*. El colmado griego, el teatro alternativo, el cine solidario, los edificios restaurados, el ambiente en la calle, los bares, los locales gays, el Mylord, un local antes reservado a lesbianas y que desde hacía unos años también admitía heteros, aunque, al parecer, el consiguiente aumento de los ingresos no alcanzaba para pagar una nueva decoración. Der Siebente Himmel, la tienda donde a finales de los setenta Martin y yo nos comprábamos camisas blancas y chalecos mugrientos, de segunda mano, baratos, azules y rojos. Y por supuesto el arroyo, que se llamaba Westermühlbach. El otro arroyo, el Glockenbach, hacía tiempo que estaba tapado, como todos los demás.

Aquel lugar ya no albergaba carpinteros y campaneros; ahora tenían allí su hogar los que estaban en la segunda parte de la vida, y más concretamente los que no compraban en el Lidl. O quizá precisamente los que sí lo hacían. Pronto, cuando la tercera parte de la vida tomara posesión del barrio, quedaría sellada definitivamente su muniquización.

A veces soñaba con vivir en otra ciudad.

Pero no se me ocurría ninguna.

Yo seguía en mi habitación, sin importarme a quién le pagase el alquiler.

—¿Conoce usted al señor Grauke? —les pregunté a los camareros del restaurante Faun. No lo conocían.

—¿El zapatero? Sí, claro —dijo la dependienta de la panadería—. Pero tiene la zapatería cerrada. Mi marido está disgustado porque tiene los zapatos allí, los frescos para el verano, y los necesita.

—¿Desde cuándo está cerrada?

—Al menos una semana —dijo la mujer—. ¿Hoy qué día es? Lunes, claro, es que con este calor se atonta una. Lunes. Sí, la semana pasada, el martes, estuvo mi marido, yo es que los martes no trabajo, ¿sabe? Pues eso, estuvo allí mi marido y luego me dijo: está cerrado, y se ve que el día antes también estaba cerrado, o eso le dijeron a mi marido. Luego volvió a ir el... jueves... no, el viernes, y también se lo encontré cerrado.

—¿El señor Grauke compra el pan aquí?

—No, siempre viene la mujer. Él se pasa el día y la noche encerrado en la zapatería, no va a comprar, de eso se encarga la mujer. O la cuñada.

—¿La cuñada también vive aquí?

La mujer se me quedó mirando. Entró una clienta.

—¿Usted es de Hacienda? —me preguntó la dependienta.

La clienta salió de la panadería. La seguí con la mirada. Se giró y desapareció por la Hans-Sachs-Strasse.

—¿Y eso?

—¿Acaso se cree que el señor Grauke le ha pagado alguna vez ni un céntimo a Hacienda? —dijo la dependienta.

—Eso no es asunto mío.

—Ah, vale —dijo ella.

Compré un *breze*.

—Recién salido del horno —dijo la mujer.

Odio los *brezen* recién salidos del horno.

—Soy policía. El señor Grauke ha desaparecido.

—Bah, tonterías —dijo la mujer. Tenía el pelo corto y teñido de negro y parecía estar a punto de llegar a la tercera parte de la vida.

—Sí, seguramente —dije—. Pero el caso es que no está.

—¡Cómo se va a ir! ¡Si no tiene adónde ir! Ése se pasa la vida allí sentado, refunfuñando. Si le quitan el taburete lo matan. ¡Qué va a desaparecer! Habrá ido a tomarse una cerveza, otra cosa no.

—¿Y para eso necesita una semana?

—Hombre, con este calor no me extraña que tenga sed —dijo la mujer.

Asentí con la cabeza. Tenía un pedazo de *breze* atascado en el estómago. Era como si tuviera allí dentro el horno entero.

—¿Lo ha visto últimamente?

—¿Yo? No.

—¿Su marido, entonces?

—No creo. Ah, pero sí, claro, cuando fue a llevarle los zapatos. Hace una semana... No, hace dos semanas. Dos semanas.

Mientras cruzaba la Jahnstrasse por quinta vez, iba pensando en aquel hombre que refunfuñaba sentado en su taburete. Allí encogido, cosiendo, golpeteando, encolando, poniendo los zapatos arreglados en la estantería, cogiendo otro par, refunfuñando, cobrando, cosiendo otra vez. Y de vez en cuando bebiéndose una cerveza. Y de un día para otro deja de hacer todo eso. Cierra la persiana oxidada y hace mutis. Y no vuelve. ¿Y para qué? ¿Para beberse dos Fernets y unas cuantas cervezas?

Había ido a ver a su mujer. Si no, ¿por qué habría ido ella a la comisaría precisamente el jueves, y no el miércoles, o incluso el martes? Fue a ver a su mujer. Y a su cuñada, que también estaba allí —era obvio—. ¿Qué quería? ¿Despedirse de ellas?

¿O quizá ya se había despedido? ¿Había vuelto para quedarse? ¿Y entonces había pasado algo? ¿Qué? ¿Y cuándo? ¿Después de salir del Stüberl? ¿O antes? ¿Tenían algo que ver las mujeres con ello? ¿Qué podía ser, si pese a todo habían ido a la policía a poner una denuncia?

En la sala de juegos había un teléfono público.

—Soy yo.

—Hola, compañero Süden.

—¿Qué ha dicho Thon?

—Me ha dicho: «Ya te lo decía yo». Es que antes de vernos esta mañana he estado haciendo un par de averiguaciones sobre ti, y...

—¿Ah sí?

—Me ha confirmado que tienes... algunas peculiaridades.

—¿Y tú no?

—Mmm... ¿Como cuáles?

—Por ejemplo, nunca pones el agua mineral en la nevera.

—Eso no es una peculiaridad, es una costumbre.

—Sí, supongo que tienes razón.

—Pues claro.

En cuanto Sonja me dijo lo que yo quería saber, proseguí mi exploración.

Justo al lado del número 48 estaban el Ragazza, un local para adolescentes y mujeres de entre diez y veinticinco años, y el café Frauen. Los dos estaban cerrados. Al lado estaba el restaurante griego Anti, uno de esos locales tan repletos de humo que luego, al salir, no sólo tienes que poner a airear toda la noche la ropa que llevabas, sino también a ti mismo. Había estado allí una vez con Martin, habíamos comido bien y bebido mejor, pero el quinto ouzo nos produjo un cambio transitorio de personalidad. Empezamos a bailar sirtaki, a menear las piernas como bailarinas de cancan y a berrear la melodía. En algún momento entraron dos policías de uniforme y le pidieron al dueño que bajara la música. Salí afuera tambaleándome, tropecé y me golpeé en la cara con la parrilla del radiador del coche patrulla. Uno de los policías me ayudó a levantarme. No nos conocíamos.

—Está cerrado todavía —me dijo un chico griego.

—Aquí casi todo está cerrado —dije yo.

Asintió con la cabeza y entró dos cajas de naranjas en el local, que tenía la puerta entornada. Lo seguí.

Aunque no había clientes, olía a humo y grasa. Me entró hambre inmediatamente.

—¿Usted es cliente del señor Grauke? —le pregunté al chico, que estaba abocando las naranjas en el fregadero.

—Alguna que otra vez. ¿Quién es usted?

—Soy policía.

—¿Qué pasa?

—Grauke ha desaparecido.

—Ya me extrañaba que tuviera la zapatería cerrada tantos días.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—Hace tiempo. ¿Y la mujer, qué? ¿Se ha ido por culpa de ella?

—¿Por qué piensa eso?

—¿Usted la ha visto sonreír alguna vez? ¿O a la hermana? Cuando entran aquí, parece que entren dos cuervos.

—¿Suelen comer aquí?

—Aquí se come bien.

—Ya lo sé.

—Sí —continuó—, vienen de vez en cuando, se sientan ahí delante al lado de la escalera, comen gyros y beben retsina. Una vez al mes.

—¿Y el marido?

—¿El marido? Ése se come las suelas de zapato.

El marido come suelas de zapato, me repetí interiormente mientras volvía a la zapatería. El marido come suelas de zapato y las mujeres comen carne de cerdo y beben vino.

Me senté en la losa de piedra que había delante de la puerta, en el descolorido felpudo. Me quité la chaqueta y me la puse sobre las rodillas.

Un sitio agradable, con sombra y frescor que salía de las piedras. Pasaron dos niños de unos nueve años. Uno llevaba una red con un balón de fútbol dentro, el otro una caja de chocolatinas de las que llaman «cabezas de moro». Se pararon y empezaron a mirarme.

—¿Está esperando al zapatero?

—Sí.

—No va a venir —me dijo el de las golosinas.

—¿Me das una cabeza de moro?

—No se dice cabeza de moro, es racista.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Mi madre.

Cuando yo estaba en la primera parte de la vida, la palabra «racista» no formaba parte de nuestro vocabulario. Ni del de nuestros padres. Para mi padre era completamente normal decir algo como «Eres más tonto que un silesio» (mis padres eran alemanes de los Sudetes que habían emigrado a Alemania después de la guerra).

—Bueno, ¿qué? ¿Me das uno? —le pregunté al niño.

—Es un estuche refrigerante —dijo el niño mientras abría la tapa, sacaba una cabeza de moro y me la ofrecía—. Y esto se llama «chocobeso».

Lo mordí.

—Pues sabe a cabeza de moro —dije.

—Se dice gracias —replicó el niño.

—Gracias —dije yo, y me tragué el chocobeso. Mientras tanto, el niño del balón me contemplaba. Tenía una cicatriz encima del ojo izquierdo.

—¿Dónde está el zapatero? —pregunté.

—No creo que vuelva —dijo el niño de las golosinas.

—Se ha muerto —dijo el del balón.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho mi madre.

—¿Sois hermanos?

—Qué va, hombre —me espetó el del balón.

—¿Y de qué se ha muerto?

—Mi madre dice que para ella está muerto.

Me relamí. Tuve que contenerme para no pedir una segunda dosis.

—Tiene los zapatos en la zapatería y dice que ya no los volverá a ver.

El chico puso gesto severo.

—¡Pero si tu madre tiene doscientos pares de zapatos! —dijo su amigo.

—No tienes ni puta idea —dijo el otro, y siguió caminando.

—*Tschüss* —dijo el chico de las golosinas.

—Se dice *servus*^[2] —dije yo.

—Tú no eres mi madre —contestó.

Mi mirada fue a parar a mis botas. Estaban sucias. Seguí esperando.

No pensaba volver a hablar con las dos mujeres al mismo tiempo.

Pasó una hora. Me levanté, crucé la calle y me apoyé en la pared amarilla de la tercera parte de la vida.

Pasaron treinta y cinco minutos más.

Y entonces Paula Trautwein salió de la casa. Me vio. Puso en fuga con su mirada a los gorriones de la acera. Y se marchó en dirección al centro.

En la puerta del edificio no había telefonillo. Llamé al timbre y la puerta zumbó.

La señora Grauke estaba tan asustada como yo había previsto.

Ahora llevaba un vestido de estar de casa de color azul claro y un delantal blanco. Iba descalza.

Realmente yo me había presentado en el peor momento imaginable para ella. No había función teatral, el escenario estaba vacío, la vajilla recogida y fregada y la actriz desmaquillada. Y además no se sabía el papel.

—¿Qué quiere? —preguntó.

—La gente del barrio está preocupada —dije.

—Y yo... yo también, por supuesto...

Estábamos en el recibidor que olía a laurel.

—Pase adentro —me dijo.

—Prefiero quedarme aquí.

—¿Cómo dice?

—Mejor nos quedamos aquí en la puerta, me gusta este sitio.

—Quiero sentarme.

—Ya se sentará cuando me vaya.

Me puse la chaqueta de cuero, porque no me apetecía llevarla colgada, y me crucé de brazos. Me coloqué al lado de la puerta y aspiré el olor. En el aire flotaba también

el perfume de la señora Grauke, acababa de echarse un poco.

—¿Va a salir? —dije.

—No, estoy... no, no voy a salir. ¿Adónde voy a ir? ¿Qué quiere de mí?

—Soy el policía que tiene asignado.

—¿Cómo dice?

Eché la cabeza hacia atrás y me miró a los ojos, pensando que yo bromeaba. Pero yo no moví un músculo de la cara. Quizá podría haber esbozado una sonrisa irónica, pero no sabía sonreír irónicamente; ese gen me faltaba.

—Su marido ya estuvo desaparecido una vez —dije. Ella no contestó. Luego se secó las manos en el delantal. Un gesto bonito. Tenía los dedos finos, las uñas bien cortadas, en forma de medialuna, los nudillos redondos, unas manos que parecían suaves y al mismo tiempo enérgicas. Hasta ahora no se las había tocado. Quizá no fuera muy aficionada a dar la mano para saludar o despedirse.

—De eso hace... cinco años —dijo.

—Seis —dije yo.

Nos quedamos callados. Seguramente en el interior de su cabeza las palabras se atropellaban, se golpeaban por dentro contra la frente, que se movía, se fruncía, se alisaba y volvía a arrugarse. Mientras tanto, yo me preguntaba si no traería entre manos una falsa desaparición.

—Yo pensaba... —dijo, bajando la cabeza—, pensaba que los... que borran los datos. Eso es lo que me dijeron entonces...

—Los datos se borran del ordenador de la jefatura regional de policía, pero los conservamos por si acaso; si nadie los utiliza, al cabo de diez años desaparecen.

—¿Eso es legal? —dijo ella.

—Supongo que sí —dije yo.

—¿Cómo que lo supone? ¡Tiene que saberlo, por algo es policía!

—Usted temía que su marido se suicidase.

—¡Sí! —dijo ella, y se giró en dirección a la sala de estar. Le cerré el paso en el estrecho pasillo. En el primer momento estuvo a punto de empujarme, ya había levantado la mano. Pero luego cambió de idea.

—Sí —dijo—, estaba preocupada. El negocio no funcionaba, Maximilian empezó a beber... por las noches se quedaba abajo... se encerraba, no hablaba con nadie, y si decía algo, era: No aguanto más, la vida es una mierda, me voy a tirar al Isar, cosas así. Y luego desapareció. Y nos entró el pánico...

—A usted y a su hermana.

—Sí, claro.

Se atragantó. Volvió a pasar las manos por el delantal.

—Fuimos a la policía en seguida. Pero al cabo de cuatro días estaba otra vez aquí, gracias a Dios; había estado dando vueltas por ahí. Nunca hemos sabido por dónde anduvo. En cualquier caso, no se suicidó, él no está hecho para esas cosas.

Me pregunté qué tipo de gente debía de ser la que sí estaba hecha para el suicidio.

—¿Por qué no dice nada?

Empezaba a impacientarse, incluso a enfadarse. Seguramente no sólo por mi culpa. También, probablemente, porque su hermana no estaba allí. Porque no se dignaba aparecer para volver a escenificar la comedia.

—Mire, señora Grauke —dijo. Ella dio un paso atrás, se apoyó las manos en las caderas y entornó los ojos.

—Desaparecer no es un delito —continuó—. Además, yo no tengo por qué saber lo que pasa en su casa. A mí eso me trae sin cuidado, pero puede contarme lo que le apetezca, yo la escucharé porque es mi trabajo. Me está mintiendo, y está en su derecho de hacerlo. Ha denunciado la desaparición de su marido, y esta vez no ha dicho que tenga miedo de que se suicide. Se ha marchado y punto. No se marchó el jueves, sino antes. A principios de la semana, o quizás el fin de semana anterior. Usted no está obligada a contármelo. Esas cosas ya las averiguo yo mismo. Y si dentro de cuatro días su marido vuelve a aparecer, punto final y todos contentos.

Ella apretó los labios. Luego se dio la vuelta y se fue a la cocina. Yo me quedé donde estaba.

—¿Qué hace ahí? —me dijo desde la cocina.

Fui hacia ella. En el guardarropa había chaquetas y abrigos de diferentes tallas. De mujer, o eso me pareció.

—Sí —dijo, mientras se echaba cerveza en un vaso—. Sí. Sí. Vale.

Dejó la botella en un posabotellas de mimbre y bebió un trago.

—Usted estará de servicio, supongo.

—Sí, claro, ¿por qué lo dice?

—Si no, le habría ofrecido una cerveza.

—¿Y a qué espera? —repliqué.

—¡Eso va contra la ley!

No dije nada. Ella sacó otra botella de la nevera y cogió otro vaso. Se los quité de las manos antes de que me sirviera. A mí me gustaba beber de la botella.

Lotte Grauke reprimió un comentario.

—¿Cuándo desapareció realmente su marido? —le pregunté.

Se sentó. Sobre la mesa estaba el servicio de té recién fregado, en los fogones había una olla, y al lado una tabla de madera con un cuchillo de carne encima. El mobiliario de la cocina era viejo pero se veía limpio, el fregadero estaba reluciente, una colección de botes y botellas variados se alineaba en una estantería primorosamente revestida con una cenefa, como preparada para una foto. La cocina era estrecha, todo el piso era estrecho; sin embargo, no resultaba agobiante, era un piso con muebles sencillos pero perfectamente habitable.

—El domingo —dijo. Tomó un trago. Luego se pasó el tirante del delantal por encima de la cabeza y plegó el delantal.

—¿No tiene calor con esa chaqueta? —dijo.

—No —contesté.

—El domingo —repitió.

—¿Y por qué?

Eso ya se lo había preguntado una vez, y ella no había respondido, porque la pregunta le había parecido fuera de lugar. Y tenía razón. ¿Por qué hay gente que se va de casa? Sólo existían cuatro respuestas. Porque quería suicidarse, porque había sido víctima de un delito, porque había sufrido un accidente o porque se había perdido y no sabía volver, algo que les sucedía sobre todo a las personas de edad avanzada. No había más motivos. Por lo menos desde nuestro punto de vista. Todos los demás desencadenantes eran irrelevantes para nosotros. Sólo se podía hablar de desaparición si podíamos poner una cruz al lado de uno de los puntos de esa lista. El reglamento lo definía con la fórmula: «Peligro efectivo para la vida o la integridad física».

Los desengaños amorosos no entraban en la lista. Ni los problemas en el trabajo. Ni el aburrimiento. Ni el desánimo. Si no había peligro efectivo, los familiares ya podían lamentarse cuanto quisieran: no les serviría de nada. Por supuesto, admitíamos la denuncia y la introducíamos en el ordenador. Y si teníamos tiempo, investigábamos un poco. Pero no era asunto de nuestra incumbencia. Eso sí, cuando desaparecía un niño, empezábamos a buscar en seguida. Con los niños siempre había un peligro real.

Los adultos, en cambio, disfrutaban del «libre albedrío». Como diría el poeta, podían partir, con el alma confortada, adonde quisieran^[3].

Y eso era justamente lo que había hecho Maximilian Grauke.

—No piensa hacer ninguna locura —dijo su mujer—, eso seguro que no. Se ha marchado porque estaba harto.

—¿De quién? ¿De usted y su hermana? —dije.

—No —dijo levantando la voz—, de todo el mundo, no aguantaba más su trabajo, la gente, el barrio...

—¿A usted tampoco?

—A mí tampoco.

Vació el vaso, miró hacia la nevera y pasó la mano por el delantal plegado sobre sus rodillas.

—Y el jueves volvió —dije. La cerveza me estaba abriendo aún más el apetito.

—¿Qué?

Se levantó, fue al fregadero, enjuagó el vaso y lo secó, todo ello sin mirarme ni una sola vez.

—El jueves volvió aquí, y cuando se marchó de nuevo, usted puso la denuncia. El desencadenante fue la visita. ¿Por qué volvió?

—¡Y yo qué sé! —gritó. Dejó caer el vaso, que se hizo trizas. Unas cuantas astillas se le clavaron en los pies descalzos. Reprimió trabajosamente un nuevo estallido. Y las lágrimas.

Me arrodillé y le extraje con todo cuidado las astillas de vidrio de los pies. Tenía los pies fríos.

Luego se fue corriendo al lavabo y se encerró. Oí correr el agua. Me apoyé en la

pared del pasillo.

La mujer seguía moviéndose por su habitación hecha de mentiras; había reconocido algo, muy poco. Tan poco que no bastaba para abrir la puerta. Más bien la cerraba de nuevo con llave. Yo seguía sin averiguar nada. Nada que no me hubiera imaginado ya.

—¡Haga el favor de marcharse! —dijo desde el otro lado de la puerta cerrada.

—¿Por qué puso la denuncia? —le pregunté.

No hubo respuesta. Tenía ganas de volver a la cocina y acabarme la cerveza. Y así lo hice. Luego volví a apostarme delante de la puerta del baño.

—No vamos a buscar a su marido —dije.

—Es su obligación —dijo ella.

—Se equivoca.

Nos quedamos callados. Silencio. Todas las ventanas estaban cerradas. En el pasillo la luz permanecía encendida. Las ventanas estaban bien limpias, pero eran pequeñas, y en aquel segundo piso no entraba el sol. Contemplé las chaquetas y abrigos del guardarropa. Luego llamé a la puerta del baño.

—¿Su marido tenía algún lugar favorito? Al lado del Isar, en algún lugar de la ciudad, un bar...

No obtuve respuesta.

Volví a llamar a la puerta.

—No tiene ningún lugar favorito.

La voz sonaba como si la señora Grauke se estuviera tapando la boca con una toalla.

Llamé por tercera vez.

La oí caminar arrastrando los pies.

—Su lugar favorito es el taller.

—Quiero verlo.

—¿Ahora?

—¡Sin la menor duda!

Dentro de la zapatería el aire estaba impregnado de olor a cuero, cola y caucho, a humedad y paredes viejas. En un rincón había una estufa de petróleo desvencijada; las estanterías estaban llenas de zapatos, y también el banco de la máquina de pulir. Delante de la ventana había una mesa de madera abarrotada de utensilios, y entre ellos una pila de periódicos.

Lotte Grauke se había detenido en la puerta que daba a la escalera, después de abrirla y encender la luz.

Miré a mi alrededor. Y absorbí el olor. De pequeño, en el campo, donde me crié, me pasaba tardes enteras con el zapatero Vollenklee, que siempre llevaba el mismo mandil verde, repartía golpes con su martillo de cabeza redonda y a veces me

asustaba cuando levantaba el brazo y lo enarbolaba en dirección a mí.

Debajo de la gruesa mesa de madera descubrí dos botellas de cerveza vacías.

—¿Su marido bebe durante el trabajo?

—Igual que usted —dijo la señora Grauke.

Puse las botellas sobre la mesa.

La señora Grauke respiró hondo. Y no dijo nada.

Una de las botellas tenía una marca. Como de lápiz de labios. Lo olí. Luego olí la otra botella. Después volví a dejar las botellas debajo de la mesa.

—¿Viene usted a menudo por aquí?

—Nunca.

—¿Usted trabaja?

—A veces. En una sastrería. Voy a echar una mano de vez en cuando.

—¿Dónde está la sastrería?

Me dio la dirección. Sobre uno de los dos taburetes había una manta de lana marrón enrollada, y encima de ella un cojín. Miré a la señora Grauke, que fingía no prestarme atención. De vez en cuando volvía la cabeza hacia atrás. Parecía temer que la viera algún vecino.

Junto a la máquina de coser vi un objeto azul apelotonado. Un saco de dormir apretujado en el rincón. Lo olí.

—¿Su marido dormía aquí? —dije.

—¿Por qué iba a dormir aquí? —dijo ella.

Con aquello bastaba por hoy. Me dirigí a la escalera.

—¿Por qué se marchó su marido, señora Grauke?

Ya había recuperado el control. Quizá se había tomado una píldora en el lavabo. Cerró la puerta y se puso a jugar con el llavero.

—No puedo decírselo —dijo. Levantó la mirada hacia mí y sonrió durante un segundo. Una sonrisa burlona.

—¿Usted quiere que vuelva?

Fue hacia la escalera. Ahora llevaba sandalias. Posó la mano en la barandilla y se detuvo.

Fuera los coches circulaban más rápido, las voces infantiles sonaban excitadas, ya no había camiones por la calle, ni contenedores de basura entrechocando. A aquella hora, si alguien tocaba la bocina era porque tenía prisa, no para saludar a nadie. En la escalera olía a comida.

—¿Por qué iba a poner una denuncia, si no? —dijo la señora Grauke sin volverse para mirarme.

—A lo mejor porque su hermana la convenció para que lo hiciera.

—No —dijo, mientras subía los escalones. Andaba encorvada, agarrando con fuerza el listón de madera de la barandilla. Como si de repente hubiera envejecido. Y tantas preguntas la hubieran ablandado.

Como si de repente ya no tuviera sentido esperar a su marido.

Y la denuncia sólo hubiera sido una especie de obligación conyugal, el cumplimiento amistoso de un precepto no escrito.

—Si no hay indicios concretos, de momento aparcamos el asunto —dijo Volker Thon.

Le había contado mis conversaciones, él me había escuchado fumando un purito y toqueteándose de vez en cuando el pañuelo. Thon era aficionado a aquellas reuniones justo antes de la hora de acabar. Sentarse a una mesa, intercambiar información, valorar datos, que cada uno expusiera su opinión con toda franqueza: para él ése era el meollo del trabajo de la policía. Su fórmula era: trabajo en equipo más comunicación igual a efectividad.

Tenía sentados delante a Martin Heuer y Sonja Feyerabend, que apartaba con la mano el humo del purito de Thon, pero sin atreverse a protestar. A mi lado estaba Paul Weber, el inspector más antiguo del departamento de desaparecidos, a sus cincuenta y nueve años. En la Unidad 114 éramos en total trece agentes. Después de la salida de Klaus Grieg, que se había ido a la comisaría central de Berlín, su puesto quedó sin ocupar durante casi un año. Luego supimos que Sonja Feyerabend se había postulado para el puesto. Nadie se pronunció en contra. Y Funkel no había hecho ningún movimiento interno para forzar la entrada de Sonja.

—¿Entonces descartamos completamente el suicidio? —preguntó Thon.

Por supuesto, le contesté que no. Acababa de explicar detalladamente que me parecía improbable, ya que no había ningún indicio en ese sentido; estaba convencido de ello. Sin embargo, tenía que contestar negativamente a la pregunta. En los casos de desapariciones, era prácticamente imposible descartar de antemano ninguna posibilidad.

Había un miedo que nos lo impedía. Un miedo que nos habían inculcado desde el primer caso. Un miedo muy justificado, que nos protegía de las meteduras de pata, de los errores que luego no se podrían rectificar.

Ese tipo de miedo lo compartíamos con los compañeros del K112. Ellos se encargaban, básicamente, de las muertes por causas desconocidas y los suicidios. Cuando, en un caso de muerte por causas no naturales, se deja pasar un detalle, por pequeño que sea, o se concede demasiada credibilidad a las afirmaciones de los parientes de un suicida, es posible que un asesino se quede sin castigo. Para siempre.

En nuestro departamento, si dábamos por hecho desde el principio que una persona pensaba reaparecer pronto o que nos encontraríamos ante una desaparición voluntaria y perfectamente planeada, de las que no dejaban rastro, y luego al individuo en cuestión lo encontraban muerto, no podíamos echarle la culpa a nadie. A nadie, excepto a nosotros mismos, claro. Tanto si se trataba de un homicidio como de un suicidio. A ojos de los familiares, quedábamos a la altura del betún. Y probablemente con razón. Quién sabe si no podríamos haber evitado esa muerte.

Había demasiados interrogantes: por qué habíamos tardado tanto en actuar, por qué habíamos valorado los datos erróneamente, por qué nos habíamos dejado llevar por la rutina.

Eso era lo que nos daba miedo.

Era un miedo ejercitado a conciencia.

Desde que yo trabajaba en el departamento de desaparecidos, hacía doce años, siempre habíamos tenido suerte. Siempre estábamos atentos y nunca habíamos cometido la menor negligencia.

Y sin embargo eran muchos los suicidios que no habíamos podido evitar. Y lo mismo sucedía con los homicidios.

En esos casos nos sentíamos culpables. No podíamos decir que lo habíamos hecho todo bien. ¿Cómo íbamos a decirle a alguien: Verá, nosotros lo hemos hecho todo bien, no es culpa nuestra que su marido, su mujer, su hermano o su novio estén muertos?

En cuanto al suicidio, yo siempre había tenido una convicción: si alguien estaba decidido a quitarse la vida, no había manera de impedirselo. Igual que en el caso de los que planeaban su propia desaparición: podían pasarse meses o incluso años preparándolo todo hasta el último detalle. Y luego se los tragaba la tierra. Muchos de ellos, antes de desaparecer, habían empezado a llevar desde hacía tiempo una doble vida perfectamente disimulada.

No, en el caso Grauke no podía descartarse el suicidio.

Pero a mí me parecía improbable.

—Mañana haré unas cuantas averiguaciones más —dije.

Fue igual que si dijera: «Hasta mañana no pienso volver a trabajar».

Quería salir de allí. Eran casi las siete. Había tecleado, imprimido y fotocopiado mis anotaciones, había estudiado el fax con el nombre de los inquilinos del edificio, me había preparado un esquema para el día siguiente... Quería salir de allí.

—Seguirás trabajando con Sonja Feyerabend —dijo Thon.

—Vale —dije yo.

—¿Pasa algo?

Levanté la mano y me incliné hacia atrás. Martin se pasó su Salem de una comisura a la otra con la lengua. Sonja se giró hacia otro lado, y él pareció darse cuenta por fin de que estaba molestando.

—Perdona, oye —dijo apagando el cigarrillo—. Es que si no decís nada...

Martin solía tomarse aquellas familiaridades. Se comportaba siempre como si estuviera sentado a la barra de un bar.

—¿Qué tal tu poeta? —le preguntó Thon.

Martin se rascó la cabeza. El poco pelo que le quedaba formaba una corona que aprovechaba para alisarse cada vez que se rascaba la cabeza.

—Cada vez más pirado —contestó.

Una de las tareas del K114 consistía en descifrar las obras de los chiflados que se

dedicaban a redactar anónimos.

El poeta del que se ocupaba Martin últimamente era un tipo que se dedicaba a insultar por carta a una mujer de cuarenta y siete años que vivía sola en Harlaching. La mujer llevaba dos años divorciada y vivía desde entonces en un piso de ciento cincuenta metros cuadrados por el que paga un alquiler de quinientos marcos. Los setecientos restantes los pagaba su exmarido. La mujer trabajaba como redactora en una revista femenina en la que ya se había explayado varias veces sobre su problema con los anónimos.

Por supuesto no tardaron en aparecer más mujeres que recibían cartas semejantes. Las conocíamos a todas.

También conocíamos a los remitentes. En la mayoría de los casos no teníamos pruebas. Al resto solían condenarlos a recibir terapia psicológica o psiquiátrica.

Chardonnay era difícil de atrapar. Se trataba de un abogado muy astuto, con *glamour*, de trato muy agradable. Martin bautizaba a sus autores anónimos con nombres de bebidas. A uno lo llamaba *Orujo*, a otro *Moscatel*, a otro *Coñac*. El de Harlaching tenía el sobrenombre de Chardonnay porque era aficionado a ese tipo de vino, como Martin había podido comprobar en una de sus visitas a su despacho.

En la terraza del Nockherberg, ante el sol poniente, Martin me leyó un trozo de la última carta. El biergarten estaba lleno a rebosar, y nuestra táctica consistía en ir a pedir sólo cuando la cola de la barra se encogía un poco.

Chardonnay había llegado ya a la fase escatológica.

Martin plegó la fotocopia y se la guardó en el bolsillo.

—¡Que sea de provecho! —dijo levantando la jarra. Había leído no sé dónde que eso era lo que significaba *prost*. Brindamos y bebimos.

—¿Qué tal con Sonja? —me preguntó.

—Bien —dije yo.

—¿Habéis intimado ya?

—No.

El sol me daba de lleno en la cara. Como si me buscara precisamente a mí.

Martin me enseñó un artículo del diario del día siguiente, que acababa de comprar.

—«La soledad es mala para la salud» —leyó—. «Puede provocar depresión y fobias. En cambio la sociabilidad tiene un efecto terapéutico».

—Va a ser ése el problema de Chardonnay.

—La psicóloga dice que no todas las personas que viven solas son necesariamente casos clínicos —replicó Martin—. Es lo mismo que dices tú siempre.

Yo tenía los ojos cerrados.

—«El número de pacientes de fobias y depresión aumenta cada día. La culpa de este aislamiento cada vez mayor hay que atribuirla en buena parte al uso excesivo de

Internet». Chorradas. Pero la psicóloga está buena. ¿Otra jarra?

—¡Sin la menor duda!

Oí ruido de papeles y entrechocar de vasos; luego, pasos en la grava. Como de una persona mayor. Pero Martin era delgado. Amojamado, más bien. Siempre había sido flaco, pero desde hacía unos años se estaba quedando en los huesos, como habría dicho seguramente la señora Grauke. Los dos nos habíamos criado en Taging, y era él quien me había convencido para que me hiciera policía. Yo nunca había sabido lo que quería ser en el futuro. Igual que Martin, por cierto. Si hubiera sido por él nos habríamos quedado en la policía uniformada, pero yo no quise. No me apetecía pasarme la vida vestido de verde y con un coche a juego.

Si a Martin se le ocurría dejar la policía, yo no pensaba seguirlo. Pero quizás algún día me obligarían a hacerlo, y entonces no me lo pensaría un minuto. No tenía previsto irme por mi propio pie. Por lo menos hasta aquel momento. El orden de mi trabajo me ayudaba a evadirme del desierto polar de las paredes entre las que me cobijaba tantas noches.

Abrí los ojos. Y leí: «Importancia del contacto social en la salud y la enfermedad».

El sol ya había terminado de ponerse.

Martin volvió con dos jarras de litro. Las estampó contra la mesa, se sentó y suspiró. Sudaba. Tenía hinchadas las venillas de su nariz de patata. Su piel era de color gris.

—Te falta contacto social —dije.

Y él replicó: «Que sea de provecho».

Bebimos.

—Así da gusto ser policía —dijo Martin. Echó una última mirada a la foto de la psicóloga guapa y dejó la jarra encima del diario.

—¿Tú crees que las hermanas saben dónde está el tipo?

—No.

—¿Por qué?

—Porque si no, no habrían puesto la denuncia.

—A lo mejor la pusieron sólo para obligarlo a volver.

—Puede ser. Pero eso no significa que sepan dónde está.

—¿Y el lápiz de labios en la botella? —dijo él.

—Una pista —repliqué.

—Así que el tipo no estaba tan solo en su zapatería.

Martin estaba bebiendo rápido. Eso quería decir que tenía planes para luego.

—¿Otra noche en blanco? —le pregunté.

—No.

Eso es lo que decía siempre.

—¿Adónde vas? —le pregunté. Quedaba un trozo del gran *breze* con el que habíamos acompañado las salchichas, y le di un mordisco.

—Ya veremos —contestó.

—¡Vente conmigo!

Qué idea más rara. La verdad es que no pensaba volver hasta el día siguiente al bar donde había estado hoy. Pero cuando vi a Martin tuve ganas de repente de estar con él, de cuidarlo. Ridículo. Tenía cuarenta y tres años y cuidaba de sí mismo desde que tenía uso de razón; siempre había sido él quien hacía los planes, no yo. Cuando éramos jóvenes, sabía encontrar para los dos los trabajos de verano mejor pagados. Me había disuadido de echarlo todo a rodar después del primer año en la comisaría. Sabía cuidarse.

Quizá si quería estar a su lado en realidad era por puro egoísmo. Quizá simplemente no tuviera ganas de volver solo a casa. Quizás aquella zapatería abandonada y mugrienta, con el saco de dormir apretujado en el rincón, me había hecho acordarme de algo que ni el sol ni la cerveza ni el tiempo esplendoroso podían borrar. De un domingo, de una cocina.

—Me paso luego —dijo Martin. Se acabó la jarra, se limpió la cara con la mano y se encendió un Salem.

Le expliqué dónde estaba el bar.

—Sé dónde está —dijo él.

Luego, nos quedamos callados. A nuestro alrededor había gente comiendo, bebiendo, charlando, jugando a cartas. Niños berreando, perros ladrando. Los árboles estaban cuajados de castañas verdes. El olor a pescado y a pollo a la brasa atravesaba el biergarten. Nadie tenía prisa. Excepto Martin.

—¿Cómo es que Sonja no ha ido a que su amiga le corte el pelo? —dije, en un intento de retenerlo. Pero él ya se había puesto de pie.

—Era una excusa, tenía que ir al abogado por lo de la separación.

Dejó nuestros platos sucios en la bandeja de color naranja y buscó con la vista a alguien que viniera a recogerla.

—Ah, ¿se separan? —dije yo.

—Lo anunciarán durante las vacaciones —dijo él.

—Déjalo, ya me encargo yo —dije—. Me quedo un rato todavía.

Martin me dio una palmada en el hombro y se fue. No volvería a casa antes de las cuatro de la madrugada. En ese tipo de salidas no le gustaba llevar compañía. Luego me lo contaba todo. Si yo se lo preguntaba, claro, porque él nunca solía contar nada. En los bares todo el mundo sabía que era policía, y la mayoría lo consideraban alcohólico.

No lo era. Simplemente le gustaba beber.

Como a mí. Aunque yo bebía menos que él.

Pero por las mismas razones.

La puerta estaba abierta y entré. No había más que mujeres. Sentadas a las mesas, hablando. En cuanto me vieron se callaron sincronizadamente. Sonaba bien.

—Buenos días —dije.

Una mujer me dijo: «¿Qué desea?».

—¿Alguna de ustedes conoce al zapatero Grauke?

Guardaron silencio. Yo también. Así pasó medio minuto de armonía.

Las salas del Ragazza estaban decoradas con austeridad; aquello no era una sala de estar, sino un simple lugar de encuentro funcional. Las once mujeres que estaban allí aquella noche debían de tener unos veinte años. Muchas fumaban, algunas bebían zumo de naranja.

—Sí —dijo una mujer que llevaba un jersey gris demasiado cálido para aquella velada.

—El señor Grauke ha desaparecido.

—¿Usted es policía?

—Sí.

—Enséñenos la placa —dijo una mujer que venía de la sala de al lado. Era mayor que las otras, treinta y muchos, y llevaba el pelo casi al cero, lo cual no restaba encanto a su delicada apariencia; es más, parecía hacer su rostro más suave y transparente.

—De acuerdo —dijo, mientras me devolvía la tarjeta de plástico azul—. Soy Sina Frank.

—¿Conoce al señor Grauke, señora Frank?

—Sina —dijo.

—Tabor —dije yo.

—No mucho.

—¿Hay aquí alguien que lo conozca mejor?

Varias negaron con la cabeza.

—¿Ha estado alguna vez en la zapatería? —le pregunté a Sina.

—Pasaba por delante de vez en cuando, incluso a menudo, y siempre lo veía sentado trabajando. Yo solía pensar: cuando tenga unos zapatos para arreglar se los traeré. Pero no se dio el caso. Elke sí que ha estado alguna vez en la zapatería, creo.

—¿Elke está aquí? —pregunté.

—No —dijo Sina.

—¿Vendrá esta noche?

—Con ella nunca se sabe —dijo Sina—. Sólo pasa por aquí de cuando en cuando, ya tiene veintisiete años, trabaja, por lo menos a veces... Y además no le gusta que le den consejos...

—¿Qué clase de consejos? —pregunté.

—Por ejemplo en lo que respecta a la relación con los hombres.

Seguimos hablando de otras mujeres que conocían a Grauke de vista, pero nunca habían estado en su taller, y luego me despedí.

Era casi noche cerrada. Una temperatura de por lo menos veintidós grados. Pasé por delante de la casa de los Grauke y del taller. Me detuve delante de la puerta y noté un soplo fresco que llegaba del otro lado de la persiana metálica, del otro lado del escaparate, del interior de aquel antro oscuro. Apoyé la frente contra la persiana.

—¿Algún problema?

Me di la vuelta. En el primer momento pensé que era Martin.

—¡Hola! —dije.

Klausí me saludó con la cabeza. Tenía la misma silueta desgarbada que Martin y llevaba una chaqueta parecida, de color incierto.

—Voy al bar, ¿vienes?

Fuimos al Stüberl. Daba tumbos, pero se esforzaba en caminar recto.

Una chica que se llamaba Susi estaba insultando a un chico con gafas que se llamaba Peter y al que se dirigía incesantemente por su nombre. El tema era el novio de Susi, que era amigo de Peter y por lo visto estaba celoso de él, y eso que ella no le daba ningún motivo, a pesar de que Peter no paraba de tirarle los tejos, algo que éste negaba. De manera creíble, a mi entender.

Me senté a la barra, y Klausí en su silla al lado de la ventana. Él pidió una cerveza de trigo, yo una cerveza clara. Al cabo de un rato ya llevaba tres.

—No se deja ver mucho por aquí —dijo Alex con su botella de Spezi en la mano. Al contrario que yo, no parecía oír en absoluto el parloteo de Susi. Y eso que estaba justo a nuestro lado.

—¿Viene con su hermana? —pregunté.

—¿Qué pasa, ya no te acuerdas de lo que hiciste cuando salí de la ducha? —dijo Susi.

—Paula... —dijo Alex—. Creo que sí. Sí, con la hermana, Lotte, una chica muy maja. Paula siempre está rezongando, refunfuña por cualquier cosa...

—No hice nada —dijo Peter—, sólo llamé a Winnie y le dije que viniera...

—Pero Grauke no venía con ellas, ¿no? —pregunté.

—Siempre viene solo —dijo Alex. Miró a Klausí, asintió con la cabeza y sacó de la nevera otra botella de cerveza de trigo—. Nunca bebe con nadie, se pone ahí, pide sus cervezas, tres o cuatro, se las bebe y se va. No tiene gran cosa que contar, la verdad. No es un tipo que vea mucho mundo. Casi no sale de la zapatería.

Llenó el vaso y se lo sirvió a Klausí.

—Winnie es tan tonto que te dio la llave de casa —dijo Susi—, y tú te aprovechas y vienes a dormir cuando él no está...

—¡Te pedí permiso antes! —dijo Peter.

—¿Y qué pasó cuando salí de la ducha por la mañana? ¿Qué pasó, eh?

—¿Qué va a pasar? ¡Nada! —dijo Peter—. Llamé a Winnie y luego me marché.

—Estás mintiendo, Peter. Eres un mentiroso. No haces más que mentir, y encima le mientes a tu mejor amigo.

—Ya está bien, Susi, déjame en paz, no te hice nada.

—¿Quieres otra? —le preguntó Alex a Susi.

—¿Tú de dónde crees que han salido estos cardenales? ¿Eh? ¿Qué dices, Peter? Sabes perfectamente que Winnie no aguanta el alcohol, lo sabes perfectamente, y sin embargo te lo llevas de copas.

—¿Quieres otra? —preguntó Peter de nuevo.

Susi no le hacía caso.

—¿Sabes cuánto dinero se gasta cada mes? No aguanta el alcohol, y tú lo sabes perfectamente.

—¡Déjame en paz!

—¿Otra?

Esta vez Alex se dirigía a mí.

Asentí con la cabeza.

—Bebo de la botella —dije.

—En mi bar no —dijo Alex. Llenó el vaso, anotó la cerveza y encendió un cigarrillo.

—¡Y él es tan inocente que encima te da la llave de nuestra casa! —dijo Susi a voz en grito, y se quedó callada bruscamente.

Tina Turner seguía cantando impasible *Nutbush City Limits*.

Y Susi volvió al ataque.

—Eres un cerdo, Peter. Nunca más vuelves a entrar en mi casa cuando no esté Winnie.

—¿Pero yo qué te he hecho a ti? —dijo Peter—. ¿Yo qué te he hecho a ti? ¿Yo qué te he hecho a ti?

Repitió la pregunta unas catorce veces más. Me senté con Klaus. Me invitó a un schnaps.

—Hay una diferencia muy grande entre que los talibanes se carguen el patrimonio mundial de la humanidad en Afganistán y que los rusos no quieran devolver las obras de arte que se llevaron después de la guerra —afirmó Klaus.

—Sin la menor duda —dije yo.

Llegó el primer schnaps.

Y luego el resto.

En la Unidad alguien había dejado un disquete para mí. Thon me lo dio y se quedó mirando cómo lo metía en el ordenador. El archivo se llamaba «Grauke». No pude

abrirlo. Algo se quedaba atascado. Saqué el disquete y volví a intentarlo. Ni por ésas. Me cabréé. Fui en busca de Martin, que siempre tenía algún truco para meter en cintura a los ordenadores.

Mientras andaba de despacho en despacho me asaltó la duda de si Martin era de verdad un lince de la informática. ¿No sería en realidad tan zoquete como yo cuando se presentaba un problema técnico? Ya no sabía qué pensar.

Paul Weber me dijo que Martin estaba en el café Maxi, un local turco que se encontraba en la planta baja de nuestro edificio. Bajé por las escaleras. Martin no estaba allí. Nadie lo había visto. Volví a mi despacho a intentarlo de nuevo.

—Déjame probar —dijo Thon. Se sentó a mi escritorio, tecleó un rato y luego se dio por vencido. Había muchos compañeros rondando por allí, pero estaban todos ocupados con otras cosas.

Volví a intentarlo. Y por fin funcionó. Hice clic en el archivo y se abrió. Lo mandé a imprimir de inmediato.

Cuando me di la vuelta, el texto impreso estaba ya sobre mi mesa. Curioso. Pero aún era más curioso que el resultado de la impresión fueran dos grandes pedazos redondos de *pizza* de masa fina y un montón de rodajas de tomate, hierbas aromáticas y albahaca fresca. Pocas veces había visto una *pizza* tan apetitosa. Me la quedé mirando con deleite. Como mis compañeros parecían no advertir mi presencia, empecé a comer. También Martin, que de repente estaba sentado delante de mí, echó mano a un trozo.

—Ahora sí que saldremos de dudas —dijo.

No había visto nunca aquella lámpara. ¿Y desde cuándo había una pared de madera detrás de mi cama?

Di un bote del sobresalto. Una manta marrón se deslizó de mi pecho. Estaba tumbado en el banco junto a la ventana, en el mismo lugar donde había estado sentado la noche anterior con Klaus. El bar estaba oscuro. ¿Qué hora sería? Me incorporé lentamente. Me inundaba la cabeza un zumbido descomunal. Mi boca parecía no albergar ni una sola gota de saliva. Pensé vagamente en el sueño de la *pizza*.

Tosí. Luego me giré hacia la puerta. Estaba cerrada por fuera.

Alex me había dejado encerrado. No recordaba haberme echado a dormir.

Levanté la manta. Se parecía a la de la zapatería de Grauke.

No me quedaba más remedio que esperar hasta la mañana. ¿A qué hora abría el bar?

Saqué una botella de agua de la nevera y me la bebí entera. Junto al lavabo había una puerta trasera que, por supuesto, también estaba cerrada con llave.

¿Por qué no me habían despertado? ¿Cómo y cuándo me había quedado dormido? ¿Acaso creían que a un policía se lo podía dejar tirado de cualquier manera? ¿Que no

robaría nada? ¿Ni destrozaría nada? Craso error.

El cerrajero al que avisaron los compañeros del turno de noche llegó al cabo de veinte minutos. No le costó demasiado reventar el cerrojo de la puerta trasera y volver a cerrarlo inmediatamente.

Le dejé a Alex cincuenta marcos en la barra por las cervezas, los schnaps y la llamada telefónica.

Volví a mi casa en pleno amanecer. Pálpitos en la cabeza, temblores en las piernas. El hecho de encontrarme en un lugar del que no podía salir por mis propios medios me había producido un pánico insuperable.

Me fui deteniendo por el camino para tomar aire con la boca abierta de par en par.

A diferencia de Martin, que, como me contaría más tarde, había llegado a casa a las cuatro y media y luego había dormido seis horas, yo a las cuatro ya estaba en la cama, pero no podía conciliar el sueño. A las cinco y media me levanté, me vestí, desanduve el camino que había andado dos horas antes desde el barrio de Glockenbach, me senté en un banco en la orilla alta del Isar y me puse a mirar en dirección al río. No tardaron mucho en aparecer los primeros tipos haciendo *jogging*, los primeros perros, los primeros dueños de perros.

Dos compañeros de uniforme me pidieron la documentación. Luego se disculparon. No sé muy bien por qué. Seguí sentado allí, practicando el silencio.

Pensaba en el río. *Isara rapidus* lo llamaban los romanos. Los nombres de ríos siempre eran masculinos. En aquellas semanas era verde, los productos químicos tenían un color de camuflaje fantástico. Hacía años que estaba prohibido bañarse. En verano llegaban las balsas procedentes de río arriba, rebosantes de juerguistas y orquestinas de viento. En las orillas la gente hacía barbacoas; las nubes de humo se olían desde cualquier puente. Después de un largo viaje, el río desembocaba en el Danubio, y con él en el Mar Negro. Yo nací a orillas de un arroyo que desembocaba en un río que a su vez iba a morir en el Isar. Así que de pequeño me imaginaba llegando una mañana a bordo de un bote hinchable al Mar Negro, dondequiera que estuviese, en cualquier caso en el fin del mundo. Y allí me quedaría. Hasta entonces no había llegado muy lejos. Sesenta kilómetros. Y no parecía que fueran a ser muchos más.

Pensaba en la tarde anterior en el Nockherberg, en aquellos momentos siempre idénticos que se repetían cada año, los días de verano que le daban categoría a aquella ciudad. O así me lo imaginaba yo. En la lentitud, en el dejar pasar el tiempo sentado en una terraza, en el orden de las cosas, que consistía sólo en una silla y una mesa, en los ruidos familiares, pasos en la grava, murmullo de voces, el entrechocar de las pesadas jarras de vidrio, la gente que llegaba tarde y llamaba a voces a sus amigos o familiares entre la multitud.

Sin duda, esos lugares y esos momentos también existían en las demás ciudades. Pero yo sólo conocía aquéllos, nunca había vivido en otro sitio, me había acostumbrado a estar allí.

Igual que Maximilian Grauke estaba acostumbrado a permanecer sentado en su taburete, enfrascado en su trabajo.

Yo tenía una palabra para designar lo que atormentaba a la mayoría de la gente a la que conocía en mi función de policía: quemosis, fobia a las habitaciones. Se me había ocurrido en el tranvía. Ute decía que si la quemosis existía de veras, yo debía de estar afectado de una de sus peores variantes.

Yo no estaba tan seguro. Me veía a mí mismo como un hombre sin alojamiento definido, alguien que siempre estaba fuera. Alguien que tenía fobia a las casas de los demás y a toda clase de comunidades y círculos de amistades. Alguien que a veces, cuando lo abrazaban, tenía una sensación de claustrofobia. Y que, pese a ello, ejercía una profesión en la que el trabajo en equipo y la habilidad comunicativa eran fundamentales. Y que se veía forzado una y otra vez a entrar en las casas de otras personas, a tratar con las personas más variopintas y a representar a la autoridad.

Como cantaba Kris Kristofferson en su juventud: «I'm a walking contradiction, partly truth and partly fiction...». Pero el motivo de que me pasara la vida precisamente en el departamento de desaparecidos de la policía no tenía nada que ver con todo eso.

—En avión no se ha ido, eso está claro —dijo Sonja Feyerabend cuando la llamé desde una cabina telefónica al lado del mercado al aire libre de Viktualienmarkt. Sonja se había dedicado a llamar a agencias de viaje y aeropuertos, no sólo en Alemania, sino también en Austria y Suiza. Había vuelto a hablar con la señora Grauke y había averiguado que su marido, aunque tenía permiso de conducir, nunca usaba el coche. El viejo Audi sólo lo conducían ella o su hermana. El coche, por lo visto, estaba aparcado en la Ickstattstrasse. Para asegurarse, Sonja había enviado allí una patrulla.

Y además había averiguado otra cosa que a la señora Grauke la trastornó tanto que se puso a llorar. Sonja tuvo que ir a su casa y permanecer a su lado mientras ella hablaba por teléfono con el banco.

El director de la oficina en persona confirmó que el señor Grauke había retirado de la cuenta veinte mil marcos el viernes pasado.

Era justo la mitad de sus ahorros.

—¡Eso no tenía derecho a hacerlo! —dijo la señora Grauke.

Pero, igual que estaba en su derecho de marcharse, también podía retirar del banco todo el dinero que quisiera. Era titular de la cuenta y no necesitaba pedirle permiso a su mujer.

En lugar de ir a la Kreuzstrasse, como tenía previsto, fui a la Müllerstrasse a hablar yo mismo con el director de la oficina.

En realidad no tendría por qué haberlo hecho. Obviamente, alguien que sacaba de la cuenta veinte mil marcos no tenía la menor intención de suicidarse. O por lo menos era muy poco probable. Seguía en pie, eso sí, la posibilidad de que Grauke hubiera sido víctima de un crimen. ¿Quizás alguien lo había obligado a sacar el dinero? ¿Quizá lo habían secuestrado? ¿Andaba metido en negocios ilegales? ¿Lo extorsionaban? ¿Tenía deudas?

—Lo noté tan callado y serio como siempre —dijo Eberhard Vocke—. Llamó por teléfono antes y me dijo que iba a retirar el dinero.

—¿Cuándo llamó?

—A finales de la semana pasada, creo.

—¿Podría confirmarlo?

Me dejó a solas en el despacho, con el olor de su loción de afeitado flotando todavía en el aire. Luego volvió con una sonrisa de oreja a oreja, como si acabaran de admitirlo por unanimidad en la junta directiva del banco.

—¡En realidad no llamó! Vino en persona. Vino en persona. Vino en persona.

Con la mitad de su corbata roja descansando sobre la mesa, Vocke se inclinó hacia delante y proyectó el discreto aroma de su cara cuidadosamente rasurada. No consiguió disimular que había notado mi olor a alcohol.

Yo sabía que el aliento me olía a alcohol aunque me había lavado los dientes. Ute me lo hacía notar cada vez que desayunaba con ella después de haber bebido cerveza y schnaps la noche anterior.

O quizás aquella mañana no oliera a alcohol, y lo único que le repugnaba al director de la oficina era mi cara sin afeitarse. En cualquier caso, se dejó caer hacia atrás, cruzó las piernas y dijo:

—Vino él personalmente.

—Eso ya lo he captado —dije yo.

—El jueves, concretamente —añadió—. ¿Algo más?

Él allí era el jefe, y volvió a meterse en su papel. Ya se sabe: los bancos protegemos a nuestros clientes, aquí el cliente es el rey, aquí no le damos información al primer policía con barba de dos días que se presenta sin avisar.

—¿Le preguntó qué pensaba hacer con el dinero?

—No.

—¿No le importa? ¿Y si lo ingresa en otro banco?

—No creo.

—¿Habló con él?

—Muy poco. Es su dinero, puede retirarlo cuando le apetezca. Usted lo sabe.

—Sí, lo sé. Y al día siguiente, el viernes, volvió a venir para sacar el dinero. ¿Cómo se lo entregó? ¿En billetes pequeños?

Sonó el teléfono. Vocke descolgó, dijo: «Ahora voy» y colgó.

Teatro de la peor especie. Se toma la molestia de pedirle a un empleado que lo llame para fingir que tiene un asunto urgente por resolver, y luego ni siquiera hace el esfuerzo de darle un poco de verosimilitud a la representación.

Me levanté. Él se levantó también al instante.

—¿En billetes de cien? —dije.

—De cien, de cincuenta...

—¿Cómo se llevó el dinero?

—En una mochila. Discúlpeme, pero tengo prisa, caballero. ¿Hemos acabado?

—¿Puede describir la mochila?

—No me fijé.

Fue hacia la puerta y la abrió.

Pasé por delante de él en dirección al vestíbulo y de repente me volví hacia él.

—En ese caso, le ruego que se presente en la comisaría dentro de dos horas.

La última vez que había pronunciado aquella frase había sido veinte años atrás, cuando todavía iba de uniforme y algunas veces me apetecía darme importancia.

Los clientes se nos quedaron mirando. Los empleados también, pero apartaron la vista en seguida.

—Era una mochila negra —dijo Vocke. Llevaba camisa blanca y corbata roja, pero combinados con unos vaqueros azul claro. Eh colegas, podéis llamarme Eberhard, aquí mando yo, pero soy un jefe enrollado, ¿eh?

—¿Llevaba la mochila colgada a la espalda?

Vocke se me quedó mirando.

—¿Llevaba la mochila colgada a la espalda o la sujetaba con la mano?

—¿Cómo dice?

Miré hacia el reloj de la pared.

—La llevaba... creo que la llevaba... la llevaba... A ver, metió el dinero dentro, luego la cerró y luego... luego se la puso así, por el hombro... Pero después... sí, después la cogió con la mano, exacto, como si fuera un bolso de mano. Exacto. Y salió a la calle así. Con la mochila en la mano.

—Con la mochila en la mano —dije.

A continuación le di las gracias y me fui.

Un camión se paró en un semáforo rojo, y el gas del escape barrió los restos del discreto aroma de la loción de afeitado de Vocke.

Aquel hombre que había vivido años y años atado a un taburete en un cuchitril de doce metros cuadrados estaba resultando ser un tipo astuto que se sabía unos cuantos trucos.

Después de dedicarse durante varios días a maquinarse un plan, se presenta un jueves en el banco para anunciar que al día siguiente va a sacar veinte mil del ala en billetes de cien y de cincuenta. Nadie le hace preguntas y, si se las hubieran hecho, habría respondido que era para hacer obras en la zapatería, y todo el mundo le habría creído. Infundadamente, por supuesto.

Porque a Grauke, en su taburete, lo último que se le pasaba por la cabeza era hacer cambios. Hasta ahora.

Y ya que pasaba por allí, se deja caer por casa para ver a su mujer. Hay trifulca, sin duda. A lo mejor ya se ha metido tanto en el papel, que le hace creer a la mujer que va a ceder, que volverá. Como si lamentara enormemente todo aquello. Y luego le dice: Bajo un momento a tomar una cerveza, no te preocupes.

No, eso no. Ella sin duda lo habría seguido. O la hermana, que también estaba. No. Grauke pasó *primero* por el Rumpler y el Stüberl, y *luego* pasó a ver a su mujer. Y a continuación desapareció definitivamente. Ella lo sabía. Los dos lo sabían. Había vuelto una vez más para vomitarlo todo. Ese había sido el único motivo. Tenía ganas

de desahogarse.

Y un día después, como quien da un paseo, pasa otra vez por el banco. Con una mochila negra. Que no sabía dónde ponerse. Porque no era suya.

Estaba completamente seguro de que no iba a tropezarse con su mujer. Sabía por dónde solía pasar ella, aunque nunca la acompañase porque no se separaba de su taburete. Ella le había contado mil veces adónde iba a comprar y por dónde pasaba. Lieselotte y Maximilian Grauke habían estado casados treinta y tres años, desde que ella tenía veinte y él veintiséis. Se sabían de memoria el uno al otro.

Quizá se dio el lujo de tomar un taxi al salir del banco.

No. Lo recogieron. Alguien lo esperaba. El propietario de la mochila. Una mujer. La mujer con la que había estado bebiendo cerveza en el taller.

Quizá.

Había que hacer hablar a la hermana.

—¿No ve que no tengo tiempo? ¡Me está estorbando!

Paula Trautwein estaba decorando una estantería. En la tienda de la Kreuzstrasse donde trabajaba no sólo había vasos de todos los tipos imaginables, sino también flores artificiales, jarrones, juegos de mesa, cuencos, velas, botes y otros objetos de uso cotidiano. Limpiaba copas de champán, de cóctel y vasos de tubo, quitaba el polvo de las estanterías y ordenaba los vasos.

Tenía razón, la estorbaba. Ute también se quejaba siempre de eso.

—¡Cuénteme algo de su cuñado!

—¡El muy desgraciado se ha llevado todo el dinero! —dijo.

—¿Por qué me mintió? —dije yo.

¿Qué iba a contestarme? Dijo lo que dice todo el mundo:

—No me quedaba más remedio.

—Claro, claro —repliqué.

La miré. Llevaba una bata blanca, el pelo recogido en un moño y mucho maquillaje en la cara. Tenía las mejillas demasiado rosadas y los párpados demasiado oscuros.

—¿Sus padres aún viven?

—¿Cómo dice?

La pregunta la dejó descolocada. Paró de limpiar un momento.

—Ni idea —dijo luego—. Nuestro padre dejó embarazada a nuestras madres y luego nunca más se supo de él. Seguramente tenemos un puñado de hermanos repartidos por ahí.

—¿Y su madre?

—La mía murió.

—¿Son de distinta madre? —dije. Eso tampoco lo habían mencionado.

—¡Apártese de ahí!

Me aparté de allí. Cogió del suelo una caja de cartón y la colocó en un estante.

—La madre de Lotte todavía vive, pero no suele verla muy a menudo. Vive sola en Schwabing. Somos un desastre de familia.

—Pero usted y su hermana se llevan muy bien —dije—. Y Maximilian no se fue de casa como su padre. Por lo menos hasta ahora.

—¡No me hable de Maximilian! —dijo la señora Trautwein con gesto avinagrado.

Aquellas dos mujeres se habían tomado la desaparición de Grauke de una manera radicalmente distinta. Para Lotte Grauke había sido un duro golpe, pero parecía más preocupada que molesta; intentaba mantener la compostura, se aferraba a la idea de que pronto todo volvería a ser como antes.

En cambio, Paula Trautwein estaba furiosa. Como si la desaparición de Grauke

fuera una ofensa personal para ella. A su cuñado lo odiaba, y a mí me consideraba un inútil porque todavía no había sido capaz de localizarlo. Y sólo quería volver a verlo para decirle a la cara lo que pensaba de él.

¿Pero por qué?

—No puedo decirle más —añadió sin dejar de limpiar—. Usted no se afeita muy a menudo, ¿verdad?

—Alguna vez —contesté.

Una clienta le preguntó dónde estaban los vasos de cerveza de trigo, y Paula la envió al primer piso.

Me acordé de que tenía que llamar a Alex.

Cuando llegué a la Unidad, encontré un *post-it* pegado en mi ordenador: «Ha llamado Alex».

—¡No vuelvas a hacerme eso nunca más! —le dije. Alex acababa de explicarme que lo había hecho con la mejor de las intenciones.

—¡Que te digo que no te tenías en pie, hombre! —repitió por quinta vez.

—Ya puedes estar contento de que no te hagan pagar el cerrajero —dije yo.

—Ya, ya. Oye, te llamaba para decirte una cosa: Ha venido Franticek.

—Pues qué bien.

—Es un amigo de Max, antes jugaban a cartas, cuando Max todavía se juntaba con la gente. Franticek lo conoce de toda la vida, le he dicho que Max ha desaparecido, y él dice que es mala señal.

—¡Pásamelo!

—Está en el lavabo.

—Dile que me espere ahí.

Colgué.

—Tenemos que buscar a una niña.

Thon acababa de entrar en la oficina. Hoy con pañuelo blanco.

—¿Cómo se llama? —dije.

—Bettina Eberl —dijo él.

—No fastidies.

Betsy era una adicta a las fugas. Tenía catorce años y llevaba escapándose de casa sistemáticamente desde los once. Su padre era maestro, y en la asociación de padres ya había quien empezaba a poner en duda sus aptitudes pedagógicas, puesto que por lo visto ni siquiera era capaz de educar a su propia hija. Su mujer estaba yendo al psicólogo por culpa de Betsy, porque cada vez que se escapaba su hija sufría ataques de ansiedad.

—El señor Eberl me ha dicho que esta mañana su mujer se ha puesto a beber schnaps, varias copas, y está por los suelos. Así que venga, a buscarla.

—Ya verás cómo vuelve, siempre hace lo mismo —dije yo.

—¡Tú encuéntrala!

—Estará en el Stachus o en la estación central. Como siempre.

—Ya he mandado gente y no la han encontrado, nadie la ha visto. Llévate a Sonja.

Le hizo un gesto a Sonja con la cara y salió de la oficina.

Ella estaba estudiando las últimas notificaciones de la jefatura central sobre cadáveres sin identificar.

—¿Sabes por dónde debe de andar la cría? —me preguntó.

—Sí —le contesté—. No hace falta que vengas.

Luego llamé al Stüberl.

—Pásame a Franticek.

—Yo soy Franticek Kellerer —dijo él.

—Tabor Süden. ¿Va a estar mucho rato todavía en el bar?

—Estoy de paso, yo vivo en Hasenberg, ¿sabe?

—¿Hasta qué hora piensa estar en el bar, señor Kellerer?

—Supongo que hasta bastante tarde. Esto de que Max haya desaparecido me preocupa mucho.

—¿Por qué?

—Porque no es el tipo de persona que desaparece así, sin más. Yo creo que debe de estar deprimido, ¿me entiende?

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—Uf... Debe de hacer cinco años, o quizá seis. Oye, Alex...

—Hablamos luego —dije.

Antes tenía que devolver a Bettsy a casa de sus queridos padres.

Aunque ya habían pasado por allí los compañeros, me dirigí una vez más a la estación central, justo enfrente de la jefatura, y luego caminé unos cuantos cientos de metros más, hasta el Stachus. Los adolescentes se reunían en el subterráneo o en la plaza, delante de la fuente. Era el lugar adonde iban a comprar drogas los que tenían prisa por encontrarlas.

Bettsy no se drogaba; simplemente se iba de casa en busca de experiencias. Ya se había fugado ocho veces. Cuando no volvía por su cuenta, la recogíamos nosotros.

O mejor dicho, la recogía yo.

Sabía hacer hablar a sus amigos.

Desde entonces tenía fama de saber tratar con los críos.

¿Y yo qué iba a decir? ¿Que no era verdad? ¿Que los niños no eran lo mío? Una vez una madre me dijo que sería un padre estupendo. ¿Qué le hace pensar eso? le pregunté. Lo noto, dijo ella.

En realidad no solía tratar con niños. Más bien con adolescentes. Eran jóvenes, casi adultos. Pero los llamaban niños: los padres, los parientes, mis compañeros. «El

niño se ha marchado».

Bettsy.

Uno de sus amigos, el Hindú, estaba como siempre junto a la puerta del McDonald's del Stachus. No pedía limosna. Se limitaba a poner cara de pena. Tenía quince años, era flaco y llevaba la mitad de la cabeza afeitada.

—¿Dónde está Bettsy? —le pregunté.

—No me molestes —contestó.

—¿Ah, estabas haciendo algo?

Se puso a mirar a los ojos a la gente que salía del local, pero nadie reaccionaba.

—¿Nos vamos a donde tú sabes? —dije—. Espabila, que no tengo todo el día.

Sus pantalones a cuadros rojos y negros estaban más andrajosos que la última vez, y parecía tener inflamada la oreja izquierda, con sus siete *piercings*.

—Te vas a buscar un buen lío con mis padres —dijo.

El Hindú, que en realidad se llamaba Sebastian, no era un adolescente. No era un niño. Era un bebé. Aunque fumaba porros y bebía cerveza, cada noche volvía a casa dócilmente. Su padre era funcionario del Ministerio del Interior, y llamaba de vez en cuando a la jefatura cuando su hijo se quejaba del trato que le habían dado mis compañeros. Yo también tenía un apercibimiento, firmado personalmente por el secretario de Estado del Ministerio.

La primera vez que, mientras intentaba encontrar a Bettsy, tuve que vérmelas con el Hindú, el chaval quiso hacerme creer que no sabía de qué le hablaba. Así que me lo llevé al puente de Grosshesselohe. Desde la reconstrucción, el puente tenía adosada una larga pasarela lateral que se podía recorrer a pie de un extremo al otro. Aquella especie de pasillo de unos diez metros de altura estaba hecho de pilones de madera con espacios de separación. Por debajo pasaba el Isar.

Cogí al Hindú de la mano como a un niño pequeño y lo llevé hasta la pasarela. Al cabo de pocos metros empezó a perder la cabeza: una mezcla de vértigo y agorafobia. Intentó soltarse, se puso a temblar, lloraba. Pero yo seguía caminando. Él se agarró con una mano a la barandilla. En vano. Seguí arrastrándolo. Luego se tiró al suelo. Me arrodillé a su lado. Parecía estar a punto de hiperventilar.

«¿Dónde está Bettsy?», le pregunté. Mencionó el nombre de un amigo, una dirección, el bar favorito de Bettsy, me entregó su ración de hachís, se agarró a mí. Luego, en el coche, le di las gracias. Por supuesto se lo contó todo a su padre, el cual puso los hechos en conocimiento de su amigo el secretario de Estado, que a su vez llamó a Funkel para decirle que incluso habían informado al ministro.

Lo que yo no le había dicho al Hindú era que había pasado tanto miedo como él. Jamás habría atravesado por mi propia voluntad aquel puente, y mucho menos aquella pasarela espeluznante. Una vez, yendo de paseo, Ute y yo habíamos ido a parar al puente de Grosshesselohe. Queríamos pasar al otro lado del río. No me quedé más remedio que echar a correr. Me mareé, tuve la sensación de que el borde del puente me atraía como un imán, de que el suelo se hundía bajo mis pies, de que se me

llevaba el viento como a Roberto el volador, el personaje del cuento infantil.

—¿Te apetece ir de excursión? —le pregunté ahora al Hindú.

—¿Y a ti te apetece quedarte en el paro? —me preguntó él a su vez.

Guardé silencio. Me quedé a su lado. Durante varios minutos. Se dirigió hacia la fuente. Unos cuantos jóvenes se habían quitado la camiseta y se refrescaban con el agua. Me deslicé detrás del Hindú como una sombra con barba de tres días. Él sabía que no iba a conseguir librarse de mí.

Acabó mencionando el nombre de un individuo con el que Bettsy podía estar. Con ése no había estado nunca hasta entonces. Era un tipo al que acudían los que necesitaban conseguir drogas rápidamente, drogas duras.

—Tú vienes conmigo —dije.

—No.

Al cabo de poco estábamos sentados en el asiento trasero de un taxi.

Los yonquis hacían corrillos a lo largo de la Leopoldstrasse, a la sombra de los álamos. Charlaban. Rondaban por allí. Me vieron llegar y ninguno de ellos pensó que yo fuera policía.

El Hindú se quedó en el coche. Le pedí al taxista que lo vigilara.

—Busco a Silvio —le dije a uno de los chicos. Me miró fijamente, estaba sudando. Se acercó una mujer con una chaqueta de cuero negro gastada.

—¿Para qué lo buscas? —dijo. Casi no se la entendía.

—Quiero preguntarle una cosa, es un asunto personal.

El chico se giró hacia otro lado. Le dieron un cigarrillo encendido. La mujer tenía el pulgar casi despellejado de tanto rascárselo.

—Está con su nueva novia —dijo.

—¿Dónde? —le pregunté.

—En la pensión de la Siegestor —dijo ella—. ¿Tienes un cigarro?

—No.

—Dame cinco marcos.

Le di dos marcos y volví al taxi.

El Hindú me dio un golpe en el brazo y bramó:

—¡Quiero irme, esto es detención ilegal!

—¡Aquí no se chilla! —dijo el taxista.

—¡Vámonos! —dije yo.

No tenía ganas de estar en aquel taxi que apestaba al tabaco que fumaba el Hindú y al sudor que emanaba el conductor. No tenía sentido ir a buscar a aquella chica. Ciertamente, el padre lo pasaba mal, la madre se emborrachaba, dudaban de sí mismos y de su aptitud educativa, y se desesperaban. Ciertamente, mi deber era actuar. Cada año se fugaban de casa cincuenta mil niños. Algunos acababan en la prostitución callejera o en el mundo de la droga, otros eran víctimas de crímenes, otros desaparecían para

siempre. Algunos se dedicaban a vagabundear, acompañados de educadores de calle, alimentados y cuidados por el servicio de ayuda a la infancia. Pasaban regularmente por la misión de la estación a recoger su paquete de comida, se buscaban un perro, sobrevivían como podían.

Nada que ver con los niños que eran secuestrados, maltratados y asesinados por psicópatas, nada que ver con el espantoso vacío que dejaban el niño o la niña que no regresaban de la escuela. Nada que ver con el dolor de los padres que sabían que nada volvería a ser nunca más como antes.

Con una chica como Bettsy, yo francamente no sabía qué hacer. Ni con el Hindú. Hablaba con ellos y ellos hablaban conmigo. Utilizábamos el mismo vocabulario, pero no nos entendíamos porque estábamos demasiado alejados. Vivíamos en planetas diferentes.

—¡Tú te esperas aquí! —dije, y salí del taxi.

El Hindú salió bruscamente del taxi por el otro lado e intentó echar a correr. Demasiado previsible. Antes de que pudiera tomar aliento, yo ya estaba cortándole el paso. Lo agarré del hombro y lo empujé en el asiento del acompañante.

—Haga el favor de vigilármelo otra vez —le dije al taxista.

—¿A cambio de qué? —dijo él.

—Cincuenta marcos de propina.

—Vale —dijo él.

El Hindú apretó las rodillas. Obviamente era demasiado cobarde para intentar escaparse otra vez.

La pensión estaba en el tercer piso del viejo edificio de la Akademiestrasse. Antes yo solía dormir allí cuando mi piso se me quedaba estrecho. Ahora, en esos casos, me alojaba en una pensión que tenía más cerca de casa.

—Hombre, Süden, tú por aquí —dijo Nielsen, el dueño.

—Veo que sigues alquilando habitaciones a yonquis —dije.

—¡Eso nunca!

—¿Y qué me dices de Silvio?

—No sé quién es.

—El tío que está con una chica.

Nielsen se hurgó la oreja con el dedo.

—Ya se ha ido. Las chicas todavía están.

Me indicó la habitación. El guardarropa, las sillas, los cuadros, todo parecía polvoriento. Pero las habitaciones estaban limpias, y también los baños y las duchas, que estaban en el pasillo. En las habitaciones sólo había un lavamanos con agua caliente y fría. Ni minibar ni nevera.

Entré sin llamar.

Había una chica sentada en la cama, recostada en la pared, tapada con la manta hasta el cuello y con los ojos abiertos de par en par. Al lado de la cama había otra chica con el pelo rubio platino y un aro en la nariz. Bettsy.

—¡Hostia, no! —dijo.

Cerré la puerta.

—¡Si te acercas me tiro por la ventana, te juro que me tiro!

Fui hacia ella. Y la apreté contra mí. La apreté tan fuerte que no tenía ninguna posibilidad de escaparse. Al cabo de un minuto dejó de resistirse. Seguí reteniéndola. Su espalda era suave, llevaba un jersey negro y vaqueros negros. La chaqueta de cuero estaba encima de la mesa. El pelo le olía a verano. Y a un tinte raro.

Mientras tanto, la chica de la cama no se atrevía a mover un dedo.

Acabé soltando a Bettsy.

—Venga, cuenta —le dije.

Seguí sujetando su mano fría. Se soltó, subió a la cama y se apoyó de pie contra la pared, al lado de su amiga. Llevaba unas pesadas botas de piel.

La otra chica se llamaba Maya. Igual que Bettsy, se había fugado y había ido a parar a manos de Silvio, que le había prometido darle la cocaína que tanto necesitaba. Eso sí, a condición de que se acostase con él. Bettsy los había presentado y se había empeñado en ir con ellos. Mientras estaban en la cama se había quedado esperando fuera, delante de la puerta. Maya iba al mismo instituto que Bettsy. A sus padres les importaba bastante poco que apareciera por casa o no, siempre que no hiciera demasiados novillos.

Llamé a la jefatura e informé a Funkel, que envió inmediatamente a dos policías de paisano a la estación de metro Giselastrasse, con la orden de detener a Silvio en cuanto apareciera, por un presunto delito de tráfico de estupefacientes y otro de lesiones.

El polvo rápido que Maya esperaba se había convertido en una película de terror. La mandé al hospital de Schwabing, avisé a sus padres, le pagué al taxista y le pedí que llevara al Hindú de vuelta al Stachus.

—Normalmente no llevo yonquis —dijo.

El chico me dedicó una sonrisa sardónica a través de la luneta trasera.

Acompañé a Bettsy a pie hasta Lehel, el barrio de clase alta donde vivían sus padres, pasando por las calles Von-der-Tann y Prinzregentenstrasse y luego girando a la derecha. Cerca de la casa había una parada de tranvía.

—¡Siéntate! —dije.

Ella torció la boca y se apalancó en uno de los asientos azules de rejas.

—Esta vez ha sido rápido —dije.

—Esto me pasa por preocuparme por los demás. Hay que preocuparse sólo por uno mismo —dijo ella.

—Explícame una cosa —dije yo.

—Explícatela tú mismo.

—No puedo, yo nunca me fugué de casa.

—¡Mentira!

Tenía razón.

Ella no sabía nada de mi vida, pero había acertado. Cuando tenía diez años estuve cuatro días sin aparecer. Mi madre tuvo que pedirle prestadas las lágrimas a mi padre porque a ella se le agotaron.

Más tarde, mucho más tarde, le oí pronunciar a un psicólogo una expresión para lo que le había pasado a mi madre entonces: mi desaparición le había causado un desgarró emocional.

Y aquel desgarró había resultado ser un abismo.

Y cuando, al cabo de cuatro días, volví a dejarme ver, lo que descubrí en sus ojos fue ese abismo.

—¡Vete con tu madre! —le dije, ya sin recursos.

—Dame una razón —dijo Bettsy.

—Tú ve y habla con ella.

—Ni pensarlo.

Estuvimos media hora más sentados en la parada. Los tranvías iban y venían, se sentaba gente a nuestro lado. No decíamos nada. Hacía sol. La marquesina proyectaba su sombra sobre nosotros. Luego acompañé a Bettsy a su casa. Llamó al timbre. Se oyó la voz de su padre por el telefonillo. Ella empujó la puerta y entró sin despedirse.

Me quedé parado en el escalón de la puerta y apoyé la frente contra la reja metálica que había delante de la ventana. Cerré los ojos. Luego me di la vuelta y grité.

Grité tan fuerte que al cabo de tres minutos pasó por allí un coche patrulla. Pero yo ya me había callado.

Me había alejado de la puerta y estaba de pie en la acera. La gente de la parada del tranvía me miraba. Grité hacia el cielo azul y despejado. Unos cuarenta segundos, quizá.

Les enseñé la identificación a mis compañeros y les pedí que me llevaran a la Drachenseestrasse. Allí era donde Inge Thaler tenía un pequeño taller de costura. Y adonde a veces iba Lotte Grauke a echar una mano.

Inge Thaler no sabía nada de la desaparición de Grauke.

—¿La señora Grauke no la ha llamado? —le pregunté.

—Hace tres semanas que no sé nada de ella —contestó. Estaba cosiendo con una vieja máquina de coser Singer la cremallera de una chaqueta. Se detuvo bruscamente, se puso a pensar y se quitó las gafas.

—Espero que no haya hecho ninguna tontería —añadió, e hizo una pausa.

Yo estaba atrapado entre armarios bajos y una mesa que ocupaba casi por completo el estrecho taller.

—Ella de vez en cuando hacía algún comentario... Que ya no hablaba con ella, que estaba siempre venga de trabajar y trabajar... Que no paraba de beber...

—Querrá decir que iba al bar —apunté yo, como si eso contradijera lo que Inge Thaler acababa de decir.

—Sí, eso también... Aunque, la verdad, no me parecía nada del otro mundo, porque... Cuando Lotte hablaba de cosas de su casa, prácticamente sólo hablaba de su hermana... Paula... Como si estuviera casada con ella y no con su Maximilian... Pero a mí ni me va ni me viene...

—La última vez que estuvo aquí, ¿le habló de su marido o de su hermana? —le pregunté.

En el taller se estaba fresco. En general ya no hacía tanto calor como el día antes, pasaba una brisa ligera, y no me habría importado prolongar dos horas mi paseo con Betsy. Ahora, en cambio, tenía ganas de ir al grano.

—Casi no contaba nada —añadió la señora Thaler—. Yo le preguntaba, pero ella no soltaba prenda... Parece que se discutía con el marido. O con la hermana, o los tres juntos. No conseguí sacarle nada, parecía muy contrariada, sí, pero...

Arrugó la frente y se pasó el índice y el pulgar por las comisuras de la boca.

—Bueno, decía que no sabía lo que le pasaba a su marido... Vaya, que estaba preocupada por él, pero más que nada porque no entendía por qué él no entendía no sé qué... ¿Me entiende?

—Sin la menor duda.

—¿Cómo dice?

Intenté hacerla recordar. Pero ella insistió en que Lotte Grauke sólo hacía insinuaciones, en que andaba liada en algo de lo que no podía hablar. O no quería.

En la puerta, la señora Thaler me dijo:

—Mire usted, la verdad es que no me sorprende que Maximilian haya desaparecido. Espero que no tarden en encontrarlo.

Por el camino llamé a Sonja. Ella había estado hablando con otros vecinos. Le pedí que concertara una cita con la madre de Lotte Grauke y luego se pasara por el Stüberl.

—No me apetece meterme en un tugurio —dijo—. Afuera hace un tiempo estupendo y nosotros ahí dentro, tragando humo.

Cuando llegó Sonja, las sillas de *camping* ya estaban preparadas.

—¡Lo hago sólo porque eres policía! —me había dicho Alex—. La gente se queja, ya verás, no les gusta.

Tenía razón. La gente se quejaba. Las mujeres. Pasaban pocos hombres, y los pocos que pasaban no se fijaban en nosotros. Las mujeres con cochecito de niño hacían como si fuéramos unos malvados que las obligaran a practicar el eslalon por la acera. Y eso que había sitio de sobras. Y cada vez que traía una cerveza y un agua mineral, Alex aprovechaba para decir:

—¿Ves? En cualquier momento se van a plantar aquí los maderos.

—Ya tienes un madero aquí —le decía yo.

A mi lado estaba sentado Franticek Kellerer, de sesenta y dos años de edad, empleado de correos, ahora jubilado. Cuando aún vivía en el barrio y trabajaba en la oficina de correos de la Fraunhoferstrasse, solía jugar al *schafkopf* con Maximilian Grauke.

Le había pedido a Alex un posavasos para ponerlo encima del vaso de cerveza. Pero lo cierto es que los ataques de abejas sedientas de alcohol se mantenían en un nivel soportable.

Como Alex se negaba a sacar a la calle sus sillas de madera normales, le sugerí que buscara sillas plegables. Encontró tres ejemplares mugrientos y una tumbona completamente descolorida. Coloqué la tumbona en paralelo a la fachada y las sillas al lado.

Kellerer se echó en la tumbona. Al fin y al cabo era jubilado. Cuando Sonja dobló la esquina y nos vio, sonrió. Por aquella sonrisa, incluso Kellerer se tomó la molestia de incorporarse un poco.

Estábamos sentados al sol. El viento nos traía las voces del parque infantil cercano. Cuando no nos saludaba algún ciclista, alguna madre con cochecito protestaba. Y entre tanto pasaban minutos de silencio. Sólo se oía cantar a los pájaros. Hasta los niños habían enmudecido.

Ojalá Martin hubiera estado allí. Aun a riesgo de que, ante semejante despliegue bucólico, optara por pedir de entrada un licor de hierbas.

Me habría gustado tenerlo allí para que no estuviera solo en aquel radiante día de julio. Seguramente estaba en la oficina. O en la oficina de alguien a quien tenía que tomar declaración. O en cualquier otro lugar cerrado.

Y nosotros al aire libre. Gracias a Sonja.

—¿Trabajamos un poco? —dijo ella.

—Sí —dije yo.

Bebimos un trago de agua mineral de nuestro vaso de medio litro, dejamos los vasos en el suelo entre los pies y, como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, nos sacamos el bloc de notas del bolsillo.

—No he podido encontrar a Grete Holch —dijo Sonja—. No tiene teléfono.

—A lo mejor es que no sale en el listín —dije, intentando ser un poco travieso.

Me miró de reojo. Era la mirada típica del K111. Los compañeros de homicidios eran capaces de averiguar si alguien tenía teléfono o no, aunque fuera invisible y viviera bajo tierra. Nunca se daban por vencidos.

—Pues vamos allá —dije.

La madre de la señora Grauke vivía en la Hiltenspergerstrasse, en Schwabing.

—Pero antes vuelve a contar lo de Grauke —le dije a Kellerer, que se había estirado con las manos cruzadas por detrás del cogote.

—Está deprimido —dijo—. El día entero allí en su caja de zapatos, y una noche llega a casa y se encuentra a la cuñada. Y resulta que la cuñada se queda a dormir. Se lo digo tal como me lo contó él. Se presenta allí y no tiene intención de marcharse. Le dijimos: pues trajínatelas a las dos, y el pobre ni se rió. Yo creo que no se trajinaba ni a la parienta, con perdón, señorita... Estaban en las últimas. Nosotros le decíamos: echa una cana al aire, hombre, date una alegría... Pero él como si oyera llover. Ése no echa un quiqui ni que lo maten. Con perdón...

Con un suspiro, alargó el brazo hacia su vaso de cerveza.

—O sea que a usted le extrañaría mucho que se hubiera echado al monte con una mujer —dijo Sonja.

Kellerer giró la cabeza.

—Sí, me extrañaría mucho.

Me gustó la expresión: echarse al monte. Un hombre a caballo, una mujer con la cabellera al viento, noche, niebla, lobos aullando, alguien desde la ventana contempla secretamente cómo un hombre y una mujer se echan al monte...

—¡Hola! —dijo Sonja.

Abrí los ojos.

—¿Estabas soñando? —dijo ella.

—Sí.

Se inclinó hacia delante para que Kellerer pudiera verla mejor.

—¿Usted sabía que son hermanastras?

—¿De verdad?

Kellerer se acabó la cerveza, miró alrededor, suspiró, puso el vaso en el suelo y se dejó caer en la tumbona.

—O sea que Maxi ni siquiera tendría de qué haberse sentido culpable. Porque si en realidad no son hermanas del todo...

—¿Paula y Max tenían una relación? —dije yo.

—Nos lo habría contado, fijo.

—¿Qué más nos puede contar de esas dos mujeres? —dijo Sonja.

—Que al pobre Maxi le hacen la vida imposible, lo tienen amargado, y por eso se refugia en el taller. Vivir así con dos tías como éstas es una mierda, no puedo decirlo de otra manera, usted perdone, pero es una auténtica mierda. Yo estoy divorciado y desde entonces he recuperado la salud. Vivo solo y nadie me toca las narices. Menuda broma, te pasas el día currando y luego llegas a casa y te encuentras dos tías que pasan de ti. Te ponen el plato en la mesa y hala, a cenar, y luego date el piro. Ésa era la vida que le daban, créame. Estuvimos años y años jugando al *schafkopf*, Maxi, Schorsch, Werner y yo. Y cuando se sentaba a la mesa le teníamos que hacer de psicólogos, fíjese usted, señorita. No decía ni pío, se bebía sus seis o siete cervezas, barajaba, jugaba; era buen jugador. Pero no abría la boca. Estaba bloqueado. Como un niño. Al principio le dábamos ánimos, pero luego empezamos a cabrearnos al ver cómo lo trataban. Sobre todo yo, y siempre le decía que les plantara cara, que así no podían seguir, que tenía que dar un golpe de timón. Pero él nada. Luego se murió Werner, yo me mudé a otro barrio... Y nunca he vuelto a saber nada de él...

Se levantó pesadamente de la tumbona, cogió su vaso, resopló y se limpió el sudor de la frente.

—¿Queréis algo?

—No —dije yo.

Se metió en el bar.

—Pues ahora sí que ha dado un golpe de timón —dijo Sonja.

—¿Y por qué ahora? —dije yo.

—Porque ya no aguantaba más.

—¿Precisamente ahora?

Nos quedamos un rato en silencio.

Kellerer salió por la puerta con una cerveza espumeante, seguido de Alex. Al fondo, Cozy Powell machacaba *Dance with the devil*.

—Cóbranos —dije.

—¿Y las sillas quién las entra?

—¡Déjalas aquí! —dije mientras pagaba.

Kellerer añadió:

—Éste, o se ha colgado de un pino o anda ya lejos de aquí. Muy lejos. Y sin ninguna mujer. De eso puedes estar seguro. No necesita una mujer, necesita ser libre. ¿Me entiendes? Vivo o muerto.

La nariz de Kellerer brillaba al sol, coronada de espuma.

Poco antes de que llegáramos al coche, me detuve.

—Quiero echar otro vistazo por aquí —dije.

—Eres un policía muy raro —dijo ella.

Nos pusimos a caminar sin rumbo.

—¿Qué ha pasado esta mañana con la chica? —dijo Sonja.

—Se la he devuelto a sus padres —dije yo.

—¿Y cómo es que te ha dado por pegar gritos?

Callé.

Delante de un restaurante indio había dos indios hablando en indio.

—¿Te gusta la comida india? —preguntó Sonja.

—De vez en cuando.

Ella iba mirando las casas. Yo iba a preguntarle a qué barrio pensaba mudarse después de separarse de Karl. Pero de repente dejó de interesarme la respuesta. Por lo menos de momento.

—¿Los otros vecinos también oyeron la discusión? —pregunté.

Me miró confusa.

—Eh... sí, claro, los vecinos. Hay una mujer que dice que sonaba como una pelea conyugal. —¿Ah sí?

—Dice que las hermanas se peleaban a gritos como si fueran un matrimonio.

—¿Y eso cómo suena? —pregunté.

—¿Cómo quieres que lo sepa? —contestó ella.

—Has estado casada, o algo parecido. Y has tenido discusiones.

—¿Y tú cómo lo sabes?

Le eché la mirada típica del K114. A los del departamento de desaparecidos no hay quien nos la dé con queso. Se haya separado de su pareja o no.

No replicó.

Entramos en la Westermühlstrasse. Del restaurante de la esquina llegaban gritos. Un hombre voceaba no sé qué. Miré por la puerta abierta. El hombre no le estaba gritando a nadie, simplemente contaba algo. Otro estaba a su lado apoyado en la barra, escuchándolo.

—No suena a discusión conyugal.

—Más bien no —dijo ella.

¿Qué había querido decir exactamente la vecina? ¿Qué le había hecho pensar en una discusión conyugal?

El 48 de la Jahnstrasse no estaba lejos.

La señora Aldinger vivía en el primer piso. Llevaba un pañuelo en la cabeza y unas zapatillas marrones sin calcetines. Del interior del piso llegaba olor a asado.

—Como un matrimonio mayor —susurró, lanzando una mirada de precaución

escalera arriba—. Últimamente cada vez más. No se crean que me dedico a escuchar, ¿eh?

—No, claro —dije yo—. Dígame, ¿cómo se discuten los matrimonios mayores? Yo también bajé la voz.

—Son cosas que se notan —dijo la señora Aldinger.

—¿Utilizaban determinadas expresiones? —preguntó Sonja, sin bajar la voz.

—¿Qué expresiones? —dijo la señora Aldinger juntando las manos y frunciendo los labios—. No utilizan expresiones. O por lo menos no de las groseras, si es eso lo que quiere decir. Una dijo unas cuantas veces que iba a dejar a la otra...

—Como en un matrimonio —me apresuré a comentar.

—Eso mismo, como en un matrimonio. Si no haces esto y lo otro, te dejas, se acabó, y esta vez de verdad.

—¿Eso lo dijo una de las hermanas? —pregunté.

Yo la miré y ella me miró a mí con los ojos pequeños.

—Sí, sí —dijo la mujer, aún más bajo que antes—. Que se iba a acabar, se acabó y esta vez para siempre, sí...

—¿Y qué más? —dijo Sonja.

—¡Pues eso, que tuvieron una bronca, y ya está! —dijo la señora Aldinger.

En cuanto subimos al coche, alguien tocó la bocina. Sonja, que acababa de bajar la ventanilla, le hizo un gesto con la mano para que pasase. El tipo volvió a tocar la bocina, esta vez con más insistencia, e hizo rugir el motor.

—Te dejas, se acabó —dijo Sonja.

—No suena a matrimonio —dije yo—. Suena a relación amorosa.

Ella suspiró, se recostó hacia atrás, se abrazó al volante, miró hacia la casa verde de enfrente donde acabábamos de estar. Al lado, en un edificio nuevo, había un gabinete de estética en la planta baja. Entraban y salían mujeres.

—Cuando esté en mi piso nuevo, iré a que me tifican las pestañas y las cejas —dijo Sonja.

Yo callé.

Los vaqueros negros me apretaban. Me aflojé el cinturón y me desabroché el primer botón. Sonja me miraba. Pero no dijo nada.

—Estoy un poco más entrado en carnes —dije.

—No puedo comparar, antes no te conocía.

El sol empezaba a ponerse lentamente. Desde el restaurante griego del barrio llegaba el olor habitual, y eso que por lo menos estaba a doscientos metros. Sonja torció el gesto.

—¿Tienes hambre? —dije.

—Sí, pero no de ese tipo de comida.

Volvió la cara hacia mí, se quedó así un momento y de nuevo miró hacia delante.

—Me fui de homicidios porque quería tratar también de vez en cuando con gente que todavía esté viva. Pero parece que las vidas de los desaparecidos suelen ser

bastante peculiares, o por lo menos contradictorias. Cada amigo, cada pariente, incluso la pareja, tiene una versión distinta. La chica que has recogido esta mañana, ¿qué clase de vida tiene?

—Sé cuántos años tiene —dije—, sé a qué instituto va, qué notas saca, a qué se dedican sus padres. Sé que no se droga, todavía, y sé que es de las que se fugan cada dos por tres.

—¿Pero por qué?

—No lo sé —dije—. Nuestra misión es encontrarlos. Para rehacer su vida se las tienen que arreglar ellos solos.

—Llevas mucho tiempo en el 114.

—Once años.

—¿Por qué te has puesto a gritar en plena calle esta mañana?

Alguien volvió a tocar la bocina. Sonja sacó el brazo y le hizo señas. El otro tocó la bocina dos veces más e hizo rugir el motor. Por lo visto era costumbre en aquel barrio.

—¿Conoces la historia de Eco?

Sonja me miró. Negó con la cabeza.

—De repente me pareció como si Eco se personificara en mí. No pude evitarlo.

—Ah, vale —dijo ella. Y no añadió nada.

—No tenía malas intenciones.

—¿Quién? —dijo ella.

—Eco —dije yo.

Sonja apartó la mirada, se arrellanó en el asiento y se puso a esperar. Como yo no decía nada, me hizo un gesto con la mano.

—Eco, la ninfa —dije yo.

Estiré las piernas y me metí el pulgar derecho en el cinturón, con la intención de aflojarlo. Sin éxito.

—Quería darle una alegría a su dios. Él era un seductor, tenía loco a todo el género femenino, tenía labia y era más guapo que todos los demás de por allí. Eco estaba al corriente de que Júpiter solía citarse con las ninfas en algún rincón umbrío de las montañas, no con una ninfa sino con varias, que era lo que más le divertía, se lo pasaban todos en grande, y Eco no se inmiscuía. Y es que tenía algo más importante que hacer: evitar que la mujer de Júpiter le siguiera la pista a su marido infiel. Lo hacía por propia iniciativa. Júpiter no se lo había pedido, simplemente ella se divertía así. Era una ninfa muy descarada, le gustaba tomarle el pelo a la gente, y normalmente lo conseguía. Luego se pasaba media noche riéndose sola, y sus risas resonaban por todo el valle, y había campesinos que creían que sus cabras se habían descarriado y andaban por ahí sueltas. Un día, en verano, Eco volvió a ver que algunas de sus amigas se citaban con el dios guapo. Como siempre, les deseó a todos los implicados una siesta agradable. Poco después vio a Juno acercarse a la montaña donde Júpiter estaba ya en plena faena. Y la retuvo. Inició una conversación y se puso

a parlotear y parlotear, como ciertas personas con las que tratamos en la jefatura, y el tiempo iba pasando, y Juno la escuchaba interesada. Eco se sabía los mejores chismorreos. Pero en algún momento Juno volvió a recordar qué era lo que la había traído hasta allí a través de la campiña sembrada de espinos, y se despidió de Eco, más bien de malas maneras. Eco conocía todos los atajos y echó a correr para volver a retener a la diosa si era necesario. Pero las ninfas ya se habían marchado, y Júpiter estaba sentado a la sombra de un manzano, leyendo un libro. Eco iba a lanzarle un guiño de complicidad, cuando de repente tuvo un sobresalto: una joven ninfa salió a cuatro patas de entre los matorrales y se puso una aguja de oro en el pelo. «Ah, por fin la has encontrado», le dijo Júpiter, que no opuso ninguna resistencia cuando la ninfa, que por supuesto estaba enamorada de él como todas las demás, lo besó en el hombro por última vez, con cierta insistencia. Luego se fue sigilosamente, justo en dirección a Eco. Pero a Eco se le heló la sangre en las venas: Juno acababa de aparecer detrás del manzano donde Júpiter estaba recostado leyendo. Y no había la menor duda de que la diosa había visto a la ninfa. Qué tía más tonta y más creída, pensó Eco, pero su suerte estaba echada. Juno le pidió explicaciones. Eco intentó salirse por la tangente, aunque más por costumbre que por engañar a la diosa. Pero Juno no tuvo clemencia. La habían engatusado y no podía consentirlo. Así que castigó a la ninfa privándola de sus propias palabras: a partir de entonces, la lengua de Eco sólo podría decir lo que alguien hubiera dicho antes. Desde aquel día, Eco quedó condenada a repetir todo lo que oía. A rumiar las voces ajenas que el viento traía consigo.

Dejé de hablar.

—¿Ya está? —dijo Sonja mirándome.

—Una de esas voces pertenecía a un chico muy guapo, del que Eco se enamoró como una mortal. Pero él no quería saber nada de ella. Estaba demasiado enamorado de sí mismo. Eco, humillada, empezó a consumirse. Y al final su cuerpo se deshizo. Sólo quedaron los huesos. Y la voz. Los huesos, según cuentan, se convirtieron en rocas, y lo único que ha pervivido de ella hasta hoy es su voz.

Sonja se incorporó en el asiento, inclinada hacia delante.

—¿Y ese guaperas quién era? —dijo.

—Era guapo, guapo de verdad —dije yo—. Se llamaba Narciso.

—¿Y cómo continúa la historia?

—Ya lo sabes —dije—. Se enamora de su reflejo y muere.

Al cabo de un rato, Sonja dijo:

—¿Te he dicho ya que eres un policía muy raro?

Nunca le había contado a nadie aquella historia. Ni ninguna otra parecida.

—¿Y la Eco que se metió dentro de ti, de dónde venía? —dijo ella.

—De mi madre —contesté.

No me miró. No preguntó nada. Metió la llave en el contacto y arrancó.

Alguien tocó la bocina.

En la escalera olía a tarta recién horneada. En el alféizar de una ventana había un tiesto con una violeta en flor. En el tercer piso se abrió una puerta.

—Me llamo Tabor Süden —dije.

—Sonja Feyerabend.

La señora mayor dijo: «¿Qué desean?».

Le enseñé mi identificación.

—¿Podemos hacerle unas preguntas?

—Me gusta tener visita —dijo Grete Holch.

Al cabo de un momento estábamos sentados en el salón, bebiendo zumo de tomate y esperando a los pájaros.

Una de las mitades de la ventana estaba entreabierta, con la cortina blanca corrida. La anciana había esparcido por el alféizar pipas de girasol y migas de pan.

—Hoy no tienen prisa por cenar —dijo.

Sonja y yo nos habíamos sentado en el sofá.

La habitación era pequeña. La vitrina, la mesa, donde había una revista de televisión, el televisor encima del mueble bar, la lámpara de pie, la mecedora y el sofá cabían justos. Parecía como si lo acabasen de limpiar y ordenar todo expresamente para nosotros.

Grete Holch era una mujer que andaba cerca de los ochenta años, aún más pequeña que su hija, flaca y pálida. Llevaba una blusa roja, una rebeca de punto azul y una falda azul marino. Sentada en la mecedora, parecía enana. Como no le llegaban los pies al suelo, usaba un reposapiés.

—No tengo ni idea de dónde puede estar Max —dijo con voz potente. No paraba de relamerse y chasquear la lengua.

—¿Ha hablado con su hija últimamente? —dijo Sonja.

—Vino hace poco, llevaba meses sin venir.

—Y supongo que le contó lo que había pasado.

—Nada —dijo la señora Holch, y tosió brevemente—. No me contó nada. Sé que Max ha desaparecido porque me lo han dicho ustedes.

—¿Y qué quería su hija? —preguntó Sonja.

—¡Y yo qué sé!

Miraba por la ventana. La cortina se movía levemente al viento.

—Sólo me dijo que ya era hora de que me comprara un teléfono. Yo le pregunté que para qué. No conozco a nadie. Y por ella sola no me compro un teléfono. Si pasa algo grave, puede llamar a casa de un vecino. Y como nunca pasa nada grave...

—Ahora sí —dije yo.

—Pues nadie lo diría —dijo ella.

El sofá era estrecho, y cuando Sonja y yo nos movíamos, nuestras piernas se rozaban. Llevábamos unos vaqueros negros iguales. O muy parecidos. Eso sí, los míos eran varias tallas mayores. Y demasiado estrechos.

—¿Por qué cree usted que su hija no le ha contado nada de la desaparición de su marido? —dijo Sonja.

Grete Holch se encogió de hombros.

—Ella vive su vida y yo la mía. Las cosas han ido así. A mí no me sabe mal, no se vayan a pensar.

—Usted es soltera, ¿no? —dije.

—No, señor —dijo ella—. Lo que pasa es que mi marido también desapareció, fíjese usted. Va a hacer cincuenta años. Dejó embarazada a la madre de Paula, luego a mí, luego a unas cuantas más, supongo, y después nunca más se supo.

—O sea que usted estuvo casada con él —dijo Sonja.

—Sí. Nos casamos poco antes de nacer Lotte. Y antes de que la cría cumpliera los tres años, se largó. Adiós muy buenas.

—¿Usted se volvió a casar? —dije yo.

—He ido teniendo relaciones de temporada. Como los patos. Nada serio, nada para toda la vida.

—¿Cómo conoció a Paula Trautwein? —dijo Sonja.

—Iban las dos al mismo colegio. La madre de Paula venía por aquí de vez en cuando, y nos dedicábamos a ponerlo de vuelta y media. Yo llevo viviendo en esta casa desde principios de los cincuenta. Éramos dos, mi hija y yo. No estaba mal. Schwabing, antes, era otra cosa. Yo crecí en Sendling, pero ya de pequeña soñaba con vivir en Schwabing cuando fuera mayor. Y aquí estoy.

Nos miró con gesto serio. Luego se llevó las manos abiertas al regazo.

—Es curioso, eso de irse tan precipitadamente no me cuadra con la manera de ser de Max.

Ni Sonja ni yo estábamos tomando notas. Yo estaba seguro de que ella también se había dejado olvidada la grabadora en el coche.

No sabía si a ella le pasaba a menudo. A mí sí. Desde hacía veinte años. Prefería usar la libreta. Pero ahora no me apetecía. Sólo tenía ganas de escuchar.

—Ya se marchó una vez —dijo Sonja.

—¿Ah sí? —dijo la señora Holch, meneando la cabeza—. No tenía ni idea. ¿Cuándo fue?

—Hace seis años.

—¿Hace seis años? Imposible. Yo lo sabría. Lotte me lo habría contado. O Paula. ¿Y cuánto tiempo se supone que estuvo fuera?

—Cuatro días.

—No me lo creo —dijo, mirando al suelo—. ¿Y dónde estuvo?

—No lo sabemos.

—No, no puede ser —dijo, la señora Holch.

—¿Cuándo habló por última vez con Paula? —le pregunté.

—Hará... Hará cosa de un año. No, más de un año. Nos encontramos en el centro por casualidad. Era la hora de comer de ella, y a mí me dio por ir a la Marienplatz, hacía tiempo que no iba por allí. Fui a escuchar el carillón. ¡Cómo estaba aquello de japoneses! O chinos. Y no paran de hacer fotos. Y eso que en las fotos no se oye nada. Digo yo que lo más importante del carillón es lo que se oye, ¿no?

—Sin la menor duda —dije yo.

—Y luego pensé, paso un momento por el Viktualienmarkt y compro una lechuga, si no está muy cara. Hacía calor. El biergarten estaba hasta los topes, y en el Nordsee había cola. Al final no compré la lechuga, porque me di cuenta de que era una estupidez. Qué hago yo en el metro con una lechuga debajo del brazo, y encima teniendo que hacer transbordo en la estación central.

Nos miró con gesto serio primero a mí y luego a Sonja.

—En fin, estuve rondando un rato, pensé comprarme un pepino encurtido, como hacía antes, pero también había cola. No me gustan las colas. Tuve que hacer muchas colas de joven, por la comida, por cualquier cosa, siempre había que hacer cola y esperar, y todo el mundo te ve, eso tampoco me gusta, prefiero no llamar la atención. Pero tampoco tenía ganas de marcharme del Viktualienmarkt, porque disfruto viendo toda la variedad de frutas, olivas y cosas estupendas que antes no había. Bueno, pues por casualidad paso por delante de la Suppenküche y veo a Paula sola comiéndose una sopa. Pedí *lüngerl* y una rebanada de pan negro. Qué bueno estaba. Lo hacen bien, la mujer que se inventó la Suppenküche tiene cada idea... Paula estaba comiéndose una sopa de buey con fideos, y ya se sabe, si no andas con cuidado te salpicas la ropa a cada cucharada. Los fideos se resbalan y caen en la sopa. Y claro, estás con la cara encima del plato. Es la única manera de comer sopa. No se puede comer sopa y estar guapa. Mi madre, cuando comíamos sopa, siempre hacía ruido al sorber, y ella decía que la sopa se tenía que comer así, porque era un cumplido para la cocinera. En casa de mis padres la sopa había que comérsela como es debido, sin hacerse el finolis, si hacía falta se metían los dedos en el plato, y luego se sorbía lo que quedaba. Bueno, pues Paula me habló de su trabajo y me dijo que era una lástima que nos viésemos tan poco. No te preocupes, le dije, y ella me dio las gracias. Me acuerdo muy bien. Me llamó la atención que me diera las gracias. ¿Por qué sería? Ya se lo preguntaré. La próxima vez que la vea. Hablamos de Lotte, como es lógico, pero no había nada nuevo, todo como siempre, Max en el taller, Lotte en casa, o ayudando a aquella mujer en el Harras. Lotte habría podido ganarse bien la vida cosiendo, pero no tiene ambición. Ni chispa de ambición. Y mire que podría haber llegado lejos. Hasta pensó alguna vez irse a París, por lo de la moda. Esas cosas las pensaba en los años sesenta. Pero luego lo dejó correr. Y es que no se separaba de Paula, eran uña y carne. Paula...

Giró la cabeza de repente y miró hacia la ventana. La luz era más tenue. La cortina ya casi no se movía. Los gorjeos se habían vuelto más débiles.

—Entonces, en aquella época ya eran amigas íntimas —dijo Sonja. Me miró. Asentí.

—Sí. Durante una temporada Paula estuvo...

Grete Holch bebió un trago de zumo de tomate, se relamió y chasqueó levemente la lengua.

—Pero ahora ya no... Estuvo una temporada trabajando de mujer... De mujer, ¿me entienden? Se aprovechaba de que era mujer, una mujer joven. Bueno, todavía es una mujer, ¿qué estoy diciendo?

—¿Quiere decir que trabajaba como prostituta? —preguntó Sonja.

—No exactamente —dijo la señora Holch. Dejó el vaso en la mesa y permaneció en la misma postura, inclinada hacia delante.

—No oficialmente. Ilegalmente. En realidad, ilegalmente. ¿O estas cosas siempre son ilegales? En cualquier caso, no tenía un hombre... un hombre de esos... Luego estuvo empleada en una barra americana, en Schwantaler Höh, se ganaba bien la vida...

—¿Cuánto tiempo estuvo haciendo eso? —preguntó Sonja. Sin querer, su rodilla tocó la mía. Yo le devolví el toque intencionadamente. En aquel momento pueril me acordé de que le había prometido a Ute que la llamaría.

—No mucho —dijo la señora Holch—, dos o tres años, y luego lo dejó de un día para otro, como el que deja de fumar.

—¿Por qué lo dejó, señora Holch?

—Lo dejó y ya está. Se fue a vivir con Lotte. Lotte alquiló un piso para las dos, en la Müllerstrasse, al lado de la Sendlinger Tor. Vivían juntas allí. Hasta que Lotte se casó y se fue a vivir con Max. Y no se ha movido de allí. Mi hija y yo somos sedentarias.

Por fin se había abierto una pequeña puerta. Pero en lugar de iluminarse el pasado, sólo cambiaba la forma de las sombras.

—Cuando trabajaba en aquellos locales, ¿Paula ya conocía a Max? —pregunté.

—Sólo trabajó en un local —dijo Grete Holch—. No se conocían.

—¿Está segura?

—Sí.

—¿Por qué? —dijo Sonja.

—Porque Lotte no conoció a Max hasta que empezó a vivir con Paula. Y además cuando lo conoció yo estaba allí, fue en el baile de las brujas del martes de carnaval, en el Viktualienmarkt. Max estaba allí con sus amigos, y nos invitaron a champán a las tres. Fue entonces cuando apareció Max en la escena, créame.

—La creo —dije.

—Eso espero —dijo ella.

Nos quedamos callados.

Había pasado casi una hora y media. Seguía sin estar claro si debíamos poner en marcha un procedimiento de búsqueda oficial de Maximilian Grauke. Los indicios de

suicidio eran dudosos, aunque no lo bastante dudosos. ¿Qué tentáculos del pasado habían arrancado a Grauke de sus hábitos invariables?

Grete Holch ya había cerrado la puerta de su piso y estábamos yendo hacia la escalera, cuando la puerta volvió a abrirse. Llevándose un dedo a los labios, la anciana nos indicó con gestos que la siguiéramos sin hacer ruido.

Volvimos al piso. Nos hizo detenernos en la puerta del salón. La señora Holch señaló en silencio hacia la ventana. En el alféizar, un mirlo picoteaba las migas de pan.

—A veces viene también el marido —susurró la señora Holch.

Cuando salimos del edificio, sonaron las campanas de la iglesia de enfrente.

—Deberíamos ir ahora mismo a casa de Paula Trautwein, a ver si conseguimos cerrar el círculo, aunque sea en parte —dijo Sonja.

Eran las nueve de la noche. Hasta hacía un momento yo también tenía la intención de ir a casa de Paula. Pero ahora ya no.

—Tengo que hacer una llamada —dije.

—Si quieres puedes usar mi móvil —dijo ella.

—No.

Caminamos por la Hiltenspergerstrasse hasta la Hohenzollernstrasse. Delante de la escuela de la esquina había una cabina telefónica. Un hombre joven hablaba por teléfono gesticulando con vehemencia.

—Es de tontos esperar aquí —dijo Sonja.

No repliqué.

—Te aseguro que no pienso escuchar.

El hombre dio un golpe en el vidrio, bramó en griego y en cuanto nos vio, nos volvió la espalda.

Al cabo de dos minutos, Sonja me ofreció su móvil.

—¡Tranquilo, que no vas a coger un tumor cerebral! —me dijo.

—¿Por qué no te vas a casa? —dije yo—. El día ya se ha acabado.

—Prefiero terminar de hacer las preguntas que faltan.

—¿Dónde estás? —dije al auricular.

Sonja se apartó. Cruzó la calle y se puso a mirar sin ningún interés el escaparate de una tintorería.

—¿Has bebido algo?

—Ahora iba a ponerme una copa —dijo Martin al teléfono. Estaba en su casa.

—Déjalo y vente a Lehel —dije yo.

Le di la dirección.

Cuando Sonja vino hacia mí, deseé que se le quitara de la cabeza lo de teñirse las pestañas y las cejas.

Al mismo tiempo me acordé de que seguía sin haber llamado a Ute.

Ya lo haría más tarde. Ahora tenía el propósito de presentarme en casa de alguien. Alguien que sin duda no esperaba la visita.

Aunque la verdad es que el motivo de aquella visita por sorpresa también era un misterio para mí. Tanto como el mundo oculto de la familia Grauke.

Al cabo de un rato estábamos delante de la casa que había enfrente de la parada del tranvía, esperando a Martin Heuer.

—Neuhausen tampoco está tan lejos —dijo Sonja.

—Él no conduce como tú —dije yo.

—¿Cómo conduzco yo?

—A toda leche.

—¿Pasas miedo conmigo? —dijo ella.

—No.

Cruzó un vendedor de periódicos en bicicleta, y Sonja lo hizo parar. Compró un diario del día siguiente y sacó el suplemento de anuncios. El resto me lo dio a mí.

—El miércoles salen pisos —dijo.

Me apoyé en la pared de la casa y me puse a hojear la sección local. Estuve a punto de no ver la foto. La sorpresa fue total. Le enseñé el artículo a Sonja.

—Tendría que habernos avisado, ¿no? —preguntó ella.

El caso es que no lo había hecho. En la primera página de la sección había un artículo sobre casos de desapariciones recientes. El típico reportaje de relleno que aparece una vez cada dos años, normalmente en verano, cuando escasean las noticias. Y van acompañados de fotos de las personas buscadas.

Una de las fotos era la de Maximilian Grauke.

Thon había hecho público el asunto sin decirnos una palabra.

—Déjame otra vez el móvil —dije.

—Se dice «por favor» —dijo ella.

—Ya me sé la película —dije yo—. Por favor.

Lo primero que hice fue llamar a la jefatura y pedir el teléfono privado de Thon.

—¿Por qué haces cosas sin avisarnos? —le dije.

—Hola, Tabor —dijo él—. La periodista estaba en la jefatura y se nos ocurrió echar mano del caso más reciente. Tú mismo dijiste que existía riesgo de suicidio. ¿Cuál es el problema?

—Me gusta que me consulten antes —dije.

—Ésa no es manera de hablar con tu jefe —dijo él. Seguramente se estaba arreglando el pañuelo.

—¿Y qué pasaría si ya lo hubiera encontrado? —pregunté.

Se hizo el silencio en la línea telefónica durante unos segundos.

—Le dije a la periodista que podía publicar la foto de Grauke si yo no le decía nada antes de las cinco y media.

Le oí fumar.

—No te consiento que me llames a mi casa para meterte conmigo. El responsable

soy yo, no tengo que preguntarte lo que le cuento a la prensa y lo que no. Y ahora perdóname, pero tengo que acostar a los niños.

—Adiós —dije.

Él ya había dado por acabada la conversación.

—¿Qué dice? —preguntó Sonja. Moví la cabeza.

Por fin apareció Martin en su viejo Opel marrón renqueante, un coche oficial dado de baja. Aparcó justo delante de la casa.

—Hola —dijo—. Y añadió: «¿Qué tal?», dirigiéndose a Sonja.

—Bien —dijo ella—. ¿Sabe por qué estamos aquí?

—Puedes tutearme, ¿vale? —dijo Martin. Estaba pálido. Y llevaba uno de sus repugnantes jerséis de cuello de cisne. Un uno por ciento de lana y un noventa y nueve por ciento sintético. Aquellos jerséis siempre olían ligeramente a sudor, por más que Martin habitualmente tuviera frío.

—¿Qué hacemos aquí? —me preguntó.

Les expliqué a los dos a quién íbamos a ver y lo que quizá deberían decir. Y luego llamé al timbre.

—Soy Süden.

Sonó el zumbador.

—¿Qué queréis? —dijo Bettina Eberl (aunque ella prefería que la llamaran Bettsy).

—Somos los tres Reyes Magos de Oriente —dije—. ¿Has hablado con tu madre?

—¿Y a ti qué te importa? —ladró. Su padre acudió a la puerta.

—No se queden ahí fuera, por favor —dijo Jürgen Eberl.

El consejo familiar estaba reunido en la cocina. Armarios de madera clara, sillas cromadas, mantel blanco sobre la mesa, una botella de agua mineral en una cubitera de plástico pensada en principio para botellas de vino. Para no desentonar, bebían agua en copas de vino blanco. Por la gran ventana entraba la luz del atardecer. En la mesa había una vela blanca encendida en un vaso lleno de arena.

Sibylle Eberl llevaba un vestido amarillo que acentuaba aún más la palidez de su cara. Cuando entramos levantó brevemente la cabeza, y luego siguió mirando por encima de la mesa. Bettsy se había quedado en el recibidor.

—¿Desean tomar algo? —dijo el señor Eberl.

—No, gracias, nada —dijo Sonja, mientras se inclinaba hacia Sibylle.

—¿Cómo se encuentra?

—Mejor —dijo Sibylle en voz baja.

Fui al recibidor.

—¿Has hablado con tu madre?

La chica me lanzó un soplido a la cara.

—¡Ven aquí! —le dije.

—¿Qué?

—¡Que vengas!

No se movió. Estábamos frente a frente, ella vestida de negro, yo de negro y blanco. Nos quedamos así durante varios minutos. Luego apareció Martin.

—Te presento a Martin, mi compañero de fatigas —dije.

—Sí, se os ve bastante fatigados —dijo Bettsy.

Yo sonreí. Ella soltó una risita irónica.

—Muchísimo —dijo Martin—. ¡Ni se te ocurra ser policía!

—No hay peligro, tío, lo mío es ir de fiesta. ¿Algo más?

—Sí —dijo él—. ¿Por qué le has contado a tu madre que tomas drogas, si no es verdad?

—Sí es verdad. Llevo dos años tomando drogas y nadie se ha dado cuenta.

—¿Qué tomas? —pregunté yo.

—Eso es secreto, Südi.

—O sea que sí has hablado con tu madre —dije.

—¿Eres mi psiquiatra? —dijo ella.

Bebía alcohol, pero no tomaba drogas. Sólo lo decía para poder seguir con el juego. Para ella, mentir era una diversión, su droga era la mentira.

—¿Cómo está tu amiga? —dije.

—¡Hecha polvo! —respondió, levantando la voz—. El muy hijo de puta la violó. Yo lo mato, y tú no me lo vas a impedir, Südi.

—Demasiado tarde —dije.

Me lo acababan de comunicar los compañeros que estaban de guardia.

—¿Qué quieres decir? —dijo Bettsy.

—Tu amiguito Silvio ya está preso. Lo hemos detenido. Si quieres puedes declarar en su contra.

—¡A la mierda! Yo a ese tío no lo conozco. Cuando lo pille lo mato, ¿está claro? «Tu amiguito Silvio»... ¿Estás chalado o qué?

—Y cuando te pasas semanas enteras rondando por ahí, ¿no echas de menos tu casa?

—¿De qué coño me hablas? —gruñó, como si yo ya no fuera el psiquiatra, sino el paciente más loco del manicomio—. ¿Echar de menos mi casa? No digas chorradas. Me lo paso de puta madre por ahí, no sé si a tu edad eres capaz de entender lo que eso quiere decir. Voy con gente enrollada, que no te come la cabeza. Te dejan en paz, sólo quieren ir de fiesta, divertirse, pasárselo bien. Es lo que mola, ¿entiendes? Voy a mi bola. No tengo a nadie encima diciéndome: haz esto, haz lo otro, ponte esto, no digas eso...

—¿Tus padres te dicen cómo tienes que comportarte?

Eso ya se lo había preguntado muchas veces.

—¿Tú qué crees? —dijo soplándome otra vez en la cara. Una nueva modalidad de comunicación entre nosotros, por lo visto. Quizá debería devolverle el soplado.

—Mi viejo está acojonado porque cree que en la escuela lo van a machacar por

mi culpa. Como allí todos son tan educados... Muy educados. Excepto yo. Mala suerte. Soy una mutante. ¿Algo más?

—¿Tienes algún amigo íntimo? —preguntó Martin.

—¿Pero este tío de qué va? —gritó ella.

—No me refiero a lo que estás pensando. No te pregunto si tienes novio, sino alguien en quien puedas confiar, alguien a quien puedas contárselo todo.

—No sé de qué me hablas.

Se quedó mirando a Martin. Y todas las mentiras se convirtieron en una máscara transparente.

Para despedirse, Martin le dijo:

—Sigue yendo en busca de ese amigo. Pero antes avisa a tus padres, por favor. O a nosotros. O por lo menos a éste —dijo, señalándome con la barbilla—. Si no, se preocupa.

—Y a mí qué —dijo Bettsy.

Había oscurecido. Sonja abrió su coche.

—Me alegro de haber hablado con Sibylle Eberl —dijo.

—Te lo agradezco —dije yo.

Nos dimos la mano, y ella entró en el coche y arrancó a toda velocidad.

—Así se conduce —dije.

—Echa a correr a ver si la atrapas —dijo Martin.

Nos metimos en una cervecería que había al doblar la esquina.

A la cuarta cerveza abandonamos definitivamente nuestro propósito de no beber más de tres. Para comer sólo había salchichas de Viena con ensalada de patatas, y pedimos dos pares de cada.

—Los Eberl beben agua con gas Gran Reserva —dijo Martin. Su plato ya estaba vacío, él siempre era el primero.

Cuando acabé mi ración, empecé a hablarle de Grete Holch.

La *jukebox* vomitaba música. Martin estuvo sin decir nada durante varias canciones. Además de nosotros, había dos hombres sentados a la barra y otros dos a una mesa. La dueña se sabía los nombres de todos.

Luego Martin dijo:

—Necesito un schnaps.

—No —dije yo.

—Tengo un nudo en el estómago.

Se echó al colete un Jägermeister, y luego otro, según él, para que el primero no se sintiera solo.

—¿Cuánto llevabas sin comer? —le pregunté.

—Desde ayer —dijo—, ayer por la mañana.

Se encendió un Salem y cruzó las piernas.

De repente supe que había sido un error entrar en aquel bar. Deberíamos habernos ido a casa y no beber nada. O poco. Ver la tele. Dormir. Ponerle punto final al día.

Era yo quien había convencido a Martin. Aunque en realidad sólo había hecho una propuesta. Pero tanto daba.

De pronto me dio asco la cerveza. La música, aquel bar, que más parecía un club de amigos. Todo el mundo se conocía. Si se perdía por allí un desconocido, la dueña le ponía una cerveza sin siquiera mirarlo. Para que se dignase preguntarle cómo se llamaba tenía que venir catorce veces, y eso con suerte. Yo siempre había odiado ese tipo de bares. Prefería los locales en los que uno no tuviera que ganarse a pulso el derecho a pasar el rato apoyado en la barra.

—¡Vámonos! —dije.

—¿Adónde? —dijo Martin.

En cuanto salimos me encontré mejor. Martin quiso llevarme a casa, pero preferí andar.

Aquellas cosas ya ni las mencionábamos. Cuando uno de los dos no aguantaba más y tenía ganas de largarse, lo hacía y punto, y el otro lo acompañaba o lo dejaba irse solo, sin pedir explicaciones. Enfilé por Rosenheimer Berg. En el puente del museo me detuve a aspirar el olor de las barbacoas que ardían a la orilla del Isar. Las heladerías estaban llenas hasta la bandera. Era una noche tibia, casi bochornosa.

No tenía prisa. Me quité la chaqueta de cuero y, haciendo una excepción, me remangué las mangas de mi camisa blanca. Veía girar a mi alrededor los rostros del día que acababa de pasar. También había voces, e intenté no pensar en nada excepto en mi camino, el aire, los ciclistas que me adelantaban, el jolgorio del que aquella noche parecían contagiarse hasta los perros. En el patio del bloque de enfrente de mi casa, en la Deisenhofener Strasse, había un grupo de chavales sentados en el césped, en silencio, como si estuvieran haciendo meditación. Pero lo único que hacían era pasarse un porro con aire casi transcendente.

Ya en mi casa, me desnudé y llamé a Ute.

Estaba furiosa. No sabía qué decirle.

—No puede ser que en todo el día no tengas dos minutos para llamarme —dijo.

—No —dije yo.

Se quedó callada ella también para demostrar su enfado.

Yo había abierto todas las ventanas. Olía a cerrado, el aire estaba viciado. No había encendido la luz, pero sí había dejado la nevera abierta. Así conseguía refrigeración y luz al mismo tiempo. Estaba tumbado desnudo en el suelo del recibidor. Y esperaba a que Ute dijera algo.

—Esto no puede seguir así —dijo.

Los dos sabíamos que aquello no podía seguir así.

—¿Por qué no me has llamado? —volvió a preguntar.

—Se me ha olvidado.

Ella celebró mi respuesta con un trago, como pude oír.

—Explícame una cosa —dijo luego—. ¿Hay tanta gente a la que tienes que llamar? ¿Hay tanta gente importante para ti que los confundes unos con otros? He estado esperando que me llamaras, he estado esperando. No lo soporto, no soy una adolescente a la que se pueda dejar tirada, tengo cuarenta y siete años...

—Sí —dije.

—¿Qué pasa contigo? Quiero que me expliques lo que pasa contigo.

Bebió. Cuando empecé a hablar, seguía bebiendo.

—He pensado en llamarte un par de veces —dije—. Pero es que sólo soy capaz de concentrarme en una cosa al mismo tiempo...

—¿Qué quiere decir «una cosa»? —dijo ella. No había acabado de beber, y se atragantó y tosió. Y luego chilló:

—¡Tus «cosas» te las puedes meter donde te quepan! ¡No me tienes ningún respeto! ¡Y además eres un cobarde! ¡Huyes de nosotros! ¡Llevas dos años huyendo! O más: desde que nos conocemos. Si tanto te gusta estar solo, ¿qué demonios haces conmigo? ¿Qué quieres de mí?

Dejé el auricular en el suelo; tenía la cabeza apoyada contra la pared, estaba agotado y me sentía absolutamente perdido. Me tapé el pene con una mano, como si la pared tuviera ojos. Miré mi barriga, iluminada a medias por la luz fría, aquella barriga a la que Ute había prohibido encogerse.

Luego oí voces de hombres en la calle. Alguien estaba echando a los porretas. Ellos se reían y hacían comentarios. Y la moqueta berreaba.

Agarré el auricular.

—Hoy ya no —dije.

—Quiero que nos veamos mañana por la noche, ¿entendido? —gritó Ute.

—Sí —dije.

Colgamos.

Mañana por la noche yo no aparecería. Me escondería.

Como Maximilian Grauke.

Como todos los que eran como él.

Desde que había salido el diario, eran ya por lo menos cuarenta las personas que habían visto al zapatero. En la calle, en el metro, en unos grandes almacenes, en el parque de Englischen Garten con una mujer joven, en cinco supermercados diferentes al mismo tiempo.

Antes de que yo saliera de casa me había llamado Andy Krust, uno de nuestros inspectores jóvenes. Por lo visto, la dueña de una pequeña pensión de Neuperlach afirmaba que Grauke se había alojado en su establecimiento a principios de la semana pasada. Se había registrado con otro nombre, pero ella estaba totalmente segura de que era Grauke.

Así que le dije a Andy que pasaría por la jefatura y en seguida me iría para Neuperlach. Lo cual podía tomar bastante tiempo, sobre todo si uno se abstenía de usar el metro. Sólo lo utilizaba por la noche, y eso únicamente si había bebido. Había intentado varias veces usarlo de día, pero sin éxito.

Me subí en la estación de Giesing, me puse al lado de la puerta y no miré a nadie. Una estación después, salía atropelladamente por la puerta. No soportaba las puertas cerradas. La gente tan cerca de mí. La velocidad del convoy. Me parecía como si el metro no avanzase horizontalmente por el túnel, sino que penetrase hacia el interior de la tierra. Apenas volví a la luz del día, mi corazón dejó de latir aceleradamente, desapareció el hormigueo de mis piernas y el sudor dejó de brotar de mis axilas como el agua por un canalón.

Sólo había algo peor para mí: la idea de estar dentro de un avión.

Y sin embargo había tomado el avión alguna vez. De pequeño. Con mis padres. Cuando mi padre llevó a mi madre a un chamán americano para que la curase. Nunca entendí cómo se le había ocurrido semejante idea. Pero lo cierto es que, después de la visita, mi madre empezó a encontrarse mejor, por lo menos durante un tiempo.

El autobús salió de la ciudad en dirección al este. Al llegar a la parada de Neuperlach-Zentrum bajé y me puse en camino hacia el Ostpark. En la Staudinger Strasse se encontraba la pensión Sonne. Tardé media hora.

¿Qué se le había perdido a Grauke en aquella ciudad dormitorio? Sólo había bloques de pisos, vías rápidas, centros comerciales, hormigón y gente anónima. El extremo opuesto al barrio donde vivía desde hacía décadas.

¿Acaso iba en busca del extremo opuesto? ¿Por qué? La pregunta carecía de sentido. Desde el momento en que llegué a la brigada de desaparecidos, adopté la costumbre de no preguntarme nunca el porqué. O por lo menos de evitar que aquella pregunta se convirtiera en el motor de mi búsqueda. Con suerte, al final el porqué termina sabiéndose. Otras veces encontrábamos a un desaparecido, pero no llegábamos a saber el motivo de su desaparición. En realidad, la respuesta no nos

incumbía. Nuestro trabajo consistía en encontrar cuerpos, no almas.

A veces me enteraba de cosas. Porque nunca dejaba de escuchar. Pero ninguna de esas cosas iba a parar nunca a un expediente.

Me detuve un momento frente a la puerta de la pensión Sonne. Me había quitado la chaqueta de cuero y la camisa blanca se me pegaba al cuerpo. Estaba sudando. Era una de las sensaciones que me resultaban más agradables. Cuanto más sudaba, más real me sentía. Y por algún motivo que a nadie se le había ocurrido todavía investigar, nunca olía a sudor. Por lo visto mi piel pensaba en el prójimo.

—Venga conmigo —dijo la rubia de las gafas rojas—. ¡Rápido!

Subió al primer piso corriendo delante de mí.

La habitación que me enseñó era minúscula y clara. Por la ventana abierta se colaba el intenso ruido de la calle.

—Aquí —dijo Veronika Mrozek—, aquí es.

Se sacó el periódico arrugado del bolsillo del delantal. Había enmarcado con rotulador azul la foto de Grauke.

»Estuvo aquí. Firmó como Schuster, Jan Schuster. Y ahora resulta que era zapatero de oficio. ¡Un chistoso^[4]!

—Y vive en la Jahnstrasse —dije yo.

Hasta ahora no había oído a nadie calificar a Maximilian Grauke de chistoso.

—Estuvo tres días —dijo—. El lunes, el martes y el miércoles.

—¿Cuándo llegó exactamente?

—El domingo, el domingo por la tarde. Llevaba una maleta, no muy grande. Era muy amable, me dijo que había venido por un entierro y que luego pensaba quedarse unos días más. Y decía que había vivido por esta zona.

—¿De qué entierro se trataba?

Me senté en la cama. El televisor parecía nuevo. En la pared de enfrente había un cuadro de un paisaje de montaña.

—No me lo dijo —respondió la señora Mrozek, mientras volvía a contemplar la foto—. En esta foto está más joven. La verdad es que este hombre parece mucho mayor de lo que es en realidad. Anda muy encorvado, ¿tiene algún problema de espalda? No me dijo de qué clase de entierro se trataba, pero me sonó a familia. Se registró con el nombre y la dirección...

—¿Qué dirección?

—La tengo abajo.

Me levanté y miré por la ventana. En el parque había cuatro chavales jugando a fútbol, chutando el balón de punta a punta del campo y pegándose empujones hasta que uno caía al suelo. No muy lejos de la pensión, unas obras provocaban un atasco por los dos lados, un mar de bocinazos y gritos. En la recepción, la dueña de la pensión me enseñó el formulario. Jan Schuster, Tinaweg 7, 72831 Eichenlohe.

—¿Le preguntó dónde queda eso?

—Cerca de Stuttgart.

—Tengo que hacer una llamada.

Le pedí a Andy que comprobara la dirección y me llamara en cuanto supiera algo.

—¿Qué hizo el señor Grauke mientras estuvo aquí? —dije, mientras me metía el formulario en el bolsillo de la chaqueta.

—Poca cosa. El domingo me parece que estuvo viendo la tele. Sí, el domingo no salió a la calle. El lunes salió temprano, sin desayunar. Y aquí el desayuno vale la pena, ¿eh? Todo fresco: queso, embutido, pan integral, mermeladas. Si encuentro naranjas a buen precio, hago zumo para todos. El señor... Grauke salió de la casa directamente y ya no lo vi más. Seguramente volvió cuando estaba Evi, viene por las tardes cada dos días cuando hay mucho lío, por ejemplo aquel lunes...

—¿Y el martes y el miércoles?

—El martes no asomó hasta mediodía, colgó el letrero de no molestar, y luego dijo que no hacía falta que pasáramos a limpiar. En todo momento fue muy amable, la verdad es que no hablaba mucho, sólo lo imprescindible, lo que le estoy contando, nada más. No quise preguntarle nada, pensé que si quería hablar del entierro ya lo haría él mismo. Pero no dijo nada. Y si el nombre era falso, me imagino que el entierro también. ¿No?

—Probablemente —dije yo.

—¿Quiere un café?

—Sí —dije.

En la sala del desayuno olía a flores. Las ventanas, que estaban abiertas de par en par, daban a un patio en el que había un jardín con un manzano.

Me senté en el alféizar de la ventana.

—¿Lo quiere con leche y azúcar? —me preguntó Veronika Mrozek desde la puerta.

—Sin la menor duda.

El patio estaba en sombra. En las ramas cantaban los pájaros, y su canto tapaba el griterío de la calle.

En el momento en que la dueña entraba con la taza de café, sonó el teléfono. Le quité la taza de las manos.

—¡Es para usted! —gritó desde la recepción. Dejé la taza y fui hacia allí.

—Sí —dije al auricular.

—Un recado de Sonja Feyerabend. Que irá para allá más tarde, porque ahora tiene que ver un piso —dijo Andy Krust—. Y lo de la dirección: he comprobado el nombre, hay cientos de personas con ese nombre y apellido. Tinaweg 7: hay ocho calles con ese nombre en toda Alemania, pero en ninguna vive ningún Jan Schuster, ni en el 7 ni en ningún otro número. Eichenlohe: nada de nada, no hay ningún pueblo que se llame así. He mirado también en Austria, y tampoco. Es una dirección falsa. ¿Grauke estuvo en Neuperlach?

—Sí —dije.

—Pues entonces Thon se va a poner contento.

—¿Por qué?

—¿Cómo?

Me despedí. Luego fui hacia la puerta de la casa, me di la vuelta, volví a la recepción, cuatro metros, eché una mirada a los dos paisajes de montaña de las paredes, que eran iguales a los de la habitación, y volví a entrar en la sala del desayuno.

—O sea que el señor Grauke no desayunó aquí ningún día —dije.

—No.

La señora Mrozek me siguió.

Me senté a una mesa cubierta con un mantel con figuras de animales.

—¿Cómo vino a parar el señor Grauke a su pensión?

La señora Mrozek se encogió de hombros.

—¿Cuánto tiempo lleva usted aquí?

—¿Cuánto tiempo? Unos tres años... Sí, tres años. Mi madre tuvo una embolia y me tuve que hacer cargo yo del negocio. Yo soy farmacéutica de profesión, ¿sabe? Pero llegó un momento en que ya no me gustaba el trabajo. Y ya ve, ahora estoy aquí, y no tengo intención de cambiar. Mi madre me ha traspasado la pensión, ahora está mucho mejor, pero no tiene ganas de volver a trabajar. Y yo aquí estoy a gusto. Conozco mucha gente curiosa, casi todos los que pasan por aquí tienen algún rasgo especial.

—¿Puedo hablar con su madre? —dije yo.

—Por mí no hay problema... Vive aquí al lado. Yo también.

—¿Qué pasó el miércoles? —dije.

Se sentó a mi mesa.

—El miércoles, el señor... Grauke... No me acostumbro al nombre... Se marchó. Ya había pagado la noche anterior. Todo muy correcto. Me dio diez marcos de propina. Yo, claro, le pregunté si volvía a... ¿cómo se llama el sitio?

—Eichenlohe.

—Eso. Me dijo que pasaría a buscarlo con el coche su prima, que estaba en Múnich por motivos de trabajo y ella misma lo llevaría. Y el miércoles por la mañana se fue, a eso de las ocho.

—¿Vio usted a la prima?

—No. El señor... Grauke salió a la calle con la maleta, nos despedimos aquí. Yo no ando detrás de mis huéspedes. No habría vuelto a acordarme de él si no hubiera visto la foto en el periódico esta mañana. Menudo susto me he llevado...

—¿La prima lo llamó por teléfono?

—No.

—¿El señor Grauke le contó en qué lugar exacto de Neuperlach había vivido?

—Sí, en... en el Adenauer Ring, me dijo. No quise preguntarle más, ya sabe.

Grauke nunca había vivido en aquel barrio nuevo. Desde finales de los años sesenta no se había movido del centro de la ciudad. Y sin embargo debía de existir

una conexión con Neuperlach, una persona que hubiese mantenido aquella conexión durante tantos años, o un recuerdo aún vivo.

Llegamos en mal momento. Roberta Lohss estaba en pleno trabajo. En la habitación, cuyas dos ventanas estaban abiertas de par en par igual que en la pensión, no había nada más que un caballete, tubos de pintura y una mesa blanca colmada de pinceles, trapos, espráis y periódicos. La madre de Veronika llevaba puestos unos auriculares, un vestido rojo que llegaba hasta el suelo, lleno de manchas de pintura, y los pies descalzos, con las uñas pintadas de rojo.

Cuando Veronika llamó a la puerta, la mujer abrió sólo una rendija. Al cabo de unos instantes nos dejó entrar.

Roberta se colocó los auriculares en la nuca.

—¿Qué pasa? —dijo. Su voz era ronca. Debía de andar por los setenta y cinco años. Tenía la piel bronceada, pero la cara pálida y como hinchada. Los ojos eran de un negro intenso.

—Este señor es policía —dijo Veronika.

Me presenté.

—¿Qué quiere? —dijo Roberta, impaciente. Emborronó el lienzo con un movimiento rápido de la mano, sin usar el pincel.

Yo esperaba en la puerta. No sabía si le gustaría que viera el cuadro sin acabar.

—¿Qué le pasa, es tímido? —dijo.

Me acerqué a ella. El lienzo representaba un macizo montañoso a cuyos pies se extendían bosques y praderas que parecían flotar. Sin duda era un efecto buscado.

—¿Conoce a un hombre que se llama Maximilian Grauke? —dije. Llevaba en el bolsillo el artículo del periódico y lo saqué.

—Sí, señor —dijo ella.

—¿Cómo dice?

En aquel momento debí de parecer cualquier cosa menos un policía, ya que Roberta sonrió, asintió con la cabeza, limpió el pincel con uno de los cientos de trapos que había por allí y lo dejó en un vaso con agua. Luego cogió otro trapo y se frotó las manos con él.

—¿Por qué me lo pregunta?

—Lo busca la policía, mamá —dijo Veronika—, y la semana pasada estuvo en la pensión.

—Vaya, ¿y por qué no me lo dijiste?

—Usó un nombre falso —dije yo, mientras me metía en el bolsillo la hoja de periódico manoseada para no seguir agitándola en el aire absurdamente.

—¿Y por qué hizo eso? —dijo Roberta. Bajo la mesa había una caja de botellas de agua mineral. Sacó una botella y bebió. A continuación se encendió un cigarrillo.

—El primero del día —le dijo a su hija.

—La esposa del señor Grauke denunció su desaparición —dije—. Nosotros difundimos públicamente el caso y su hija lo reconoció en el periódico.

—Vaya, vaya —dijo Roberta. Dejó caer la ceniza en el suelo cubierto de periódicos que rodeaba el caballete.

—¿Tiene usted una explicación para su comportamiento? —dije.

—Aquella vez quería matarse —dijo ella. Dio una calada al cigarrillo, contempló el cuadro que estaba pintando y se dirigió a la ventana. Andaba encogida y cojeaba con la pierna derecha.

—Usted ya debe de saberlo, señor Süden.

—No.

—Pues entonces procure encontrarlo pronto.

—¿Por qué quería matarse? ¿Cuándo fue eso? ¿Hace seis años?

—¿En qué año estamos? —dijo ella—. Sí, hace seis años. Estuvo aquí, en esta habitación, lo hice subir. Me acuerdo incluso de la edad que tenía. Cincuenta y tres. No paraba de decir que ya tenía cincuenta y tres años y nunca se había dado cuenta de nada. Cincuenta y tres. Estaba acabado. Era un hombre que había perdido la fe. Completamente.

—¿La fe en qué? —pregunté.

Roberta echó la ceniza a la calle con gesto de satisfacción.

—¡Mamá! —dijo Veronika.

Roberta tosió, apoyó una mano en el alféizar y ladeó la cabeza.

—¿Te duele, mamá?

—La fe en la familia —dijo Roberta—. En su mujer, en la vida. Vino aquí para ahorcarse. Llevaba una cuerda, lo vi, me la enseñó, al final, antes de que yo se la quitara. Una soga resistente; habría funcionado.

—¿Quería suicidarse en la pensión? —dijo Veronika horrorizada.

—No, en la pensión no. En el parque de enfrente. Quería colgarse de un árbol. Aquí vino solamente a prepararse... A reunir fuerzas para hacerlo. Por suerte me di cuenta de lo que le pasaba.

—¿Por qué vino precisamente a su pensión? —dije yo.

—No lo sé. Me acuerdo de que se lo pregunté, pero no quiso contármelo. Tampoco me dijo por qué quería matarse, pero creo que tenía algo que ver con su mujer y la hermana de su mujer; son hermanastras, ¿verdad?

—Sí.

—Hermanastras. Me dijo varias veces que tenía cincuenta y tres años y nunca había notado nada. Que cómo podía haber un hombre tan tonto como él. Insistía: «¿Cómo puede haber un hombre tan tonto como yo?». Yo le dije: ¿y usted cómo sabe lo tonto que puede llegar a ser un hombre? Quería darle ánimos. Pero él no estaba para bromas. Seguramente tenía razón, y lo que había pasado no era para tomárselo a broma, era algo muy grave. Yo hablaba sin parar, y todo el rato pensaba en llamar a la policía. No sé, la verdad... ¿Qué hace la policía en un caso así? Cuando uno se quiere

suicidar, ¿van y lo encierran? Es un poco peligroso, ¿no? ¿Y si luego se ahorca en el calabozo? Preferí pensar que podía arreglármelas yo sola. Y además pensaba que en realidad aquel hombre no hablaba en serio, que decía esas cosas porque estaba destrozado, que debía de haberse llevado un desengaño muy grande, pero acabaría recuperándose. Bebimos un *whisky* y le dejé hablar, pero cuanto más bebía, más confuso resultaba todo. La mujer, la cuñada... Ahora que lo pienso... ¿La cuñada no vivió una temporada en Neuperlach? ¿Hace tiempo? ¿Puede ser?

—No lo sé —dije.

—Parece que no sabe mucho de él —dijo Roberta. Dio una última calada profunda al cigarrillo, se levantó trabajosamente del alféizar de la ventana y tiró la colilla.

—Cada persona con la que hablo me cuenta una versión diferente —dije.

—Cuando se marchó —continuó ella—, estaba de buen humor. Incluso me llamó un día y me dijo que ya estaba todo arreglado. No quise hacerle más preguntas, le di la enhorabuena y le deseé suerte. ¡Espero que no haga ninguna tontería! ¿Han ido a buscarlo al parque?

—No —dije.

Esta vez me asusté. Llamé inmediatamente a la jefatura desde la recepción y mandé varios coches patrulla al Ostpark.

Después de colgar el teléfono, subí al primer piso, a la habitación donde Grauke había pasado tres noches. Me asomé a la ventana abierta.

Quizás habíamos cometido un error. El único error que no podíamos permitirnos. El único error que nadie nos perdonaría. Una negligencia imposible de reparar: no haber leído una biografía con suficiente atención. Habernos fiado del olfato en lugar de la experiencia.

Y la experiencia enseña que lo peor puede pasar en cualquier momento. Que no hay ningún motivo para dar por sentado que todo vaya a ser bueno, bonito, armonioso y comprensible.

A veces hay suerte. Pero la suerte no es una constante cosmológica.

Tenía que dejar de fantasear. De inventarme cosas.

Había un hecho incontestable: a Grauke pasó a recogerlo una mujer.

¿Pero quién decía que eso fuera un hecho incontestable?

¿Yo me creía de verdad que esa mujer era su prima?

No. De ninguna manera. ¿Por qué? No sabíamos nada de ninguna prima.

Quizá fuera su cuñada quien pasó a recogerlo. Por la razón que fuese. ¿Tenían una relación? No. Hacía seis años, había querido matarse. Y no por culpa de su cuñada. Eso también era un hecho incontestable.

¿Pero quién decía que eso fuera un hecho incontestable?

Roberta Lohss. Su relato resultaba inequívoco. La clave del asunto no era la relación entre Grauke y Paula Trautwein, si es que existía. Era otra cosa. ¿Cuál? ¿Cuál?

El taxi salió disparado en cuanto me senté, y comprendí que había ido a topar con uno de esos taxistas que están orgullosísimos de ser alemanes. Me parecía estar oyendo hablar al redactor jefe de la *National Zeitung*. Había ido a parar a un mitin neonazi sobre ruedas. Me bajé al cabo de un kilómetro.

Tardé todavía cuarenta minutos en llegar a la jefatura.

—La reunión va a empezar ahora mismo —dijo Martin—. Thon se muere de ganas de verte.

—¿Han llamado los compañeros de Neuperlach?

—Sí —dijo Martin—. Hasta ahora, nada. En el parque nadie ha visto nada raro.

Sonó el teléfono. Se puso Martin, mientras yo sacaba de la nevera una botella de agua. En seguida me di cuenta de que Martin estaba muy callado. Me di la vuelta. Me miró y, con impaciencia, me hizo señas para que me acercara.

—Un momento, por favor —dijo al teléfono—, un momento.

Me alargó el auricular.

—Soy el inspector Süden.

Una voz dijo:

—Soy Maximilian Grauke. ¡Haga el favor de dejar de buscarme!

—Señor Grauke, ¿dónde está usted?

—No tienen derecho a buscarme si yo no lo autorizo —dijo Grauke. Al fondo se oía ruido de coches. Como si estuviera en una autopista o en un cinturón de ronda muy transitado.

—¿Dónde está usted, señor Grauke?

Una pausa. Intenté descubrir si había alguien con él. El roce de zapatos y el rugido del tráfico permanecieron invariables; Grauke no estaba tapando el auricular con la mano. Estaba pensando. No tenía ninguna respuesta preparada para la pregunta más sencilla.

—Estoy bien, sólo quiero decirle que no tienen ningún motivo para ponerme en evidencia delante del público.

—¿Quién lo ha puesto en evidencia? —dije yo.

Tres compañeros me rodeaban ya, atentos a la conversación. Además de Martin, Andy Krust y Volker Thon, que no paraba de rascarse el cuello con el dedo índice. Hoy el pañuelo era gris plateado.

—¡Ustedes! ¡Ustedes! —dijo Grauke, furioso—. ¡Han escrito en la prensa que yo pensaba matarme! ¡Menuda barbaridad! ¡Eso es difamación!

—Hace seis años sí quiso matarse, señor Grauke —dije yo.

—¡Mentira! —exclamó.

Callamos. Ahora ya no se oía nada. Así que Grauke en realidad no estaba solo. Eso me tranquilizó. Por lo menos de momento. Luego Grauke retiró la mano que tapaba el auricular.

—Se lo repito, estoy bien, quiero estar tranquilo y lo conmino a respetar mis deseos, no estoy dispuesto a que la gente siga reconociéndome por la calle.

—Haga el favor de llamar a su esposa para decirle que está bien.

—Ella ya lo sabe —exclamó él.

—¿Cómo? —dije yo.

Acababa de entrar Erika, la asistente de Thon y al mismo tiempo secretaria del departamento de desaparecidos. Se sentó a mi mesa de trabajo con libreta y lápiz y taquigrafió cada una de nuestras palabras. Yo estaba apoyado contra la pared, justo hasta donde llegaba el cable del teléfono.

—Pues porque se lo he dicho yo mismo —dijo Grauke—. Ya la he llamado, hombre.

—¿Cuándo, señor Grauke?

—Pues eso, antes.

—¿Mucho antes?

—Hace diez minutos.

—Me gustaría hablar un poco con usted —le dije—. Para nosotros usted es un caso oficial, su esposa ha puesto una denuncia por desaparición, y tenemos el deber de darle curso...

—Esa denuncia no la ha puesto ella.

—¿Entonces quién?

Silencio.

—Su esposa estuvo en la comisaría y presentó en persona la denuncia, juntamente con su hermana...

—Exactamente.

—¿Exactamente qué, señor Grauke? Lo único que quiero es saber todas esas cosas. Usted puede hacer lo que le apetezca. El dinero que sacó del banco puede gastárselo a su criterio, y nadie puede decirle cómo debe comportarse...

—¡Eso mismo!

—... Yo sólo quiero saber dónde está y hablar con usted. No estoy obligado a revelarles su paradero a su esposa. Y de hecho no tengo la menor intención de hacerlo.

—¡Seguro que lo hará! —dijo Grauke.

—Se equivoca —dije yo—. ¿Por qué está tan seguro de que no fue su esposa quien puso la denuncia? ¿Entonces quién fue?

Esperé un momento.

—¿Paula?

Silencio.

—¿Se acuerda de la pensión Sonne? —continué. ¿De Roberta Lohss, la propietaria?

Silencio. Ruido sordo de coches. Y luego un golpeteo. Había alguien delante de la cabina telefónica. Podía ser un transeúnte cualquiera que necesitaba urgentemente un teléfono. Pero no me daba esa impresión.

—La señora Lohss me ha contado que usted estuvo en la pensión hace seis años y que tenía la intención de ahorcarse en el parque. Ella lo disuadió. Usted le habló de su mujer y de Paula. Quería matarse por culpa de ellas...

—¿Y qué? —espetó.

—Quiero hablar con usted, señor Grauke —dije—, usted y yo solos, de hombre a hombre. Nos encontramos donde usted quiera y yo le escucharé, nadie más que yo. No le voy a revelar a nadie nuestro lugar de encuentro, ni siquiera a su esposa, si usted lo prefiere así. ¿Qué le parece?

—No —dijo él. De nuevo el golpeteo en la puerta de la cabina.

—¿Por qué se marchó sin más ni más?

Me pareció como si intentara recobrar el aliento.

—¡Pregúnteselo a ella! ¡Pregúnteselo a *ellas*! Y ahora, haga el favor de prometerme que va a dejar de buscarme. Todo eso de la maldita foto ha sido idea de Paula. ¡La maldita foto!

Cada vez gritaba más.

—Ahora ya no me puedo dejar ver por ninguna parte. Menuda putada. ¡Pero yo no vuelvo! ¡Que quede claro!

—¿Puedo hablar un momento con la mujer que lo acompaña? —dije—. Quiero que me confirme que de verdad está usted bien, señor Grauke.

—¡No! —dijo, y colgó.

Erika me miraba, lápiz en ristre.

Empezaba a preguntarme si Lotte Grauke había llamado últimamente a la jefatura.

—¿Por qué no nos dijo nada?

La llamé por teléfono.

—Pensaba hacerlo ahora mismo —dijo ella.

—Lo de poner una denuncia de desaparición fue idea de su hermana, ¿verdad?

No respondió.

—No se mueva de casa —le dije.

Mientras me ponía la chaqueta de cuero, le ordenaba a Martin que concertara una cita con Paula Trautwein, y a Andy Krust presentarse en las obras de la Staudinger Strasse a preguntar a los obreros si alguien había visto a la misteriosa prima, Thon me llamó a su despacho.

—Es por lo de anoche —dijo encendiéndose un purito—. Quiero que te acostumbres a no mezclar mi vida privada con el trabajo. Y menos por tonterías como ésas.

Callé.

Se me quedó mirando. Y yo seguí callado.

Eso era lo que más le molestaba.

—El individuo se ha puesto en contacto con nosotros, y se encuentra en buenas condiciones, así que ya podemos suspender la búsqueda. Tenemos otros cuatro casos más en los que no hemos hecho ningún avance y que tienen muchas más posibilidades de acabar mal.

Tenía razón.

—No sabemos lo que pasa con Grauke —dije yo—. Mientras siga sin aclararse el motivo por el que hace seis años quiso suicidarse, debemos seguir buscando.

Thon se arregló el pañuelo con los dedos. Era casi diez años más joven que yo, y uno de los pocos compañeros que disfrutaban de una vida familiar intacta. Cada minuto de su tiempo libre lo pasaba con su hijo y su hija, y su mujer había abandonado por él su profesión de diseñadora de mobiliario. Para muchos compañeros, Thon no era más que un fanfarrón y un trepa, que además tenía las narices de vestirse con ropa cara y ostentosa.

Yo le envidiaba su fondo de armario. No, en realidad no lo envidiaba, por supuesto. Simplemente, a mí Thon no me parecía tan ostentoso, por más dinero que

se gastase en trajes. El año pasado, Martin propuso que por carnaval nos disfrazáramos de Thon, con pañuelo de seda, calcetines de seda, pantalones de seda y camisa de seda. Pero lo dejamos correr porque nos dimos cuenta de que así nos pareceríamos más bien a Rosen-Fritze, un hijo de carnicero de Burghausen que había hecho carrera como proxeneta primero en Rosenheim y luego en Múnich. El pobre no se daba cuenta de que en nuestro mundillo todos lo consideraban un fantoche y que los compañeros de la jefatura lo llamaban «teniente Colombo». Por lo que yo sabía, sus padres lo habían hecho enterrar vestido como Dios manda en el cementerio católico de Burghausen.

Me fui en tranvía a ver a Lotte Grauke.

Eso sacó a Thon de sus casillas.

Como en mi primera visita, la señora Grauke llevaba un vestido negro con cuello blanco de blonda. Pero esta vez no se había puesto zapatos de calle, sino unas pantuflas marrones forradas que no pegaban en absoluto con el vestido.

Tenía los ojos hinchados. En la mano derecha llevaba apretado un pañuelo que no parecía dispuesta a soltar.

—Iba a llamarle, se lo juro —dijo.

A primera vista no me di cuenta de lo que aquella mujer había hecho antes de mi llegada. Nos sentamos, ella en el sofá y yo en una silla. Luego nos miramos hasta que ella bajó la cabeza. Y yo miré hacia la vitrina, que tenía una puerta entreabierta. Todos los estantes estaban vacíos, no había vasos ni tazas ni vajilla ni nada. Había vaciado la vitrina por completo.

—¿Por qué motivo su marido quiso suicidarse hace seis años? —le pregunté.

Se tomó mucho tiempo para contestar. Y acabó diciendo:

—No quiso suicidarse.

—He hablado con la persona que evitó que lo hiciera.

—Sí —dijo ella, levantando la mano con el pañuelo y dejándola caer de nuevo—. Sí... pero no lo hizo. Lo anunció, pero luego no lo hizo.

—¿Por qué quiso suicidarse su marido, señora Grauke?

Ella evitaba mirarme a los ojos. Me levanté y fui a la vitrina. Sin pedir permiso, abrí las dos puertas. Olía a producto de limpieza. Luego cerré las puertas y giré la pequeña llave que había en la cerradura.

Esperé. Me crucé de brazos y me puse a mirar a aquella mujer hundida en el sofá, con la mano que apretaba el pañuelo escondida bajo la otra mano, desbordada por su propio silencio.

—No sólo la culpaba a usted, sino también a su hermana —dije.

—Sí... sí...

Mientras ella buscaba una palabra para continuar, una frase nueva que quizá rompería el dique y le concedería por fin el alivio que tanto ansiaba, observé un

hecho que no parecía respaldado por ningún signo visible.

De improviso tuve la sensación de que aquella casa no era el hogar de un matrimonio. No tenía una explicación racional, pero de repente aquel piso me pareció más bien el alojamiento de una persona sola, y más concretamente de una mujer sola. En el recibidor, lo recordaba, sólo había colgadas chaquetas y abrigos de mujer; todos los zapatos que había visto eran femeninos, y tanto en la cocina como en el salón no había ningún signo que delatase la presencia de un hombre.

¿En qué se notaba la presencia de un hombre en una casa? Prendas de vestir. Utensilios de aficiones. Determinados periódicos. Bebidas. Botellas de cerveza. En el taller había visto dos botellas de cerveza, pero en el piso ni una.

¿Olores? El olor que mi nariz captaba no era de loción de afeitado. Tampoco era sudor. Ni las emanaciones de un uniforme de trabajo. Sólo olía a productos de limpieza y a perfume.

Y sin embargo aquélla era la casa de Lieselotte y Maximilian Grauke. Desde hacía treinta años.

—¿Su hermana suele dormir aquí? —pregunté, casi sin querer.

Al oír la pregunta, ella se agarrotó todavía más. Entrelazó las manos, respiró con los labios apretados. Y luego levantó la cabeza de golpe.

—No —dijo—. Y no estoy dispuesta a contarle por qué mi marido se fue aquella vez... y... No voy a decírselo porque es un asunto privado, un asunto que sólo concierne a nuestra familia y a nadie más, y mucho menos a la policía.

—¿El motivo por el que se marchó entonces fue el mismo que ahora?

Se me quedó mirando muda, con los labios apretados y las manos en el regazo.

—Es lo único que quiero saber —dije.

Empezó a hablar trabajosamente.

—Me ha dicho que no piensa hacer ninguna tontería. Me lo ha prometido. Por teléfono, esta mañana. Y le creo. Y ahora haga el favor de marcharse. ¡Márchese!

—O sea que el motivo es el mismo que entonces —dije. Ella giró la cabeza hacia otro lado.

—¿Su marido tiene una amante?

Había algo aún más extraño en aquel piso: parecía el piso de una persona mayor. Y efectivamente, Lotte Grauke, con su vestido negro, con su postura encorvada y deprimida, su piel descolorida y mirada ojerosa, parecía mayor de lo que era. Sólo tenía cincuenta y tres años.

—No diga tonterías —dijo.

—¿Con quién bebió cerveza en el taller?

—Conmigo no, eso está claro —dijo ella en voz baja.

—¿Con su hermana?

—Lo dudo mucho.

—Una de las botellas tiene lápiz de labios —dije.

—¡Márchese! ¡Y deje de buscar a mi marido! Se encuentra bien. Y volverá.

¿Tengo que pagar algo por la denuncia?

—No —dije yo—. ¿Por qué ha vaciado la vitrina?

—Estoy haciendo limpieza. Lo he sacado todo para fregarlo —dijo sin mirarme.

Antes de salir del piso, eché una mirada a la cocina. No había platos ni vasos. En el recibidor encontré una caja de cartón que toqué cuidadosamente con la punta del pie. Sonó a vajilla.

Desde una cabina telefónica, llamé a Andy Krust a su coche oficial.

—Uno de los obreros ha visto algo, un Fiat Panda blanco y una mujer.

—¿Y a Grauke? —pregunté.

—Subió al Panda, según el obrero. Si es que era Grauke.

—¿Llevaba una maleta?

—El testigo no se acuerda. Vio el coche porque él mismo lo hizo parar, estaban descargando baldosas o no sé qué y tuvieron que cortar el tráfico. Y en el Panda había una mujer de unos veinticinco años aproximadamente. Mientras esperaba, hablaba por el móvil. Y cuando volvieron a abrir el tráfico, siguió hasta la pensión Sonne y aparcó delante. Luego el obrero dejó de prestarle atención. Pero aun así vio salir al viejo.

—Grauke sólo tiene cincuenta y nueve años —dije.

—Bueno, vale —dijo Andy, y me dio la descripción de la mujer—. Ah, otra cosa, Thon dice que el caso está cerrado y que éstas son las últimas investigaciones.

—Sin la menor duda —dije yo.

A continuación llamé a Martin a la jefatura.

—Hoy la señora Trautwein tiene el día libre —dijo— y está en su casa. Eso sí, no tiene muchas ganas de verte. Yo le he dicho que si se limita a quedarse en el sofá y esperar que suene el timbre, llamará menos la atención. Ah, otra cosa, Volker dice que el caso está cerrado.

—Gracias —dije—. ¿Sonja ya ha vuelto?

—No, ha llamado hace un rato. Se ve que en los pisos que salen en los anuncios hay cola hasta la calle. Ahora iba a visitar uno en Milbertshofen y luego vendrá a la oficina.

—Antes los pisos se visitaban por la tarde —dije.

—Dice Sonja que por la tarde las colas son todavía más largas. ¿Qué dice la mujer de Grauke?

—Está avergonzada —dije.

—¿De qué?

—Permanezca atento a esta pantalla...

En el Ragazza había una ventana abierta, y miré hacia dentro. En una esquina, Sina

Frank intentaba sacar unos carteles de un tubo de cartón.

—¡Hola! —exclamé.

Se estremeció.

—¡Madre mía! —dijo.

—Perdón —dije yo.

—¿Ha encontrado al zapatero? —preguntó.

—Sí y no.

—Bueno, la verdad es que no me importa demasiado.

Volvió a dedicar su atención al tubo. Se las veía y se las deseaba para sacar los carteles.

—¿Puedo echarle una mano? —dije.

—No hace falta.

—Esa chica que le llevaba los zapatos a Grauke, ¿cómo se llama? Lo he olvidado.

—¿Qué chica?

—Usted la mencionó.

Golpeó con una mano uno de los extremos del tubo. Los carteles estaban bien encajados allí dentro.

—Ni idea. ¿No será Elke?

—Sí —dije—. Elke. ¿Sabe cuándo vendrá por aquí?

—Yo qué sé.

Era gracioso contemplar cómo aquella mujer enérgica de cabeza rapada se peleaba con un tubo de cartón.

—A lo mejor hoy mismo —dijo con voz forzada—. Los miércoles no suele trabajar.

—¿A qué se dedica? —pregunté.

—Trabaja en una agencia, ahora está mucho mejor que antes. No la pueden acusar de nada, ¿eh?

—Yo sólo quiero averiguar cosas sobre Grauke —dije—, la chica no me interesa. Si me deja, le saco los carteles.

—¡Ya está! —exclamó ella.

Los carteles se deslizaron afuera y se repartieron por el suelo.

El piso de Paula Trautwein estaba a diez minutos de camino. Pero pasaron treinta y cinco minutos más antes de que me encontrara cara a cara con ella en el salón de su piso.

De repente, al llegar a la puerta de la casa, no conseguí decidirme a llamar al timbre.

¿Qué más iba a averiguar? ¿Y con qué fin? Con la llamada de Grauke, que además se había producido ante testigos, la investigación quedaba liquidada. Nos había pedido que no lo buscáramos, y teníamos que aceptarlo. Ese tipo de llamadas no era infrecuente. La última había sido una mujer que había abandonado a su pareja sin decirle nada. Él había puesto una denuncia de desaparición, y después de una semana sin encontrar ninguna pista concreta, publicamos la foto. Al día siguiente, la mujer llamó para exigir que la dejáramos en paz. Yo le pedí que escribiera una carta en la que declarase que estaba bien de salud, y ella lo hizo. Por supuesto, envié la carta a los grafólogos, que no tardaron en confirmar que había sido escrita sin presiones externas. Aquella mujer quería empezar una nueva vida, y nadie tenía derecho a impedirselo.

¿Y qué es lo que quería Maximilian Grauke? ¿Largarse con una mujer joven en un Panda blanco? ¿Adónde? ¿Con veinte mil marcos en la maleta?

Y si era así, ¿qué me importaba a mí?

Y si su mujer y su cuñada tenían una relación que a él le resultaba intolerable, ¿qué más me daba a mí?

Si me hubieran pedido una explicación para mi deseo de hablar a toda costa con Paula Trautwein, sólo habría podido aducir una cosa: curiosidad.

No. ¿Sentía curiosidad? ¿Disfrutaba mirando por el ojo de la cerradura, como ciertos periodistas? ¿Aprovechaba mi autoridad como agente de policía para averiguar intimidades ajenas y rebuscar en los cajones de otras personas? ¿Aquellas explicaciones balbuceadas, mentiras evidentes y penosos intentos de ocultación me proporcionaban una satisfacción especial? ¿Todo aquello me hacía sentir bien? ¿Halagaba mi vanidad? ¿Me granjeaba alabanzas?

Nada de todo eso era cierto. Sí, claro, sentía curiosidad. Sí, claro, me enteraba de cosas que la gente no le contaba ni siquiera al médico de cabecera. Sí, claro, a veces la gente me confiaba los últimos restos de su esperanza, por ejemplo los padres de niños desaparecidos, y eso me hacía sentir importante. Y también impotente, por supuesto. Pero sobre todo importante.

E incluso a veces recibía alabanzas. Y entonces me alegraba, pero la alegría duraba poco.

Frente a la puerta del 29 de la Fraunhoferstrasse, junto a la peluquería y la entrada del garaje del edificio interior, me invadió la sensación de que todo lo que hacía tenía que ver únicamente con la idea que yo tenía de mi propia vida. No de mi trabajo, sino de mi vida. Era policía, pero eso no era más que un uniforme, que además no se veía, y por suerte no tenía nada que ver con el uniforme verde de la policía de calle. Con aquel uniforme me ganaba la vida, aquel uniforme me adjudicaba una función, una

misión, una responsabilidad.

O por lo menos yo me esforzaba en que fuera así.

Pero cuando todo estaba en silencio y nadie se acercaba a mi territorio, yo sabía que no era más que un hombre que sobrevaloraba su soledad y a veces perdía su equilibrio hormonal.

En el fondo, mi trabajo sólo me servía para aguantarme a mí mismo. Me gustaba porque me obligaba a mantener un orden: mientras me dedicaba a mi trabajo, tenía un camino, aunque no hubiera una meta a la vista. Si lo dejaba, no me quedarían más que las paredes.

Y en realidad, ¿por qué no?

Sí, pensé, apoyado en la fachada, junto a un par de perros que me contemplaban con desconfianza, hasta este momento has creído que tenías la capacidad de dividirte en dos: un hombre desnudo en una habitación y un hombre uniformado en público.

Y tuve que llegar a los cuarenta y cuatro años y recorrer un itinerario banal un catorce de julio para darme cuenta de lo ridícula que resultaba semejante creencia.

«I and I», como cantaba el maestro, «in creation where one's nature neither honors nor forgives».

Luego llamé al timbre de Paula Trautwein.

Subí al primer piso a través del vestíbulo de baldosas verdes y techo revestido en amarillo. La puerta con la placa «Trautwein» estaba cerrada.

Esperé.

Abrió una mujer. Por un momento me sentí confundido; había olvidado lo pequeña que era Paula Trautwein. Sin levantar la cabeza, me dijo:

—Si lo dejo entrar no es por mi gusto.

—No pretendo averiguar nada de usted que no sea asunto mío.

—¿Entonces para qué ha venido?

—Tiene razón —dije.

Yo seguía mirándola, pero ella evitaba mi mirada. Me hizo entrar y cerró la puerta. Con la mano en el tirador de la puerta, se detuvo como si estuviera considerando la idea de echarme de allí educadamente. No me moví.

En el piso hacía fresco, estaba oscuro pero no parecía angosto ni claustrofóbico. Y no sólo porque hubiera pocos muebles.

En el recibidor había tres espejos, rodeados de pequeñas bombillas esféricas que lucían intensamente. Al mirar, uno no se sentía deslumbrado, sino más bien atraído, incluso empujado a acercarse.

Así que me acerqué.

Paula Trautwein pasó a mi lado en dirección al salón sin decir una palabra.

Yo veía en el espejo mi cara y la mitad de mi tórax. Aquellos espejos estaban demasiado altos para Paula.

Lo que vi no me sobresaltó.

Me di la vuelta. Paula estaba sentada en un sillón de cuero negro, mirándome. Sonreí.

Me dijo desde lejos:

—Por mí no se moleste en adelgazar.

Me acerqué a ella. El salón estaba dominado por una costosa estantería de plexiglás. En los estantes había copas, jarrones, libros delgados, velas, todos bastante separados entre sí. La estancia era baja y daba al exterior, pero la decoración escasa y elegante creaba un ambiente en el que el ruido de la calle casi no molestaba.

Por lo menos mientras abajo no pasaran dos tranvías al mismo tiempo ni alguien montara un concierto de bocinazos.

—Estoy esperando sus preguntas —dijo Paula Trautwein—. Me limitaré a contestar sus preguntas, y nada más. Lo que no me pregunte, se quedará sin saberlo.

Me senté en el sofá de cuero negro. Sólo entonces advertí el suelo de parqué que relucía. En aquel lugar de lo más corriente, Paula Trautwein había sabido imponer su particular estilo.

Igual que su hermana, no me ofreció nada para beber.

—¿Por qué desapareció su cuñado hace seis años? —le pregunté. Tenía ganas de quitarme la chaqueta de cuero, pero no quería moverme.

—Tuvo un disgusto muy grande —dijo Paula Trautwein.

—Mire si sería grande el disgusto, que quiso matarse.

Ella calló. Como cabía esperar. Me quité la chaqueta y la arrojé sobre el brazo del sillón. Junto a la puerta colgaba, de una silla de plexiglás, el bolso color burdeos que Paula había llevado en nuestro primer encuentro y con el que aquella vez había estado jugueteando todo el tiempo. El bolso parecía colocado allí estratégicamente para hacerme recordar aquel lunes por la tarde.

—¿Usted y su hermanastra tienen una relación amorosa? —dije.

—Nos amamos. Sin Lotte, yo habría acabado en el arroyo —dijo ella. Cruzó las piernas y se levantó el faldón del vestido azul por encima de la rodilla. Algunos movimientos y gestos recordaban a los de su hermana. Quizá no tanto porque estuvieran emparentadas, sino porque era una pareja que llevaba décadas empapándose la una de la otra.

—En la escuela ya nos gustábamos, nos sentíamos atraídas mutuamente, las dos en la misma medida.

—¿Y los chicos?

—También estaban los chicos. Lotte se casó con un chico, se lo digo por si no se acordaba.

—¿Por qué se casó si era usted quien le gustaba?

—A Max también lo quería. Pero lo más importante es que no me abandonó. Yo no lo habría soportado, me habría puesto a hacer la calle o algo peor.

—¿Algo peor? ¿A qué se refiere?

Hacer preguntas siempre me resultaba engorroso. Y eso a pesar de que fue uno de los pilares básicos de mi formación: aprender en qué momento colocar la pregunta adecuada, a arrinconar con preguntas a los sospechosos, haciéndoles sentirse inseguros hasta que confiesen lo que queremos averiguar.

Nunca me había acostumbrado a esas cosas.

Ése era otro de los motivos de que Thon me tuviese etiquetado como un factor de riesgo dentro del equipo.

—Hay cosas mucho peores que hacer la calle —dijo Paula.

—¿Y Max nunca sospechó nada de su relación?

—Después de la boda estuve fuera una temporada.

—En Neuperlach.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó.

—Lo he adivinado. ¿Vivió cerca de la pensión Sonne?

—Sí.

—Y Max y Paula iban a visitarla a veces.

—Sí.

—¿Qué pasó hace seis años?

—Lo mismo que ahora —dijo. Y sonó como si hablase de otras personas, de algo que pertenecía al pasado, como si fuera una historia de la que hubiera oído hablar sin haber participado directamente en ella. Incluso como si le fastidiase tener que explicarla.

—Nos pilló. Como a los niños. Estábamos en invierno, Max no tenía gran cosa que hacer; en invierno el negocio baja mucho, igual que en pleno verano, no sé por qué, pero es así. Cerró la zapatería temprano y se fue a tomar una cerveza. Y luego volvió porque la hija del dueño se había hecho daño patinando sobre hielo y el dueño cerró el local inmediatamente. Y Max sólo va al Stüberl o al Rumpler. Como aquel día estaba todo helado, no tenía ganas de caminar hasta el Stüberl. Así que al salir del Rumpler se fue directo a casa. No lo oímos entrar. De repente estaba en la puerta, y nosotras en la cama, la habitación estaba bien caldeada, en cinco minutos nos habríamos levantado de todos modos. Fue por cinco minutos. Así que se quedó allí mirándonos, y a mí me daba pena. Me di cuenta de que algo se había roto en su interior. Un hombre de cincuenta y pocos años, que acaba de celebrar las bodas de plata, encuentra a su mujer en la cama con su cuñada. Eso, por ejemplo, es peor que hacer la calle.

Levantó las manos, se meneó en el sillón de un lado para el otro y se me quedó mirando con gesto inexpresivo. Ella también llevaba un uniforme invisible. Un uniforme de nieve, quizá, que nunca se fundía en presencia de extraños.

—¿Habló con él?

—Se cambió y se fue. Y por lo visto no se le ocurrió otro sitio mejor que la pensión Sonne. Hacía tiempo que yo había vivido allí, sólo estuve en Neuperlach tres años y luego me mudé aquí.

—¿Qué pasó cuando él entró en el dormitorio?

—Nada.

—¿No les preguntó nada?

—Seguro que tenía muchas preguntas que hacer —dijo ella—, pero se las guardó.

—Eso es imposible.

—No me importa que me crea o no —dijo ella.

—¿Y hace dos semanas volvió a sorprenderlas? —dije—. ¿En la cama otra vez? ¿Otra vez por casualidad?

—En la cama no —dijo ella—. Estaba resfriado, estaba enfermo, y subió del taller al piso a media tarde. Yo me estaba bañando y Lotte estaba tomando el té conmigo. No nos estábamos bañando juntas. No pasó nada. Pero para él fue lo mismo. Me vio en la bañera y a Lotte con la taza de té en la mano, y otra vez algo se rompió en su interior. ¿Cuántas veces puede rompersele a alguien algo dentro hasta que ya no queda nada entero? ¿Cuántas veces?

—Muchas —dije.

Me miró por primera vez a los ojos.

—Puede ser. Puede ser.

—Y por eso usted se empeñó en que lo buscáramos. Porque temía que esta vez sí consiguiera suicidarse.

—Sí —dijo ella. Supe en seguida que mentía. Aquella respuesta era una mentira.

¿Qué significaba aquello?

—¿Sigue temiendo que se suicide? —le pregunté.

—Sí —dijo ella. Y sonó completamente falso. El tono de la voz no se correspondía con las palabras.

¿O quizá yo me equivocaba? ¿Quizá la mujer se limitaba a esconderse detrás de la nieve? ¿La misma nieve que cubría su lengua? Para poder comparar, necesitaba volver a oír la misma respuesta.

Dije:

—¿Todavía quiere a su hermana?

—Sí —volvió a decir ella.

O ahora también mentía, o yo estaba equivocado. Las dos respuestas sonaron idénticas. Estaba haciendo demasiadas preguntas, sí, demasiadas preguntas.

—¿Cuándo desapareció Max esta vez? ¿El lunes pasado?

¿Qué otra cosa podía hacer sino preguntar? Ése era nuestro pacto.

—El domingo —dijo ella—. El domingo por la tarde. El fin de semana se quedó a dormir en el taller, de viernes a domingo. Sólo subió a lavarse y cambiarse de ropa. El domingo, por lo visto, quiso hablar con Lotte, pero al final no fue capaz.

—¿Estaba usted allí?

—Me lo contó Lotte. Llegó, dijo que quería hablar, ella hizo un té, pero luego él se acobardó...

—¿Qué quiere decir con que se acobardó?

—¿Qué?

—¿Cómo sabe que se acobardó? Quizá simplemente no encontró las palabras adecuadas. O esperaba que fuera ella quien empezara a hablar.

—Pregúnteselo cuando lo encuentre.

En ese comentario noté un nuevo matiz. Como ya había sucedido cuando fui a verla a la tienda donde trabajaba, tuve la impresión de que no estaba preocupada por Maximilian Grauke. Más bien estaba furiosa con él.

—¿Fue a verlo al taller? ¿Habló con él?

—No —dijo ella.

Volvía a mentir. Pero yo no estaba seguro de que en realidad no estuviera diciendo la verdad.

—Y el jueves pasado volvió a aparecer. ¿Qué quería esta vez?

Ella dudó.

—A lo mejor... a lo mejor quería decir algo. Pero luego, lo único que hizo fue acabarse la cerveza que quedaba en la nevera. Tres botellas. Y no dijo ni una palabra. Ni una.

—¿Estaba usted allí?

—No.

—El señor Grauke nos ha llamado para pedir que dejemos de buscarlo —dije—. ¿Usted...?

Y entonces noté su mirada. Su hermana no le había hablado de la llamada. Paula se me quedó mirando sorprendida, poco menos que asustada.

Callé.

Ella se apretó las manos en el regazo. Su cuerpo se encogió, apretó el pie izquierdo contra la pantorrilla derecha, y pareció como si quisiera contener el aliento. No quería seguir hablando por nada del mundo. Pero guardar silencio la martirizaba.

—Voy a seguir buscándolo a pesar de la llamada —dije.

Ella abrió ligeramente la boca. Como probando si así brotaban las palabras.

—Eso sí, si sale del país con la chica, no podremos hacer nada.

Paula sonrió. Una sonrisa pequeña e inofensiva, como la de su hermana.

—¿Qué chica? —dijo.

—No sabemos quién es, sólo que lo han visto con ella.

—¿Dónde?

—Delante de la pensión Sonne.

—¿Ha vuelto allí?

Ahora era ella quien preguntaba. Quizás ésa fuera mi única oportunidad de salvar por fin los últimos obstáculos.

—Unos días —dije.

Ella vaciló. Y luego preguntó:

—¿Quién puede ser esa chica?

—Una amiga del señor Grauke.

—Imposible —dijo.

—No tiene por qué creerme —dije yo.

Se levantó con un movimiento brusco.

—¡No hay nada más que hablar!

—¿Puede decirme por qué dejó de trabajar en la barra americana? —le pregunté.

Se apoyó en la silla de la que colgaba su bolso de color burdeos.

—Eso ya pasó. No es asunto suyo.

Me levanté, cogí mi chaqueta y miré por la ventana. El aire estaba tibio y cargado de polvo. Delante de la entrada cubierta de la oficina de correos había una anciana que parecía haber perdido el aliento. Su perro salchicha jadeaba. A ambos parecía sentarles mal tanto sol. En el puente, a lo lejos, apareció un tranvía que brillaba azul. En la acera, frente a la tienda de antigüedades, había unas sillas de madera oscura y una caja con libros antiguos.

—¿A qué espera? —oí detrás de mí la voz de Paula.

Me di la vuelta.

—¿Por qué no me lo cuenta todo? —le pregunté—. ¿Por qué no me cuenta la verdadera razón de la desaparición de Max Grauke?

—Ya se la he contado. Eso es todo. Y ahora haga el favor de marcharse.

En la escalera me detuve y contemplé el revestimiento de PVC de los escalones. Nadie que pusiera los pies en aquel edificio se imaginaría que en él pudiera haber un piso como el de Paula Trautwein.

Nadie que llevara a arreglar su calzado a la zapatería Grauke podría imaginarse que la mujer del zapatero tenía una relación amorosa con su hermanastra. El propio Grauke no lo hubiera creído posible ni después de ocho cervezas. Hasta hace seis años.

Llamé a la jefatura desde una de las cabinas telefónicas situadas junto a la oficina de correos.

—¿Te acuerdas de la declaración de la testigo del Englischen Garten? —me preguntó Martin.

—Sí.

—La descripción de la chica que la testigo afirmó haber visto con Grauke coincide bastante con la que le dio a Andy el obrero de Neuperlach.

—¿Y eso nos lleva a alguna conclusión? —dije yo.

—Todavía no —dijo Martin—. Andy está por el barrio, preguntando a la gente por la calle y en el edificio de los Grauke.

—¿Lo sabe Thon?

—En teoría no.

Le conté lo que había averiguado.

—Eso no nos incumbe —dijo Martin.

—Ya lo sé —dije yo—. Pero seguimos sin saber si Grauke quiere hacerle a alguien un regalo de despedida con los veinte mil marcos.

—¿Quién se despide?

—Él —dije.

Quedamos en cenar juntos aquella noche, quizá con nuestra nueva compañera.

—¿Ha vuelto Sonja ya? —pregunté.

—Acaba de llegar. Parece que está totalmente decidida a mudarse a Milbertshofen. ¡Imagínate! De un piso de ciento sesenta metros en el casco antiguo a un cuchitril de treinta y ocho en la Kollwitzstrasse, por novecientos marcos. A eso lo llamo yo masoquismo.

—O pragmatismo.

—O cretinismo —dijo él.

—¿Conoces la canción *I and P*?

—¿De Bob Dylan? Claro. ¿Por qué?

—Me ha venido a la memoria hace un rato —dije.

Luego nos despedimos.

Martin Heuer era mi mejor amigo, mi único amigo. Y sin embargo no había conseguido nunca hablarle de ninguna vivencia singular. Ahora acababa de dejar pasar el momento ideal para hacerlo. Aunque, de todos modos, seguro que no habría encontrado las palabras justas.

Igual que le había sucedido a Grauke el domingo pasado con su mujer.

La epidemia de las vacas locas había acabado con el shawarma de ternera, así que Martin y yo pedimos un pincho de cordero. Sonja pidió pez espada, uno de los mejores platos del Schwimmkrabbe. Ellos dos pidieron cerveza, pero yo, como aún tenía cosas que hacer, pedí un agua mineral.

Estábamos sentados en la acera, en la terraza del local, contemplando cómo los conductores perdían la paciencia y la inocencia buscando aparcamiento en la Ickstattstrasse.

—¿Quieres probar? —preguntó Sonja.

—No —dijo rápidamente Martin. No soportaba tener que probar el plato de nadie, porque para él eso significaba tener que dar a probar también de su plato, algo que detestaba.

Martin Heuer era de esa clase de personas que necesitan comer sin interferencias. Cuando comía no hablaba ni escuchaba: simplemente se inclinaba hacia delante y empezaba a masticar. No comía deprisa pero tampoco despacio; comía a buen ritmo, como si aplicase un plan, como si siguiera un ritual.

—¿Habéis estado alguna vez en Irlanda? —preguntó Sonja.

—No —dije yo.

Inesperadamente, Martin negó con la cabeza. Tenía junto a él un folleto que había recogido en una agencia de viajes. No era un gran viajero. De hecho no viajaba nunca. Pero le encantaba leer folletos de agencias de viajes y ese tipo de revistas que describían países lejanos, costumbres peregrinas, aventuras singulares. En la revista de turno había reportajes sobre extravagantes collares de perlas de Nueva Zelanda, colibrís de Venezuela, excursiones de *trekking* en Tasmania y peluquerías de gatos en Taiwán. Pero de Irlanda, nada.

—Estuvimos en el sur —dijo Sonja. Y se me quedó mirando.

—Ese punto cardinal y yo no somos familia.

Obviamente, Sonja tuvo la impresión de que sus desastrosas vacaciones con nuestro jefe no nos interesaban demasiado. Tras una mirada rápida a Martin y a mí, volvió a centrarse en su plato, sin reanudar el tema. Y eso que a mí no me habría importado escucharla.

—¿Qué hora es? —le pregunté.

—Las siete y veinte.

Me quedaba media hora antes de marcharme. Tenía un plan inconcreto y una vaga esperanza. Probablemente no me quedaban más de dos horas para cerrar definitivamente el caso y, de hecho, si Maximilian Grauke se tomaba totalmente en serio el propósito de desaparecer para siempre, sin duda estaba a punto de lograrlo. Yo sabía por experiencia que la gente que está determinada a rehacer su vida en un

lugar lejano no suele fallar en el empeño. Algunos necesitaban varios intentos; a algunos les fallaba el plan y volvían a la casilla cero, seguían su estilo de vida habitual y hacían creer a todo el mundo que habían vuelto al buen camino y lamentaban sus descarríos. Pero en realidad lo que hacían era acumular fuerzas. E información. Y pulir sus planes, sus argucias. Y luego, un buen día, aparecía una carta sobre la mesa, idéntica a la primera, quizás añadiendo: «No me busquéis, porque esta vez no tendréis ninguna oportunidad». Y de nuevo a los familiares se les caía el mundo encima, un mundo cuyas grietas habían intentado tapar sin el menor éxito.

—¿Tú crees que Grauke todavía está en la ciudad? —preguntó Sonja.

—Seguro que sí —dije.

—Eres un hipnotizador —dijo Martin, vaciando la copa de raki que tomaba como digestivo.

—¿A quién hipnotiza? —preguntó ella.

—A sí mismo.

—Ah, vale —dijo ella.

Me lanzó aquella mirada verde de refilón que yo ya conocía, y le hizo un gesto al camarero para que por fin le retirase el plato. Los nuestros ya se los había llevado hacía rato. Otra vez habíamos comido demasiado aprisa. Mi variante de autohipnosis no me conducía a la inmovilidad ni a la abulia, sino que más bien me trasladaba a un estado de tozudez creativa.

—¿Y cómo estás tan seguro? —retomó Sonja el hilo. Agitó su vaso de cerveza para salvar un resto de espuma.

—Me lo imagino —dije.

Luego contemplamos la luz del sol que se ponía, cómo acariciaba las paredes de las casas y jugaba travieso en los cristales de las ventanas. Sonja y yo estábamos sentados juntos, Martin enfrente, con el sol a la espalda; con eso se conformaba.

Habíamos pasado toda la tarde en la oficina, evaluando una serie de datos sobre desapariciones antiguas, ayudando por teléfono a unos compañeros del Westend a encontrar a una griega fugada cuyos refugios habituales conocíamos. Al final llegó Andy Krust después de sus pesquisas en el barrio de Glockenbach, aunque resultó que no había encontrado a nadie que conociera a la chica del Panda blanco. Tampoco en el edificio de los Grauke había obtenido más que evasivas inútiles. Y sin embargo, por fuerza tenían que haber visto a alguien en algún momento.

¿En qué otro lugar sino en su entorno inmediato podía haber conocido Grauke a una mujer a la que incluso había puesto al corriente de su plan de huida?

En la reunión de las tres de la tarde, Thon me había pedido expresamente que expusiera de nuevo con todo detalle el caso Grauke. Como responsable del expediente, me esforcé en hacer una descripción lo más objetiva posible.

En opinión de la mayoría de los compañeros, no había motivo para dudar del estado de salud del zapatero; había abandonado a su mujer voluntariamente, su

afirmación de que se encontraba bien resultaba creíble, y había pedido que lo dejaran en paz. En resumen: no existía peligro para su integridad física, y por lo tanto no había necesidad de intervención policial alguna. Y así quedó reflejado en el acta de la reunión.

—Tengo que irme —dije ahora.

—Sonja y yo nos quedamos un rato más —dijo Martin.

Ella asintió con los ojos cerrados. Me eché a un lado para no taparle el sol.

Quizá fuera al revés, quizás era el sol quien se bronceaba con la cara de Sonja.

La Jahnstrasse era una travesía de la Ickstattstrasse, de modo que el Ragazza no quedaba lejos. Cuando entré en el local femenino, Sina Frank estaba charlando con una mujer vestida con una falda larga de volantes beis y una chaqueta tejana. A diferencia de Sina, llevaba melena; el pelo largo y oscuro le caía sobre los hombros y desde la distancia parecía tan ondulado como el mío.

—Mira, es ése —dijo Sina señalándome.

La mujer de la chaqueta tejana se giró hacia mí.

A primera vista no advertí el parecido. Seguramente porque ella apartó la mirada de inmediato y se inclinó hacia abajo para sacar un paquete de tabaco de su bolso de yute. Pero al acercarme vi que cada vez encajaba más con la descripción del obrero de Neuperlach y de la testigo del Englischen Garten.

Tenía ante mí a la única persona que conocía el paradero de Maximilian Grauke.

Me presenté.

—Estamos a punto de archivar el caso —dije—. Estoy preparando el informe final.

—¿Y a mí qué me cuenta? —dijo Elke.

—Usted conoce al señor Grauke —dije yo.

—En absoluto.

—Usted ha estado en su taller.

Elke aspiró el humo del cigarrillo y se desprendió del labio una hebra de tabaco. Como Martin, fumaba cigarrillos sin filtro.

—Llevó a arreglar unos zapatos —dije.

—¿Qué tiene de particular llevar unos zapatos a una zapatería?

—Nada.

Me miró. Yo me incliné un poco hacia delante y examiné su boca pequeña.

—¿Qué demonios hace? —dijo ella.

—¿Usa lápiz de labios?

—¿Cómo dice?

Sina meneó la cabeza, se dejó caer del taburete de la barra donde estaba sentada y se dirigió a una mesa para recoger una botella de zumo de naranja y dos vasos.

Saqué del bolsillo mi libreta y un bolígrafo, y empecé a tomar notas.

—Dígame su apellido, por favor. Usted es testigo, su nombre no quedará registrado.

—No quiero.

—Necesito saber si utiliza lápiz de labios —dijo.

Sina volvió y puso los vasos en la barra que recorría toda la pared y donde había pilas de folletos y revistas.

—¿Por qué es tan importante? —dijo Sina.

—Seguramente no lo es —dijo yo—. Sólo apunto cosas que he ido observando. Al principio pensábamos que era posible que el señor Grauke se suicidase, y necesitábamos encontrarlo lo antes posible. Así que los restos de lápiz de labios hallados en un determinado objeto podían ser una pista.

—¿Querían encontrarlo para que no se suicidase? —dijo Elke.

—Sí.

—Todo el mundo tiene derecho a decidir si quiere morir.

—Sí, pero nosotros tenemos el deber de encontrarlo.

—¿Está seguro de que tienen ese deber? —dijo Sina. Vertió el zumo en los dos vasos y cerró la botella con el tapón de rosca.

—Si no fuera así, yo no estaría aquí ahora —dijo.

—¿Qué derecho tiene a obligar a alguien a seguir viviendo contra su voluntad? —dijo Elke—. Si alguien está harto de vivir, ¿quién es usted para decirle que se equivoca? No puede forzar a una persona a volver a su asquerosa vida. ¿Quién le ha dado ese derecho? ¿Quién?

Guardé la libreta y el bolígrafo, y me crucé de brazos.

—No me pagan para plantearme ese tipo de cosas —dijo.

—Pero sí se las plantea —dijo Elke.

—Sí.

—Y si alguien decide suicidarse, usted se lo impide, porque es su deber como policía, aunque sepa perfectamente que esa persona hace bien en tomar esa decisión, porque ya no tiene nada más que hacer en esta vida.

—Sí.

—También podría ser su deber como creyente —dijo Elke.

—Como creyente —dijo yo—, me ocupo de mi propia vida.

—Todo el mundo tiene derecho a suicidarse —dijo Elke, apagando el cigarrillo en un cenicero de vidrio. Me acordé de la estantería de plexiglás de Paula Trautwein: allí también había ese tipo de ceniceros.

—¿Conoce a la cuñada del señor Grauke?

—En absoluto —dijo Elke.

—¿Y a su mujer?

Negó con la cabeza, sonrió sarcásticamente y tomó un trago.

—¿Cuándo estuvo por última vez en el taller del señor Grauke?

—La típica pregunta —dijo Elke.

—La típica pregunta —dije yo.

Elke miró a Sina. Parecía que entre las dos mujeres existía una amistad íntima, y por la forma como Sina me había hablado de Elke, era muy posible que intercambiasen secretos que nadie más conocía.

Pero la dueña del Ragazza no estaba enterada de la relación de Elke con Grauke. De no ser así, en nuestro primer encuentro me habría hablado en otro tono. Y sobre todo no habría reaccionado con tamaña sorpresa a la respuesta de Elke.

—Hace bastante —dijo Elke—, unos tres meses.

Aunque Sina no dijo nada, no fue capaz de permanecer neutral. Y como giró la cabeza demasiado tarde, pude verle brevemente los ojos.

—Gracias —dijo.

Entraron dos chicas a las que mi presencia pareció sobresaltar. Miraron a Sina en busca de ayuda, como niñas.

—Ya me voy —les dije.

Y añadí, dirigiéndome a Elke:

—Entonces, usted no suele usar lápiz de labios, ¿verdad?

—¡Y dale! —dijo—. No me pinto nunca los labios. Ya tengo bastantes problemas, sólo me faltaría coger la enfermedad de las vacas locas.

—Perdone mi insistencia —dije—. Ahora ya sabemos que el señor Grauke no tiene pensado acabar con su vida, y con eso el asunto queda concluido para nosotros. Aunque, desde luego, su mujer y su cuñada están muy afectadas y sorprendidas.

En la cara de Elke no se movió ni un músculo. Su mirada reposaba indiferente sobre mí, como si yo fuera el hombre del tiempo.

Las dos chicas que acababan de entrar se sentaron en silencio a la mesa, sin quitarme la vista de encima. Me despedí y di las gracias una vez más.

En la calle estuve a punto de no ver el coche. Ya me había alejado unos cuantos pasos cuando me di la vuelta otra vez. Delante de un Range Rover negro me había parecido ver asomar la parte trasera de un coche blanco. Volví sobre mis pasos. Era un Fiat Panda blanco. Anoté la matrícula. Eso le haría el trabajo más fácil a Martin.

Llamé al Schwimmkrabbe desde una cabina telefónica situada junto al parque infantil.

—No hace falta que vayas a pie —dije—. Ha venido en coche.

Le pedí que averiguase el apellido de la chica a través de la matrícula y que la siguiese hasta que yo le diera nuevas instrucciones. Antes tenía una cita que había concertado aquella misma tarde.

—Sonja vendrá conmigo —dijo Martin.

—Si Thon se entera, no le va a hacer ninguna gracia —dije yo.

Por unos instantes no se oyó nada al otro lado de la línea.

—Ella insiste —dijo Martin por fin.

Entre las dos hermanas había sucedido algo, y lo único en lo que parecían estar de acuerdo era en que habían decidido no hablar más conmigo.

Le había pedido a Paula que nos encontráramos en casa de los Grauke, aunque no en el piso, sino en la zapatería. Quería hablar allí con las dos mujeres por última vez. Y si notaba que persistían en seguir mintiendo, daría por finalizada mi investigación y abandonaría a aquella familia a su propia suerte. También le diría a Martin que dejara de seguir a Elke y que aquella misma noche introdujera en la base de datos la retirada definitiva de la denuncia de desaparición.

Pero ellas no pudieron callar por más tiempo.

En el momento en que encendí la luz del taller, y entraron, aunque con desgana, en aquel espacio que había de resultarles tan familiar, se olvidaron de su pacto.

Fue tal como lo había expresado Paula: algo se había roto en su interior.

—No es culpa mía que Maximilian se haya marchado —dijo Lotte, con una mano en la máquina de coser y la otra en el llavero—. No fue culpa mía, ni la otra vez ni ésta. Entonces fue culpa de las dos. Y ahora ha sido culpa únicamente de mi hermana, de ella y de nadie más.

Paula Trautwein estaba apoyada en la mesa. No se había quitado el sombrero de paja, y esta vez llevaba un pantalón gris y una chaqueta entallada abrochada hasta el último botón. En medio del polvoriento taller, su figura causaba una impresión extraña. Lotte, en cambio, llevaba un sencillo vestido oscuro que la hacía parecer mayor de lo que era. Y tenía un aspecto cansado y abatido. Parecía como si se aferrase a la máquina de coser para no perder el equilibrio. O quizás era que se sentía atraída por la única máquina de aquel taller que ella era capaz de manejar.

—Oiga, ¿usted siempre lleva la misma ropa? —me dijo Paula.

—No —respondí.

—Pues es la impresión que da. Siempre que lo veo lleva ese pantalón de cuero con esas cintas tan llamativas a los lados, la camisa blanca y esa chaqueta de cuero roñosa. ¿Le parece normal?

—Se equivoca —dije.

—No lo creo. Además, sigue sin afeitarse. ¿No tiene una novia que le riña de vez en cuando?

—No —dije.

—¡No me extraña! ¿Qué mujer puede querer estar con un hombre que nunca se cambia de ropa?

—Dígame una cosa. ¿Por qué esta vez es usted la única culpable de la desaparición del señor Grauke? —dije.

—Porque quería sacarlo de aquí —dijo ella levantando la voz.

Lotte miraba al suelo.

—Porque estaba harto de este agujero. De dejarse la piel trabajando, y de todo lo demás. ¡De todo!

Su voz sonó rencorosa, casi maligna.

—¡Mentira! —dijo Lotte, lanzando a su hermana una mirada que ella le devolvió. Y Lotte necesitó varios segundos para liberarse de aquella mirada. Luego me miró a mí. Yo estaba delante de la puerta cerrada que daba a la escalera.

—Está mintiendo, señor Süden. Él no... Para él, el trabajo... Para él...

—No se precipite, señora Grauke —dije—. Estoy aquí para escucharla. Tómese lo con calma.

—¡No quiero tomármelo con calma! —exclamó, y yo no entendí lo que quería decir con aquello.

No quería irse, eso es una... No... Fue ella... Esas cosas se las metió en la cabeza ella, fue ella quien lo convenció. Él era feliz aquí, feliz. No tienes ni idea de lo que... de lo que hablábamos cuando estábamos juntos, cuando estábamos solos...

Giró la cara hacia Paula sólo un instante y enseguida volvió a mirarme a mí.

—Aunque el negocio ya no funcionaba como antes, seguía disfrutando de su trabajo. Hoy en día ya no hay zapatos de tacón como los de antes, hoy en día la gente compra zapatos baratos y cuando se rompen, los tiran y se compran otros. Y la gente joven lleva zapatillas de deporte o esas cosas, esos zapatos altos, de plataforma, que no se rompen nunca. Todo eso no da dinero. Antes la gente llevaba zapatos a medida, y el trabajo salía a cuenta, nadie tenía diez o veinte pares en el armario, como ahora, antes la gente tenía pocos zapatos, pero buenos...

Tomó aliento. Miró a su alrededor. Cada centímetro era un pedazo de pasado inextinguible. Y Lotte no estaba dispuesta a renunciar. A tirar la toalla. A rendirse.

—No podíamos ir de vacaciones, pero a mi marido no le importaba. Ni a mí. Estábamos contentos aquí, ésta fue siempre nuestra casa...

—Pero usted no amaba a su marido, sino a su hermanastra —dije yo.

Ella levantó la cabeza. Soltó la máquina de coser. Pero de inmediato su mano volvió a buscarla.

Paula se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—Su marido tuvo un disgusto tan grande al saberlo, que quiso matarse —dije.

—Sí —dijo Lotte agotada—, sí, fue así. ¿Y sabe...? ¿Sabe qué fue lo peor de todo? ¿Lo peor?

Su mirada vagó por el taller, rozó mi cara y se detuvo en la pulidora roja con sus ruedas.

—Lo peor fue que no me avergoncé delante de él. Me asusté y me sentí descubierta, pero no... no me avergoncé delante de él. Y eso no pude borrarlo de la cabeza. Por eso no he podido volver a dormir desde entonces. No porque... porque

él quisiera... Yo no sabía nada de eso, sólo me enteré más tarde, cuando volvió y me lo confesó todo... lo de la soga y la pensión y... Pensé que debería avergonzarme. Y entonces me di cuenta de que llevaba muchos años mintiéndole, ya desde que nos casamos, y que... Mi marido tiene un problema...

—Es impotente —dije yo.

Ella me miró fijamente. Le sonreí y ella me miró con los ojos muy abiertos. Dejé de sonreír. Fui hacia ella y la agarré por la muñeca. Estaba fría.

—A él no le importaba que usted no se acostara con él —dije.

—Sí nos acostábamos juntos —dijo ella, y enmudeció. Y las llaves tintinearón.

—Se portaba bien conmigo, me trataba con dulzura. Y yo también lo trataba con ternura... La verdad es que nos entendíamos bien. Pero luego... aquel día de invierno... cuando...

—Y esta vez también —dije yo, soltándola—. Y esta vez volvió a sorprenderlas, pero en realidad se marchó por otro motivo.

—¡Quería irse con ella! —dijo Lotte, gritando tanto como su hermana hacía un rato—. ¡Está liada con él!

—¡No! —dijo Paula—. ¡No! Cómo voy a estar liada con él...

—No aguanto más —dijo Lotte, respirando inquieta—. Tú eres... tú eres lo que más quiero... Mi gran amor... Tú...

Se mordió los labios. Dejó con gesto brusco el llavero sobre la máquina de coser y gesticuló con las manos.

—Yo todavía te quiero, y tú... Ella me lo prometió... Me lo prometiste, me diste tu palabra, me lo juraste por nuestro amor...

—¿El qué, señora Grauke? —dije yo—. ¿Qué le prometió?

Tuve que apartarme, porque de repente ella dio unos pasos, los insinuó, levantó las piernas, dobló el cuerpo hacia delante, meneó los brazos. Todo en un espacio reducidísimo, y casi como si el espacio fuera todavía más reducido en realidad. No osaba avanzar ni un metro, como si no pudiera permitirse ningún movimiento equivocado, porque si no todo se confundiría. Como una danza triste e inexplicable.

—Le prometí no volver a trabajar como puta —dijo Paula Trautwein. Movié una pierna y tocó una de las botellas de cerveza que había debajo de la mesa. La botella se tumbó ruidosamente. Lotte se estremeció.

—Me prometió que, si seguía con ella, dejaría para siempre de acostarse con hombres y prostituirse. Sí.

Lotte tomó aliento. Miró a Paula interminablemente. Ahora era Paula la que miraba al suelo. Interminablemente. Y como no levantaba la mirada, Lotte se dio un impulso y fue hacia ella. Se detuvo ante ella. Paula no reaccionó. Y luego Lotte levantó la mano y la posó sobre la mejilla de Paula.

—Has cumplido tu promesa, ángel mío —dijo.

Luego se hizo el silencio.

Las dos mujeres estaban frente a frente, pero no se miraban. Lotte seguía sin

retirar la mano de la mejilla de su amada.

Por la calle pasaban coches. A través de las persianas bajadas no se distinguía nada.

La mano derecha de Lotte reposaba sobre la mejilla de Paula.

Entonces oí un suspiro.

Lotte tomó impulso y le propinó a Paula una bofetada con la mano izquierda. Tan fuerte, que el sombrero de paja cayó al suelo y Paula soltó un alarido.

Lotte se sentó en el taburete, cogió una de las cuchillas de zapatero y la contempló como algo que viera por primera vez. A su hermana y a mí nos ignoraba por completo.

—Usted quería irse con él —le dije a Paula. Recogí el sombrero de paja y se lo tendí. Ella me dejó un rato con el brazo extendido antes de coger el sombrero, sacudirlo con cuidado, soplarlo y volver a ponérselo.

—Sí —dijo fríamente—, quería irme con él. Quería vivir algo nuevo, igual que él. Quería que empezara algo nuevo, algo diferente, después de tantos años... tantos años de lo mismo...

—Y dejó de querer a su amante.

—Eso a usted le importa tanto como si me compro unos zapatos de piel de bovino o de piel de canguro —dijo ella.

—Ha dejado de querer a su amante —repetí.

Ella no replicó.

Lotte jugaba con la cuchilla, encorvada sobre el taburete, medio apartada de nosotros.

—Nunca dejó de pensar en acostarse con hombres, ¿verdad? —dije.

Paula empujó la mesa y se levantó; pasó por mi lado, olí su pelo recién lavado, y se colocó detrás de su hermana. Tras dudar un poco, le puso las manos sobre los hombros.

—Usted nos ha estado espionando —dijo, dándome la espalda—. Ya basta, esto se acabó.

Callé.

Alguien golpeó la persiana desde fuera. Los tres volvimos la cabeza. Se oyeron pasos. Un niño, seguramente.

Silencio.

Luego dijo Lotte:

—Me alegro de que hayamos hablado de todo esto. Aunque no sirva para arreglar nada. Es importante que hayamos dicho todo lo que teníamos que decir.

—Sí —dijo Paula.

—Sí —dijo Lotte.

Yo dije:

—Con los veinte mil marcos, ustedes esperaban iniciar una nueva vida.

—No —dijo Paula.

—¿El señor Grauke no sacó el dinero del banco por usted?

—¡No! —dijo ella con énfasis.

—¿Entonces para qué quiere el dinero?

Lotte se giró hacia mí.

—Ya me gustaría saberlo. Creo a Paula. Te creo. Me gustaría saber por qué Maximilian ha hecho esto. Cuando volvió a casa, no me dijo nada. ¿Puede usted averiguarlo?

Me coloqué de manera que pudiera mirarla a la cara.

—Sí —dije—, cuando encuentre a su marido.

Volvimos a quedarnos callados.

—Usted habló con él —le dije a Paula—. Estuvo con él en el taller. Bebió cerveza con él.

—¿Y usted cómo lo sabe?

—Hay restos de su lápiz de labios en una botella.

Lotte se puso de pie bruscamente, reflexionó sobre cuál era el mejor lugar para dejar la cuchilla y acabó poniéndola en el banco, junto a los recipientes de plástico.

—No sabemos lo que piensa hacer con el dinero —dijo Paula.

—¿Adónde quería ir usted con él? —pregunté. Poco a poco me estaba convirtiendo en uno de aquellos obsesos de las preguntas en que a veces se transformaban los compañeros de homicidios cuando tenían un interrogatorio complicado.

—Fuera de la ciudad, quizás al Báltico.

—No es muy lejos.

—Lo suficiente —dijo Paula.

—Te has vengado de mí —dijo Lotte. Estaba de pie junto a la puerta de entrada, y tuve la impresión de que iba a levantar la persiana. De hecho, ya tenía la correa en la mano.

—Como te obligué a quedarte conmigo, te vengaste teniendo una relación secreta con Maximilian...

—¡Lotte!

—... Lo enredaste a él, y entre los dos me la jugasteis. Él también quería vengarse de mí, igual que tú... Y tú le...

Con tres pasos rápidos, Paula se plantó frente a ella y le cogió las manos.

—¿De qué relación hablas? —dijo, levantando la voz, y añadió, en tono más bajo:

—¿Qué clase de relación se puede tener con Max? Yo lo que quería era irme, y él también. ¡Sí, él también quería irse! Aunque nunca hablara de ello. Desde aquella vez, cuando nos... cuando nos vio, quería marcharse, lo sé. Pero era demasiado débil para hacerlo, demasiado cobarde, y ahora... Ahora pensaba que nos había vuelto a pillar, y sin embargo... Lo nuestro ya acabó, Lotte, ya pertenece al pasado, hace tiempo...

—¡No! —dijo Lotte mordiéndose los labios.

—Sí. Yo sabía que tenía que irme ahora, porque si no, no lo conseguiría nunca... Si me quedaba aquí, nunca conseguiría librarme de ti...

—¿Y se puede saber por qué quieres librarte de mí? —exclamó Lotte—. ¿Por qué? Lo llevamos muy bien, yo no te agobio. Puedes venir cuando te apetezca y hacer lo que te apetezca, yo no me meto contigo, no te digo lo que tienes que hacer, de eso no puedes acusarme...

—No —dijo Paula—, no, no...

—Mi único pecado es quererte.

—Todas las cosas bonitas que hemos vivido seguirán siendo siempre bonitas. Siempre.

Lotte empujó a Paula a un lado y se acercó a mí.

—Mi madre siempre me dijo que me estaba equivocando, que esto pronto pasaría, que todos estos sentimientos no eran más que una fase pasajera... Mi madre sabía lo que me pasaba, pero siempre decía que un día pasaría todo, como una enfermedad... ¿Y por qué? No le hago daño a nadie, incluso estoy casada, llevo una vida perfectamente normal, seguramente más normal que la mayoría de gente del barrio, ¿qué tiene eso de malo? Nunca he molestado a nadie con mis cosas, y a mi marido tampoco le he hecho daño, nunca le he engañado, y de hecho le tengo cariño. Pero el amor es otra cosa, y ahí...

Buscó con la mirada a Paula y al principio parecía no encontrarla. Giró la cabeza hacia el otro lado a toda velocidad. Paula estaba frente a la estantería de los zapatos reparados.

—No puedes irte ahora, no te lo consiento —dijo Lotte con voz temblorosa—. ¡A mí no me dejáis tirada! ¡A mí no me dejáis tirada!

Y entonces se giró de un modo extraño, perdió el equilibrio y se precipitó sobre mí.

La sujeté y la rodeé con mis brazos. Su cuerpo empezó a estremecerse, y escondió la cabeza dentro de mi chaqueta. Tan pequeña y delgada como era, pareció encogerse aún más hasta casi desaparecer bajo el temblor que la sacudía.

—Maximilian anda por ahí con una chica —dije.

Lotte no modificó su actitud en absoluto, pero su hermana levantó la cabeza.

—Al parecer retiró el dinero en compañía de ella.

Paula se quedó esperando a que yo acabara de hablar. Lotte se calmó algo y se soltó de mí poco a poco.

—Ahora ya sabemos cómo se llama esa mujer —continué—, pero seguimos ignorando qué clase de relación tiene con él.

—¿Y cómo es que no lo saben? —dijo Paula.

Lotte levantó hacia mí sus ojos arrasados en lágrimas.

—¿Qué mujer es ésa? ¿De dónde sale? ¡Usted tiene que saberlo!

—Suele frecuentar el Ragazza.

—Está mintiendo —dijo Paula.

—Ahora no —dije yo.

—¿Y cómo se llama? —preguntó Lotte.

—Elke.

—No conozco a ninguna Elke —dijo Paula—. ¿Y de apellido?

—Mis compañeros todavía no me han comunicado el apellido.

—Todo eso es mentira —insistió Paula.

—¿Los han visto juntos? —preguntó Lotte. Miró a su alrededor en busca de algo con lo que pudiera limpiarse la nariz.

—Sí —dije yo—, varias veces.

—Usted ha hablado con Max —dijo Paula—. ¿Cómo es que no le preguntó por ella?

Se dirigió a Lotte y le dio un pañuelo.

—Gracias —dijo Lotte en voz baja.

—En estos momentos todavía sabemos pocas cosas de ella —dije.

Lotte se sonó, se secó los ojos con el pañuelo y lo tiró a la papelera.

—Por el momento —le dije a Paula Trautwein—, no parece que tenga pensado abandonar la ciudad con esa mujer.

Ella esbozó un intento de sonrisa. Sin éxito.

Las dos mujeres se cogieron de la mano. Parecía como si estuvieran esperando que alguien las viniera a buscar, pero no venía nadie, y ya llevaban mucho tiempo esperando, y se estaban quedando sin fuerzas, y sin esperanza...

—Realmente, usted no tenía por qué haber hecho ninguna promesa —le dije a Paula.

—Claro que no —dijo ella—. ¡No pensaba hacerme monja!

—No, claro —dije yo.

Al cabo de unos instantes de silencio, Lotte dijo:

—Lo hizo por mí.

—Sí —dije yo.

Estaba frente a ellas. Nos mirábamos. La luz macilenta no contribuía precisamente a hacernos más hermosos. Y sin embargo, no éramos capaces de salir del taller. Allí ya no teníamos nada que hacer. Olía a cuero. Sobre todo a cuero. También a perfume. Y a carne a la parrilla. Aunque esto último resultaba bastante inverosímil. Quién sabe, quizás el olor llegaba de la calle. No faltaban grietas y huecos por los que pudiera colarse.

Estábamos allí inmóviles.

Les prometería a las mujeres que encontraría a Maximilian y hablaría con él. Pero ¿y después?

Las dos pequeñas mujeres seguían cogidas de la mano.

El vestíbulo del hotel estaba poblado de clientes en camisa de manga corta y pantalón corto, que no paraban de reírse y se movían relajados entre los gruesos sillones y las mesas bajas. Saludaban a conocidos y parecían estar a punto de quitarse las sandalias en cualquier momento para arrojarse a una piscina imaginaria. La piscina de verdad estaba en el último piso, donde, con los ojos entreabiertos, uno tenía la sensación de flotar por encima de los tejados de la ciudad.

Eché la cabeza hacia atrás. La cúpula de cristal de colores despedía tanta luz que parecía que afuera todavía brillase el sol.

En el bar de al lado había un grupo tocando.

Hasta hacía unos minutos había tenido sentado a mi mesa a un individuo que mantenía con su novia una conversación interminable, en la que le daba cuenta de lo original y fantástica que había sido su cena. Por su descripción del local y los platos, me alegré de no haber tenido que cenar con él. Se despidió con un rutinario «yotambién», se metió el móvil en el bolsillo, me saludó con la cabeza, se levantó y se fue rápidamente al bar.

Eran casi las once y media cuando la vi salir del ascensor.

Después de que Martin me diera el aviso, él y Sonja siguieron vigilando el domicilio de la mujer, mientras yo me desplazaba en taxi al hotel Vier Jahreszeiten.

—Perdone —dije.

No pareció sorprendida.

—¿Qué hace usted aquí?

—Quiero tomar algo con usted —dije.

—Estoy cansada.

Elke Schlosser se encogió de hombros para que no se le resbalara la correa del bolso de cuero, carraspeó y pasó por delante de mí.

Le indiqué mi mesa. Ella puso el bolso en el suelo, se dejó caer en el sillón y se desabrochó el brillante abrigo negro. Debajo llevaba una falda roja.

—Llame a la agencia —dijo.

—¿Para qué? —dije yo.

—¿Aquí sirven o no? —dijo ella.

El camarero estaba estresado, y tuve que gesticular con la mano un buen rato antes de que advirtiera mi presencia.

Elke me miraba en silencio. Se encendió un cigarrillo, balanceó el torso hacia delante y hacia atrás, echó una mirada a la recepción, donde nadie le prestó atención alguna, volvió a mirarme, sonrió sarcásticamente e hizo girar el cigarrillo entre los dedos.

—No pienso revelarles su apellido a la esposa ni a nadie más —dije—. Sólo quiero

saber dónde está Maximilian Grauke y si tiene la intención de marcharse con usted. No me interesa adónde. Quiero saber...

—No —me interrumpió ella.

—¿No qué?

—¿Qué desean tomar? —dijo el camarero. Fue como si hubiera brotado de la moqueta en un segundo. Acababa de verlo servir café en la pequeña barra del vestíbulo.

—Una copa de champán francés —dijo Elke.

—Otra cerveza —dije yo.

—Ahora mismo —dijo el camarero, y se fue a la mesa siguiente.

—No —repetí yo.

—Sí —dijo ella. Volvió a sonreír, apagó el cigarrillo y se tocó los labios con el dorso de la mano.

—No tiene intención de irse conmigo.

—Entonces se va solo.

—Tampoco —dijo ella.

—En este momento lo tiene en su casa.

No respondió.

—Los veinte mil marcos son para usted —dije.

Se quitó el abrigo. Quise ayudarla, pero se echó a un lado. Lo dejó doblado encima del bolso.

Cualquiera que nos viera y que hubiera frecuentado alguna vez el vestíbulo de un hotel me tomaría sin duda por un cliente de la señorita del vestido rojo. Un tipo corpulento y aficionado a la cerveza que se sentía obligado a una aburguesada ronda previa con champán.

Ella volvió a quedarse callada. Eso no me desagradaba. Quizás estuviera pensando en el cliente con el que acababa de estar; quizá fuera un cliente fijo de la agencia y le gustaba estar con él.

—¿En qué piensa? —dijo de repente.

—En usted —dije.

—Mejor lo dejamos para otra vez —dijo ella.

Noté en su voz un matiz de regocijado deseo. O a lo mejor era que la cerveza me afectaba al oído.

—Aquí tienen, señores —dijo el camarero.

Elke levantó la copa, hizo un gesto de brindis y bebió un trago microscópico. A diferencia de mí: yo bebí como de costumbre.

—¿Sabe dónde está el paraíso de la paz? —dijo ella. Miró despistada el paquete de cigarrillos y se encendió otro.

—¿En el cielo? —dije yo.

Ella sonrió.

—Miriam quería ir allí. Decía que *Lady Di* había estado en aquel lugar y ella

también quería ir. Era su gran sueño. A lo mejor está allí ahora. Es muy posible.

Esta vez tomó un trago largo y se quedó la copa en la mano. Parecía como si la oliera.

—¿Dónde está el paraíso de la paz? —le pregunté.

—En Moyo Island —dijo ella.

Lástima que no estuviera allí Martin. Él siempre se aprendía de memoria sus folletos turísticos, o poco menos.

—Y usted piensa ir a visitar a Miriam —dije yo—. Con el dinero de Maximilian Grauke.

—Exactamente —dijo ella.

—Y Grauke no va con usted.

—No —dijo ella. Se recostó en el sillón y se acarició la barbilla. Cruzó las piernas; las tenía ligeramente bronceadas.

—Ya le he dicho que mejor lo dejamos para otra vez —dijo ella.

—¿Me prohíbe mirarle las piernas?

—Hombre, eso tampoco —dijo ella.

Nos quedamos callados.

Bebimos.

El grupo del bar de al lado tocaba canciones inglesas de los años sesenta. El vestíbulo se iba vaciando. En la recepción ya casi no sonaba el teléfono.

Pedimos otra ronda.

—¿Grauke es buen zapatero? —pregunté.

—Creo que sí —dijo Elke. Y ahora, a riesgo de equivocarme, me pareció notar un matiz diferente en su voz, un leve balbuceo. Seguro que en la habitación había bebido algo más que agua mineral.

—Le prometió a su cuñada que se marcharían juntos —dije.

—¿Usted se cree todo lo que le cuenta ésa? —dijo Elke—. Eso se lo ha inventado ella. Como no era capaz de salir de aquí por sí sola, se le ocurrió pegarse a él como una lapa. Está loca. ¡Menuda familia de chalados!

—¿Sabe usted algo de las dos hermanas?

—Me importan un comino. Y Max nunca habla de ellas, a él también le importan un rábano. Ya desde antes... hace tiempo...

Bebió un trago y reprimió el hipo.

Unos tres segundos después, el camarero volvió a brotar de la moqueta por arte de magia. Traía una pajita en un platillo blanco. Dejó el plato en la mesa sin decir palabra, asintió mirando a Elke y desapareció. Ella cogió la pajita como si fuera lo más normal del mundo y removiò con ella el champán para quitarle las burbujas.

Aunque nunca había sentido ilusión por ser cliente habitual de ningún local, en aquel momento envidié a Elke por aquel privilegio.

Y eso me hizo olvidar que quería pedir otra cerveza.

—¿Sabía que Grauke ya desapareció una vez? —dije.

—Sí, por supuesto —dijo mientras seguía removiendo—. Por entonces pasé un tiempo durmiendo en la zapatería. Tenía que esconderme; él me dio una manta y yo puse el saco de dormir. Fue un gesto valiente por su parte. Los que me perseguían eran unos hijos de puta muy peligrosos. Si me hubieran encontrado, se lo habrían cargado a él también. Pero él no se amedrentó.

—Y no hace mucho volvió a dormir en la zapatería.

—Sí —dijo, y tomó un trago—. Me lo pidió él. Porque él mismo también dormía en el taller. Las dos tías habían armado no sé qué lío. Él no quería nada de mí, ¿eh? La cosa no iba por ahí, Max no es de esos. Aunque yo no me habría negado, ya me imaginaba que con su mujer estaba en las últimas. Si me lo hubiera pedido, no me habría negado. Pero no me lo pidió.

—A lo mejor no se atrevió —dije yo.

—También es posible.

Conseguí por fin captar la mirada del camarero y levanté mi vaso vacío.

—¿A usted no le explicó por qué quería marcharse? ¿Ni la primera vez ni la segunda?

—Yo le dije que no tenía por qué contarme nada si no quería. Lo ayudaría y listos; él me había ayudado una vez y ahora me tocaba a mí. Me salvó la vida cuando aquellos tíos iban a por mí. Y luego estuve en el hospital y ya dejé de interesarles, necesitaban mujeres más sanas que yo. Pero antes de eso, estaba perdida. Max es un buen tipo.

—¿Qué planes tiene el señor Grauke?

—¡Eso a usted no le importa!

—Aquí tiene, caballero.

El camarero me plantó delante la cerveza recién tirada.

—Tengo que irme —dijo Elke.

Le dije al camarero:

—La cuenta, por favor.

Antes de que el camarero volviera, ayudé a Elke a ponerse el abrigo. Se acabó la copa de pie. Yo me quedé sentado y pagué.

—¡Hasta pronto, señores! —dijo, saludándonos con la cabeza.

—Sin la menor duda —dije yo.

Ya en la calle, Elke se puso a pensar dónde había aparcado el coche.

—Quiero hablar con él.

—No —dijo ella.

Y me cogió del brazo. Entramos en una travesía. El Panda blanco estaba aparcado delante de un escaparate iluminado.

—Pregúntele si quiere hablar conmigo —le dije—. Si es que no, me largaré y en paz.

—Y de paso, se lo llevará —dijo ella, mientras buscaba en el bolso la llave del coche.

—Ya es lo bastante mayor para cuidarse solo —dije yo.

—No quiero que la policía sepa dónde vivo.

—Fallmerayerstrasse 32.

—Maderos... —dijo ella. Abrió el coche, echó el bolso en el asiento trasero y se sentó al volante. Yo también subí al coche sin que ella me lo pidiera.

Las dos puertas estaban abiertas. Dentro del coche hacía calor. Y se estaba estrecho. Debería haber corrido hacia atrás el asiento del acompañante.

—Estoy borracha —dijo ella.

—Soy una autoridad, nadie puede impedirnos el paso.

—¿Está seguro?

—No —dije.

Ella cerró la puerta y encendió el motor. Yo cerré la puerta del acompañante.

El motor se puso en marcha, pero no arrancábamos.

—Él me ocultó cuando lo necesitaba, y yo se lo pago echándole encima a la policía —dijo ella.

Tocó la bocina sin querer.

—Perdón —dijo.

Y por fin acabó encontrando la primera.

Martin y Sonja nos esperaban en el coche delante de la casa que estaba frente a una entrada de garaje subterráneo. Elke había aparcado a doscientos metros de allí, al lado de una oficina de correos.

—Ya podéis iros —le dije a Martin.

Sonja, sentada a su lado, estaba a punto de sacar de la caja el último bombón.

—¿Quieres uno? —me preguntó.

—No.

—Mañana firma el contrato del piso de Milbertshofen —dijo Martin.

—O sea que has conseguido el piso —dije yo.

—Me han llamado de la agencia y me han dicho que, como soy funcionaría, tienen plena confianza en mí.

—Sin la menor duda —dije yo.

—¿Y ahora qué? —dijo Elke levantando la voz desde la puerta de la casa.

Fui hacia ella. Vivía en la planta baja. Se giró hacia mí justo antes de llegar a su puerta.

—Le estoy haciendo una jugarreta a Max.

—Yo esperaré en la calle —dije—. Dígale que estoy aquí. Mis compañeros ya se han ido. Dígale que no tengo intención de hacerle cambiar de planes. No voy a inmiscuirme en su futuro.

Volví a salir de la casa.

En la calle había un restaurante por cuyas ventanas abiertas se oían voces y música judía.

Curioso paralelismo. Paula Trautwein también había sido prostituta, igual que lo era Elke Schlosser ahora, y ambas habían desempeñado un papel crucial para Grauke, ambas habían ejercido una gran influencia sobre él, y él iba a ayudarlas a las dos, aunque de modos muy distintos, a cambiar de rumbo, a alcanzar quizá la felicidad. A Paula, liberándola de las relaciones anquilosadas a las que estaba atada, y a Elke financiándole un viaje a un paraíso lejano. ¿Y a él? ¿Qué le quedaba a él?

Miré hacia la puerta de la casa.

Y allí estaba. Con las piernas arqueadas y las manos en los bolsillos.

Tenía un aspecto muy diferente al que yo me había imaginado.

A juzgar por la foto que nos había dado su mujer, era tan pequeño como ella, enclenque, quizás encorvado por los años que se había pasado sentado en el taburete. Pero en realidad era más bien alto, fuerte, casi gordo. Tenía una cara angulosa y llevaba la cabeza rasurada por los lados. La nariz era carnosa y los ojos, negros y punzantes. Llevaba una camisa a cuadros con las mangas arremangadas al estilo de mi compañero Weber, pantalón de pana y sandalias.

—Yo no me muevo de aquí, eso que quede claro —dijo con voz ronca. Había atrancado la puerta con un zapato.

¿Quizá si hubiera sido carnicero habría utilizado un hueso?

—Buenas noches —dije.

Estábamos frente a frente. Con su estatura imponente, casi llenaba el hueco de la puerta.

—Hemos hablado por teléfono —dije.

—Entonces, ¿qué más quiere?

Intenté imaginármelo sentado día tras día en el taburete, con la cabeza gacha, reparando con gestos experimentados y rápidos un zapato tras otro, indiferente, inmerso en una nube de pensamientos e imágenes.

—Así, puedo decirle a su esposa que está usted bien de salud —dije.

Su boca se movió sin que ello generara un gesto claramente interpretable.

—Su cuñada está esperando que pase usted a buscarla.

—Pues muy bien.

Quizá la voz no se le había vuelto ronca por haber hablado mucho, sino por haber hablado tan poco.

—Gracias por hablar conmigo —le dije. Calló.

Esquivé a un grupo de jóvenes que venían de la dirección del restaurante. Maximilian Grauke no se movió.

—Elke me ha hablado del paraíso de la paz, en Moyo Island. ¿Eso dónde está?

—En Indonesia —dijo él.

—Allí estuvo *Lady Di*, ¿verdad?

Él no dijo nada.

—¿Los veinte mil marcos serán suficientes? —dije yo.

Volvió a torcer la boca.

—Ya se ha suspendido oficialmente su búsqueda —dije—. Fue su cuñada quien insistió en que lo buscara la policía.

—Es su problema —dijo él. Luego, como si quisiera hacerme un favor, para que no estuviera allí de pie en la acera de noche sin ningún sentido, añadió:

—Me marché por mi propia voluntad, no por ella. Eso son imaginaciones tuyas. Se pensaba que yo estaba interesado por ella. Me presionaba.

Si la luz débil no me engañó, en aquel momento Grauke esbozó una sonrisa irónica.

—Ella sabía que me iba a marchar. Las vi juntas a las dos en el baño, como antes. Yo no entiendo nada de esas cosas.

Enmudeció.

—Ese paraíso me interesa —dije yo—. No viajo nunca, pero tengo un compañero que colecciona folletos de viajes, tiene cajas enteras. De vez en cuando miramos las fotos y leemos el texto, y eso es todo. O sea que Indonesia. Ahí hay que tener cuidado de que no lo secuestren a uno.

—¡Tonterías! —dijo Grauke, sacándose la mano derecha del bolsillo—. Amanwana. El pueblo se llama así. En realidad no es un pueblo, es un campamento de tiendas. Playas blancas, cascadas, todo verde y tropical. Camas de lujo, baños de porcelana blanca, no falta ni un detalle. El paraíso hecho realidad. Y el suelo es de teca, el suelo de las tiendas, eso sí que tiene estilo, gran estilo. Amanwana. Significa jungla de la paz. Pero para Elke iba a ser el paraíso de la paz.

—Y para Miriam —dije.

Se sacó la otra mano del bolsillo.

—Miriam está muerta —dijo—. No lo consiguió. Pero Elke sí lo habría conseguido, yo le habría dado el dinero, los veinte mil habrían bastado para el vuelo de ida, dos semanas de estancia y el vuelo de vuelta, y le habría sobrado dinero para gastos. Habría conseguido salir de aquí. Dos semanas no son mucho, pero... Pero cuando uno vuelve de un sitio así, ya no le pueden venir con monsergas sobre vacaciones en Mallorca o en Sylt o en donde sea. El paraíso no tiene competencia.

—Y usted le ha regalado el dinero a Elke para que pueda hacer el viaje en lugar de Miriam —dije.

—Eso mismo —dijo él. Se pasó la mano por la boca. A su espalda se oyó un ruido. Giró la cabeza.

—¡Ahora voy! —exclamó.

—Un regalo maravilloso —dije yo.

—Pues la maravilla se ha jodido —dijo él levantando la voz.

Callé. Se me quedó mirando. Quizás ahora, por primera vez desde nuestro encuentro, quería que yo le preguntase algo. Pero no le pregunté nada. Él apoyó un

momento la rodilla en el marco de la puerta. Yo me crucé de brazos. Desde una ventana del segundo piso nos miraba un anciano. Fumaba.

Grauke levantó el brazo derecho y se apoyó en el marco de la puerta.

—Elke me acompañó al banco.

Me observaba fijamente y su mirada se volvía cada vez más sombría.

—A ver al mafioso de Vocke. Llamé por teléfono antes para avisar. El dinero estaba preparado. Elke me dejó su mochila y metí el dinero dentro. Vocke me atosigó a preguntas, pero yo no solté prenda. Menudo mafioso... Yo a ése no le cuento nada. Volví a salir y di un pequeño paseo. Si me hubiera visto alguien conocido, habría seguido caminando, y punto. Le prohibí a Lotte que pusiera una denuncia de desaparición, se lo prohibí expresamente. Pero la hermana la convenció, claro. Aunque a mí me importa un cuerno. Pensé que podía coger el tranvía, que llega hasta Schwabing. Tenía ganas de ver otra vez un poco de la ciudad. Bajé en la Hohenzollernplatz. Fue un viaje bonito. Está bien eso de viajar por la ciudad de uno, llevaba mucho tiempo sin hacerlo, o quizá no lo había hecho nunca. En la Sonnenstrasse han puesto carriles bici, ¿para qué? Seguro que los ciclistas no los utilizan, usted que es policía lo sabrá... El Mövenpick... ¿Antes los toldos no eran rojos? Dicen que tienen buenos helados. A mí me da igual, no me gustan. La Barerstrasse, el palacio Lenbach restaurado, queda de miedo. La Pinacoteca. El viejo Mehr sigue teniendo la taberna, en esta ciudad hay cosas que nunca pasan de moda. Me bajé en la Hohenzollernplatz.

Hizo una pausa. Bajó el brazo, soltó un bufido por entre los labios cerrados, echó una mirada al zapato que mantenía la puerta abierta y salió del vestíbulo a la acera.

—Me dije: voy a sentarme un rato al lado de la fuente, a disfrutar del sol. En mi taller el sol no entra, no puede contorsionarse tanto. En fin, que estaba allí sentado y quise echar mano a la mochila. Había estado practicando la mejor manera de colgármelo. Y en el banco no quise hacerlo, no quería que la gente me mirase. ¡Pero la mochila no estaba! Me la había dejado en el tranvía. Con veinte mil marcos dentro. Se me cayó el alma a los pies. En seguida paré el primer autobús que pasó y le dije al conductor que llamara a la central para que avisaran al conductor del tranvía. Y lo hicieron. Pero ¿quién devuelve una mochila con veinte mil marcos dentro? No hay nadie tan tonto. ¿Qué le parece? Dígame, ¿qué le parece? Soy demasiado estúpido para viajar en tranvía. Llevaba tanto tiempo sin subirme a un tranvía, que me olvidé de la mochila. No puede haber nadie tan tonto. Antes las señoras hacían cola para que les arreglara los tacones, y siempre me preguntaban cómo aguantaba tanto, y yo les decía que ya dormía cuando me iba a casa. En el examen del gremio de zapateros tuve que hacer un zapato tipo *haferl* con suela interior de piel, sin forro por dentro, por supuesto, para poder llevarlos sin calcetines. Esos zapatos aguantan lo que les echen y encima son elegantes. Pero para coger el tranvía soy demasiado estúpido. Es por culpa de eso.

—¿Por culpa de qué? —dije.

—De haber salido. En vez de quedarme en mi sitio.

Me miró fijamente a la cara. Ahora estábamos como mucho a medio metro de distancia.

—Estuve pensando en sacar el dinero que quedaba, todavía tengo veinte mil marcos en la cuenta. Pero no estaría bien. Esos veinte mil son para Lotte. Se lo prometí. ¡Se lo prometí! ¿Para qué sirve prometer si luego uno no puede cumplir lo que promete? ¿Para qué sirve? Para nada. Elke también le tuvo que prometer a su amiga que iría al paraíso en lugar de ella, porque Miriam estaba muriéndose; al final pesaba tan poco que la cigüeña se la podría haber llevado con el pico igual que cuando nació. Paquete devuelto al remitente. Y se acabó.

Se quedó callado.

El anciano del segundo piso cerró la ventana ruidosamente.

—¿Va a volver a su casa?

—Sin comentarios.

—¿Qué planes tiene?

—Sin comentarios.

Me tendió la mano. Tenía las uñas resquebrajadas y la piel cubierta de cicatrices.

—Adiós, señor... no me acuerdo de su nombre.

—No tiene importancia —dije yo.

Se agachó para recoger el zapato.

—Jan Schuster —dije—. La calle y la profesión. ¿Y lo de Tinaweg y Eichenlohe?

Su sonrisa torcida me recordó a la de su mujer la primera vez que nos vimos.

—Tina es un tipo de cuchilla especial —dijo.

—¿Y por qué el número 7?

—Tinaweg tiene siete letras.

Miré al suelo.

—La corteza de roble^[5] es lo que va mejor para curtir la piel —añadió—. El código postal 72831 es el número de referencia del catálogo.

Se pasó la mano por la boca.

—Le diré a su esposa que esta vez no tiene intención de suicidarse.

—Es verdad —dijo, sosteniendo con la mano la puerta para que no se cerrase.

Luego golpeó ligeramente la puerta con el zapato que tenía en la mano.

—Aquella vez... Ya no me acuerdo de si quería suicidarme... Si no hubiera estado allí la señora Mrozek, tan paciente... Quién sabe lo que habría pasado... Pero aun así me lo habría pensado dos veces... Menudo lío le habría armado a Lotte... Y además imagínese qué cuadro: un hombre hecho y derecho colgado de un árbol...

Volvió a golpear la puerta con el zapato, lo miró atentamente y apartó la mirada.

—¿Quiere decirme algo más? —le pregunté.

No acababa de decidirse a entrar en el vestíbulo. En lugar de ello, se volvió una vez más hacia mí.

—El domingo, cuando me fui —dijo—, Lotte hizo un té, como siempre. Y puso

la tetera y las tazas en la bandeja, como siempre. Yo estaba en el salón. Y cuando ella entró viniendo de la cocina, me llevé un susto porque me pareció que iba a chocar con la bandeja contra el marco de la puerta y todo caería al suelo y ella se enfadaría... y a lo mejor hasta se avergonzaría... Y pensé: cuando seamos mayores, ese tipo de cosas pasarán. Y entonces tendremos que agacharnos con dificultad, y tardaremos una eternidad en recogerlo todo... Y pensé que no quería pasar por esa situación, que no quería tener que ver una escena así...

Esperé un momento y le dije:

—Pero usted no pensaba marcharse con Elke, sólo quería regalarle el viaje.

—Sí —dijo él—. Sí, sí.

Y entonces se dio la vuelta y entró por el hueco oscuro del vestíbulo, y la puerta se cerró tras él.

Yo me quedé allí, en el mismo lugar que hacía media hora, con los brazos cruzados, en silencio.

Vi llegar el tranvía desde lejos. Cuando ya casi había llegado a la parada, saludé con la mano a Ute, que estaba sentada en su puesto en la cabina. Me devolvió el saludo y tocó la campana.

Las puertas se abrieron.

—Nos vemos mañana —le dije.

Ella tuvo que seguir su camino, y yo me quedé mirando cómo se alejaba el convoy azul.

Me fui a casa. A través de la ciudad desvelada.

Notas

[1] *Süden* además de ser el apellido del inspector significa «sur» en alemán. (N. del T.). <<

[2] *Tschüss* y *Servus* son fórmulas de despedida, la primera más informal, y la segunda más típica del sur de Alemania. (N. del T.) <<

[3] Es un verso de Friedrich Hölderlin. (N. del T.) <<

[4] Además de ser un apellido, *Schuster* significa «zapatero». (N. del T.) <<

[5] El falso topónimo Eichenlohe significa «corteza de roble». (N. del T.). <<